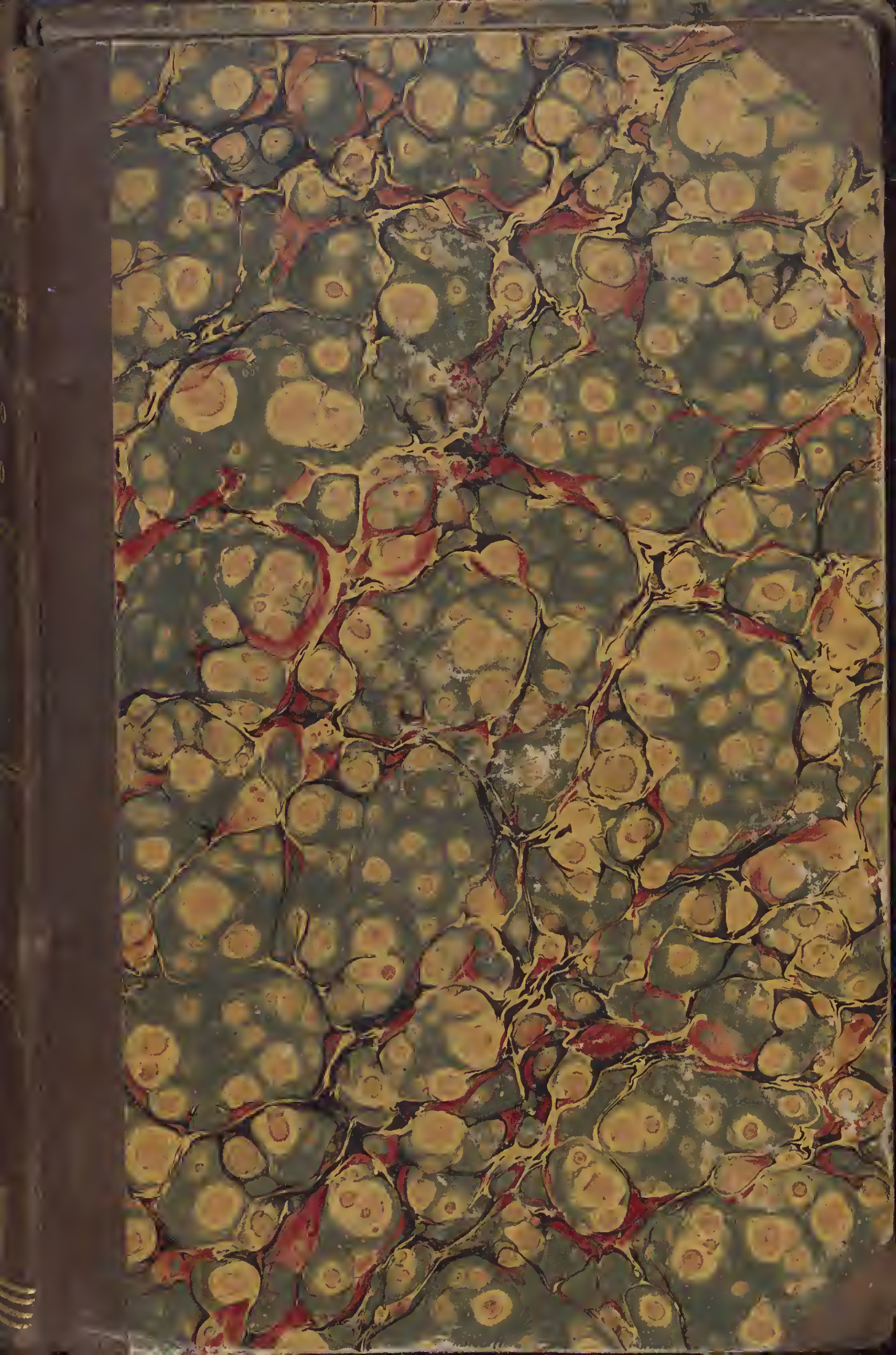
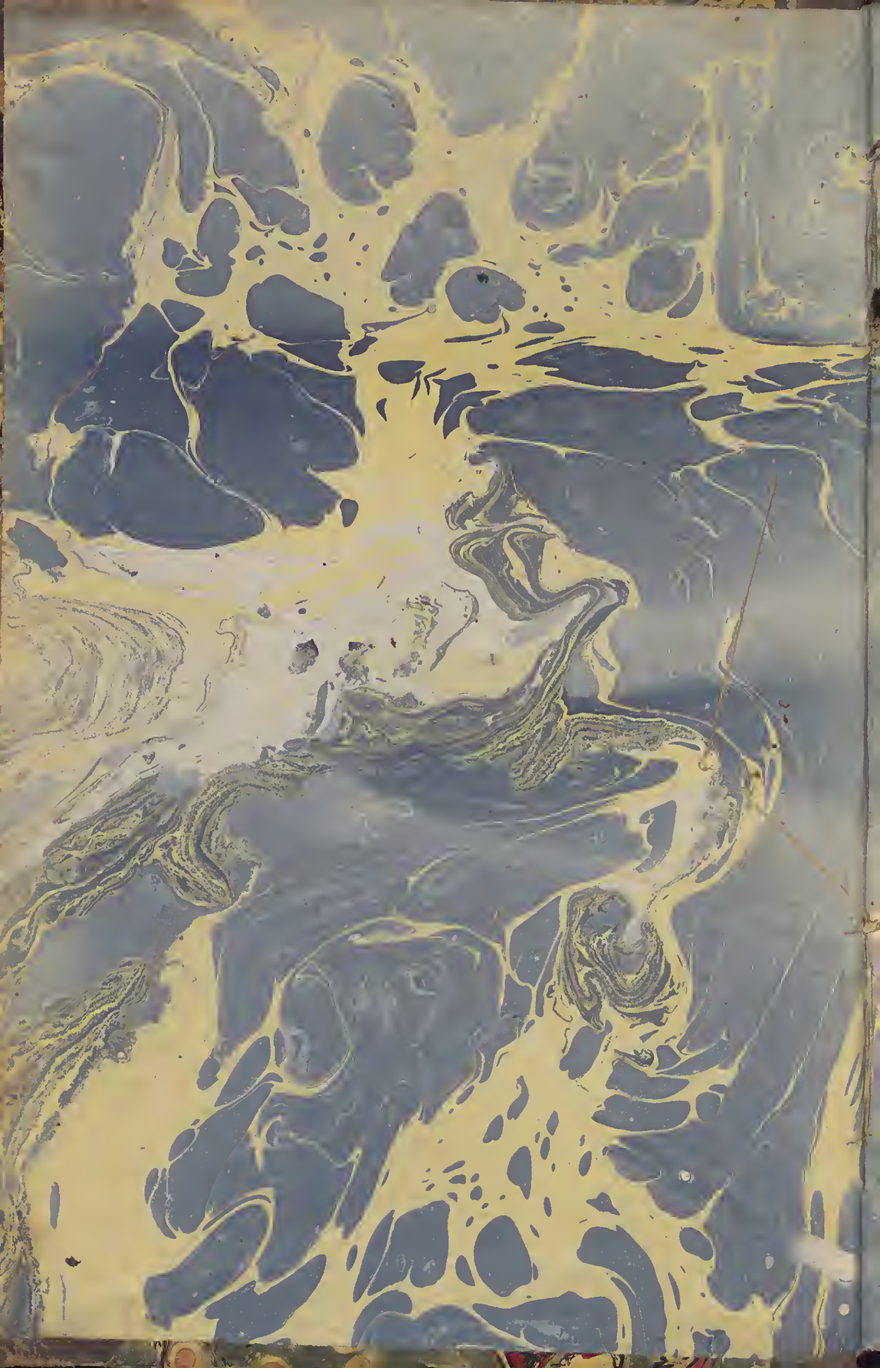
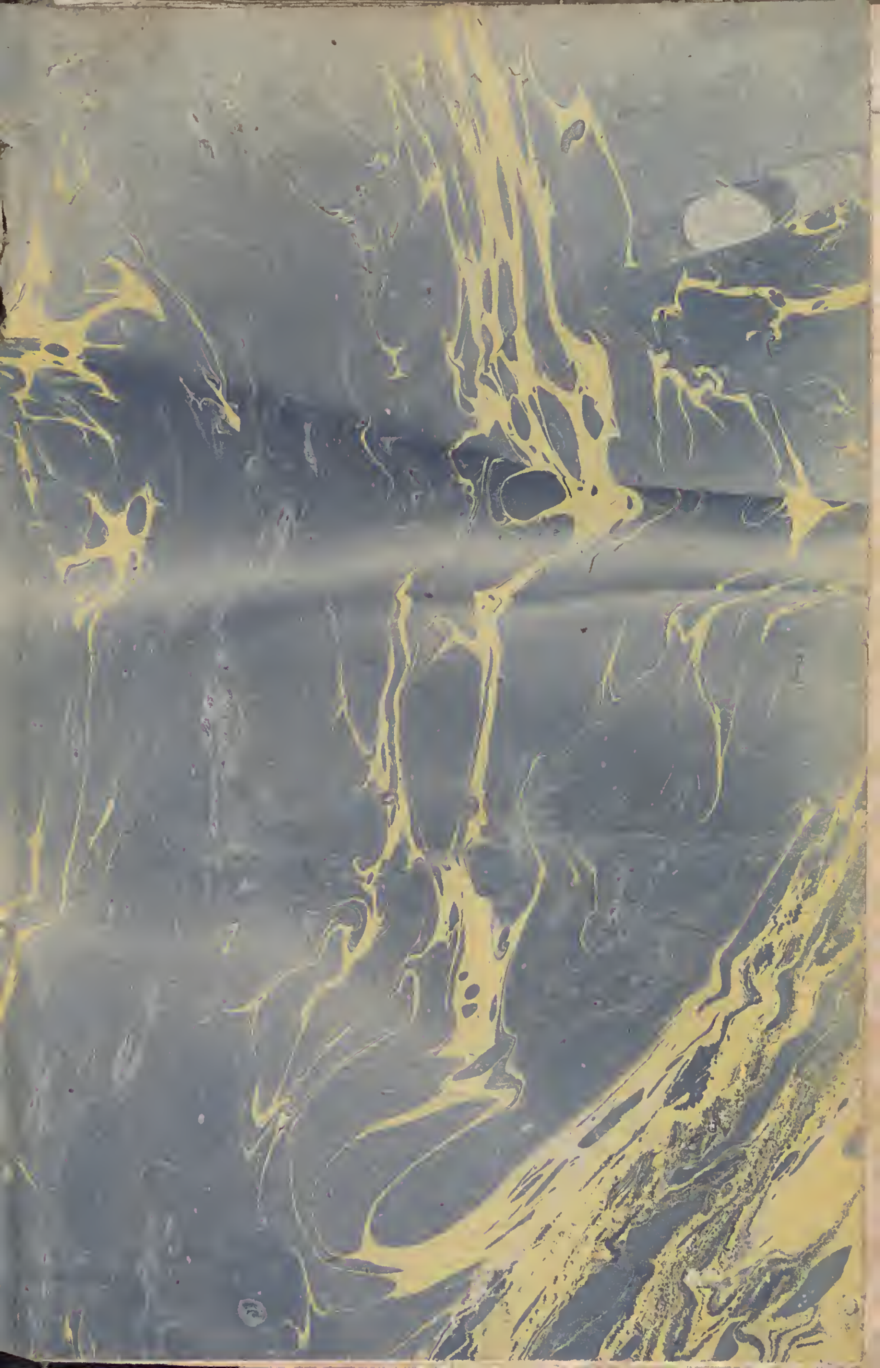






Theatro Greco Comedia

TEATRO ESCOGIDO

DE

FRAY GABRIEL TELLEZ,

CONOCIDO CON EL NOMBRE DE

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

TOMO III.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=

1839.

EL CELOSO PRUDENTE,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL REY DE BOHEMIA.
SIGISMUNDO, *príncipe.*
DON SANCHO, *caballero.*
LISENA, *dama.*
DIANA, *dama.*
LEONORA, *princesa.*
FISBERTO, *viejo.*
ALBERTO, *infante.*
ENRIQUE, *conde.*
GASCON, *lacayo.*
CAROLA, *criada.*
ORELIO, *criado.*
LAURINO, *criado.*
FULCIANO, *criado.*
Acompañamiento.

La escena es en Praga, y en una quinta inmediata.

ACTO PRIMERO.

Jardín de casa de Fisberto.—Es de noche.

ESCENA I.

LISENA. DIANA.

(*Lisena tiene en la una mano un librillo de cera blanca encendido, y en la otra un papel que Diana quiere quitarle.*)

LISENA.

No has de verle.—Sueltalé;
que ya pecas de cansada.—
Mira que le rasgaré.

DIANA.

¿Tú has de encubrirme á mí nada?
Bien lo que me amas se ve.
¡Tú á tal hora en el jardin
sola, con luz y papel,
sin que yo sepa á qué fin?
¿Merece saber mas de él
que yo esta murta y jazmin?
Si de testigos te enojas,
que hablar puedan en tu mengua,
cuando cuentes tus congojas,
yo solo tengo una lengua,
y infinitas estas hojas.
Murmurar las siento aquí
con cualquier aura liviana,
y debe de ser de tí;
porque siendo yo tu hermana,
no te osas fiar de mí.
Lisena, suelta el papel,
ó dime lo que contiene,
y á quien estimas en él.

LISENA.

Ni que lo sepas conviene,
ni una letra has de ver de él.

DIANA.

¿No soy tu hermana mayor?

LISENA.

¿Qué importa aquí el parentesco
donde el secreto es mejor?

DIANA.

Pues que verle no merezco,
venta será del honor;
que por ser de mí estimado
en el estremo que entiendes,
á encubrirle te ha obligado.

LISENA.

Bien sé, hermana, que pretendes
que te diga mi cuidado;
y por eso hablas ansí,
aunque en diverso conceto
estoy acerca de tí;
y pues te guardo el respeto

que tú me pierdes á mí,
ni de esa suerte me trates,
ni por fuerza saber quieras
lo que es.

DIANA.

Cuando te recates
de que sepa tus quimeras,
y encubras tus disparates,
como en cosas del honor
no toquen, no soy curiosa;
mas soy tu hermana mayor:
esta es hora sospechosa,
el papel encubridor
de algun liviano suceso;
la luz señal que procuras
publicar tu poco seso;
(que el yerro que se hace á escuras
alivia á la afrenta el peso)
el sitio no conveniente
para quien profesa honor,
y el riesgo que corre siente;
cabiloso tu temor,
ó al menos impertinente,
pues has dado en recelarte
de mí con tan necio estremo.—
Soy tu sangre, tengo parte
en tu mal, ó bien, y temo
no haya venido á engañarte
quien á tal hora provoca
tus deseos inconstantes;
que una travesura loca
es mal de participantes,
que á todo un linage toca.

LISENA.

En mejor reputacion
esté mi fama contigo.
No sé yo por qué razon
me das antes el castigo,
que mi culpa la ocasion.
Mas pensamientos, si en ellos
se han fundado los enojos
con que intentas ofendellos,

tan altos son, que tus ojos
no han de alcanzar ni aun á vellos.
Si eres mi mayor hermana,
y temes que he de ofenderte,
trátame mejor, Diana;
y si malicias, advierte
que la malicia es villana;
y que aunque en los nacimientos
tu edad mas respetos cobra,
te aventajo en pensamientos,
pues del valor que les sobra
te puedo dar alimentos.
Si aquí á tal hora me ves,
advierte, aunque maliciosa
crédito á quimeras des,
que no hay hora sospechosa,
si la persona no lo es,
y que como no la esmalta
el sol, de los cielos vida,
por si algun temor me asalta,
vengo con luz encendida,
supliendo lo que le falta:
señal que no ha de temerse
cosa indigna de mi ser,
y que de mí ha de creerse,
que aun de noche no sé hacer
cosa que no pueda verse.
Este papel que ha causado
la inquietud que en tí se ve,
aunque le hayas injuriado,
basta que en mi mano esté,
para estar calificado.
Y el sitio, pues yo le piso,
da nuevo ser á su ornato,
y á tus sospechas aviso;
y aunque culpes mi recato,
porque llamarte no quiso,
no importa; que él es discreto,
y yo basto á dar valor,
contra tu rüin conceto,
al sitio, noche, temor,
la luz, papel y el secreto.

DIANA.

¡Pues puédesme tú negar,
que enamorados desvelos
no te han hecho trasnochar?

LISENA.

¿Mas si me pidieses celos?

DIANA.

Bien sabes que no sé amar,
y que hasta agora no ha habido
quien me haya puesto en cuidado.

LISENA.

Ya yo sé que te has querido
alzar con el principado
de la crueldad y el olvido,
y que cuantos quieren bien,
una Anaxarte alemana
en tu severidad ven,
siendo en el nombre Diana,
como en belleza y desden:
y así yo que con temor
ando de ver el estremo
de tu intratable rigor,
huyo de tí porque temo
á quien nunca tuvo amor.

DIANA.

¡Gracias á Dios que he sacado
en limpio esta confusion!
En fin, ¿amor te ha quitado
el sueño, y como ladron,
de noche te ha salteado?
Ya pues los principios sé,
saber puedo lo demas.
¿Quién el venturoso fue,
en cuyo papel estás
deletreando tu fé?
Dime, hermana, la verdad.
Ea....

LISENA.

Háceseme grave
descubrir mi voluntad
á quien, porque amar no sabe,
es de agena facultad.

DIANA.

No tanto, que aunque no adore,
ni tus desvelos imite,
favorezca, escriba, y llore,
ni la prática ejercite,
vuestra teórica ignore.
De amor sé la pasion ciega,
quizá mejor que quien tira
sus gages, y al centro llega
de su esfera; que quien mira
mas alcanza que el que juega.
Conservo mi libertad;
mas no porque no consiento
tu amorosa ceguedad,
eches al entendimiento
culpas de la voluntad.
Acaba: declaraté.

LISENA.

¿Haste de enojar conmigo?

DIANA.

¿Tan baja tu eleccion fue,
que estás temiendo el castigo,
si la prenda que amas sé?

LISENA.

Antes es tan generoso,
que entiendo, en siendo sabida
de tí mi eleccion honrosa,
que me llames atrevida,
y me riñas envidiosa.

DIANA.

¡Válgame Dios! ¿quién será
este hipérbole de amor?
Pára aqueste monte ya.

LISENA.

Si el conde de Peñaflor
fuese el que ocasion me da
de estimarle, ¿qué dirias?

DIANA.

Que á tu sangre corresponde
el amor que en ella crias.

LISENA.

¿Y si fuese mas que el conde?

DIANA.

¿Mas que el conde? Desvarias.

LISENA.

¿Si Enrique de Oberisel,
del rey privado y sobrino,
me escribiese este papel...?
¿No es mas galan? ¿no es mas dino
que el conde?

DIANA.

Es monstruo con él.
La alemana bizarría
se avergüenza en su presencia.
¡Dichosa tú, hermana mia!

LISENA.

Si me amase una escelencia,
en vez de una señoría,
con mas razon te admiraras.

DIANA.

¿Escelencia?

LISENA.

El duque Arnesto
¿no puede, si en él reparas,
amarme con fin honesto?

DIANA.

Señales vas dando claras
que estás loca. Un caballero
es nuestro padre, leal,
de noble sangre y acero,
que tuviera mas caudal,
á querer ser lisongero;
y por no igualar su hacienda
con la altiva inclinacion
que su valor me encomienda,
doy desdeñosa ocasion
á que amor de mí se ofenda;
que á falta de fundamentos
del oro, que no hace caso,
ni admite merecimientos,
por no casar mal, me caso
con mis mismos pensamientos.
Mira tú, siendo mi hermana,
y no con mayor tesoro,

si es la eleccion que haces vana,
cuando amor con flechas de oro
hiere, por lo que en él gana.
Si el duque á amarte se mueve,
tomará á censo tu honor;
mas mira que si se atreve,
no hay noble buen pagador,
ni es príncipe el que no debe.

LISENA.

¿Basta á que de la grandeza
de una escelencia admirar
te dé ocasion la pobreza?
Pues aun mas te has de espantar
cuando me llames alteza.

DIANA.

Anda, necia.

LISENA.

Este retrato
(*Sácale.*)
antes que leas el papel,
diga si verdad te trato.

DIANA.

A Sigismundo veo en él.

LISENA.

Y antes que pase gran rato,
verás el original
de ese gallardo traslado.

DIANA.

En amor tan desigual,
donde el pincel ha firmado,
recelo algun grande mal.
Sigismundo es heredero
de Carlos, rey de Bohemia,
tú hija de un caballero,
á quien la fortuna premia,
mas en sangre que en dinero.
El rey espera á Leonora,
de Hungría infanta, y tan bella,
que hasta la envidia enamora,
para que case con ella
el príncipe que la adora.
Por ella en Belgrado está

su hermano el infante Alberto,
y deben de llegar ya:
pues si el casamiento es cierto
de quien retratos te da,
¿qué puedes tú pretender
de tan desigual amor,
ni qué alteza puede haber
que no derribe tu honor,
no siendo tú su muger?

LISENA.

Satisfágate á esa duda
ese papel, que ya puedes
(*Dásele.*)
ver discreta y guardar muda,
para que segura quedes,
y amor á mi dicha acuda.
Y sin hacer mas espantos,
callando tu discrecion,
advierte en favores tantos
que es carta de obligacion,
pero no con *sepan cuantos*;
que en saberlo pocos creo
que el fin que espero verás,
y de mi honra el empleo.

DIANA.

¡Qué satisfecha que estás!

LISENA.

Veráslo si lês.

DIANA.

Pues leo.

(Lee.) *Mi padre el rey, prenda mia,*
me da esposa, y no sois vos,
como si amor, siendo Dios,
preciase estados de Hungría.
Antes que llegue este dia,
esta noche amor concierta
daros la posesion cierta
que á Leonora os adelanta,
porque en viniendo la infanta,
halle cerrada la puerta.
La mano os tengo de dar,
sin poner mi amor por obra;

que no soy como el que cobra
sin intencion de pagar.
Solo os quiero asegurar
que en honesto amor me fundo,
y que desmintiendo al mundo,
contra el gusto y el poder,
sabe amar sin ofender
á su esposa=Sigismundo.
A tan segura firmeza,
tan nunca visto valor,
tan no esperada grandeza,
¿qué mucho triunfe tu amor
de la mudanza y pobreza?
Solo Sigismundo es
quien nombre puede adquirir
de amante firme y cortés,
que el hacer junta al decir,
y da afrenta al interés.
Ya por él perfeto queda
el amor, á quien obliga
á que estimarse en mas pueda;
que estaba lleno de liga,
como la baja moneda,
y en el fuego del valor
con que su fama acredito,
sabe apartar del amor
la mezcla del apetito,
para acendralle mejor.
A amar tu pobreza vino,
quilatando su decoro;
que amor desnudo y divino,
cuanto está mas limpio de oro,
tanto es mas perfeto y fino.
Injuria, hermana, me has hecho
el tiempo que no me has dado
cuenta de tu honra y provecho.

LISENA.

Aunque amor comunicado
dicen que dilata el pecho,
temo la envidia, Diana,
que te pudiera causar.

DIANA.

No es mi inclinacion villana.

LISENA.

No, mas es propio envidiar
una hermana á la otra hermana.

DIANA.

¿Pues puédeme estar mal, dí,
que en Bohemia el reino goces?

LISENA.

Ya lo ves.

DIANA.

Pues que de mí
lo que te quiero conoces,
deposita desde aquí
secretos dentro la esfera
de mi pecho, que constante,
verte ya reinar quisiera.

LISENA.

Mal sabrás, no siendo amante,
saber servir de tercera.

DIANA.

Todo el ingenio lo alcanza.
Mas dime: ¿qué tanto há
que entre el temor y esperanza,
el príncipe por tí está
dando guerra á la mudanza?

LISENA.

Que me quiere bien, ha un año
me jura, y que yo lo sé,
un mes.

DIANA.

¡Sufrimiento estraño!
¿Y quién el Mercurio fue
de este provechoso engaño?

LISENA.

Harto humilde, te prometo.
Gascon, lacayo de casa,
á falta de otro sugeto,
es arcabuz por quien pasa
nuestro amoroso secreto.
El príncipe le ha pegado
parte de su discrecion

y de él el alma ha fiado.

DIANA.

Tiene buen humor Gascon.

LISENA.

Bien conmigo lo ha mostrado;
pues entre burlas y veras,
introducir ha sabido
en mi pecho estas quimeras.

DIANA.

De ordinario, hermana, han sido
las gracias lindas terceras.
No desecha ripio amor,
que es Dios muy aprovechado,
pues al humilde favor
de un hombre bajo ha obligado
de Sigismundo el valor.

LISENA.

Y tanto, que él solo tiene
de su secreto la llave.
Con él solo á verme viene
de noche; que otro no sabe
la pena que le entretiene.
De manera, que es de dia
de nuestro padre criado,
de los de menor cuantía;
pero de noche privado
del que menosprecia á Hungría.

DIANA.

Milagros del amor son,
que coronas atropella.
¿Y entra otro mas que Gascon
en la danza?

LISENA.

Una doncella,
á quien han dado ocasion
mis desvelos de accecharme,
sabe algo de esto tambien.

DIANA.

No haces, pues, mucho en fiarme
tu pecho, si otros le ven.

LISENA.

No ha bastado el recatarme.

DIANA.

¿Fué Carola la curiosa?

LISENA.

Sí, hermana; mas solo sabe
que de mi pena amorosa
es el dueño un hombre grave,
que me sirve para esposa;
sin que del príncipe tenga
ni sospecha ni noticia,
ni conmigo al jardin venga.

DIANA.

Importa que á la malicia
amor discreto prevenga.
Princesa has de ser, en fin.
¿Y por dónde te entra á hablar?

LISENA.

Llave tiene del jardin.

DIANA.

Seguro puede llegar,
si eres tú su serafin;
y mi padre, estando ausente,
no estorbará tu ventura,
que el cielo, hermana, acreciente.

LISENA.

Mira ¡qué alegre murmura
este jardin, esta fuente!
Pues entre dientes me avisa
que el príncipe viene ya.
¿No ves aumentar su risa?
¿No ves el olor que da
el suelo en que flores pisa?
Pues todas señales son
de que Sigismundo ha entrado.

DIANA.

¡Sabrosa exageracion!

ESCENA II.

SIGISMUNDO *y* GASCON, *como de noche.*—LISENA. DIANA.

SIGISMUNDO.
(Hablando con Gascon en el fondo.)
La noche se ha desojado
en ver mis dichas, Gascon.
Ojos son esas estrellas,
con que hecha un argos, pretende
ver mi amor por todas ellas.

GASCON.
Pues luminarias enciende,
tus bodas anuncia en ellas.

SIGISMUNDO.
Agradécele el favor
con que á ayudarme ha venido
vestida de resplandor.
Dila algo.

GASCON.
En mi vida he sido
culto versificador;
mas pues tú lo mandas, vaya.
Zarca antípoda de Febo,
que hecho este jardin Pancaya,
para alumbrarle de nuevo,
bordas de estrellas tu saya;
tú que al amante prometes
favores como al ladron,
y acompañando corchetes,
como si fueras jubon,
estrellas traes por ojetes;
tú que sustentas con ellas
ya el favor y ya el desden,
y mientras brillas centellas,
haciendo el cielo sarten,
sus yemas rubias estrellas;
bien pudiera, pues que vuelas
con tan estrellado bulto,

decirte (y aun lo recelas)
con cierto poeta culto
que estás llena de viruelas,
ó que como eres curiosa,
entre el resplandor hechizo
nos muestras la cara hermosa
con tanto lunar postizo,
que ya pecas de pecosa.
Pero solo digo, en fin,
que mas bella que otras noches,
vienes hoy á este jardin,
llena de dorados broches
desde el copete al chapin,
y que de los cielos bellos
donde es bien que te rotules,
pudieras, á sufrirlo ellos,
por lo que tienen de azules,
cortar cambray para cuellos.

SIGISMUNDO.

Anda, necio.

GASCON.

Al uso es esto.

LISENA.

¡Ay Diana! vesle allí.

DIANA.

Despejarte quiero el puesto
hasta que sepa de tí
que soy de amor tan honesto
medianera.

LISENA.

La luz mato.

(La apaga.)

DIANA.

Haces bien: aquí te espero;
que siempre es cuerdo el recato.

LISENA.

¿Y el papel?

DIANA.

Guardarle quiero,
envuelto en él el retrato.

(Échase Diana en la manga el retrato y el papel, y apártase á un lado.)

LISENA.

¡Príncipe!

SIGISMUNDO.

Lisena mia,
ya es medio dia, ya en verte
se ausentó la noche fria.

GASCON.

Veremos de aquesa suerte
estrellas al medio dia.

SIGISMUNDO.

Recelos húngaros son
los que el deseo apresuran,
pues para satisfaccion
del amor que en tí aseguran,
te entregan su posesion.
Dicen que viene la infanta
á injuriar merecimientos,
mi bien, de hermosura tanta;
y para que impedimentos,
con que amor niño se espanta,
mi dicha no hagan dudosa,
mi esperanza determina,
Lisena del alma, hermosa,
que esta noche sea madrina,
y tú mi adorada esposa.

LISENA.

El crédito has restaurado,
príncipe, que en los señores,
por no pagar se ha quebrado;
pues siendo todos deudores,
tú pagas adelantado.
No estados podré ofrecerte
cual la infanta, Sigismundo,
aunque mi amor es de suerte,
que tiene cual mar profundo,
infinitos en quererte.
Rey serás desde este dia
de un alma humilde que adora
tu amorosa cortesía,
puesto que envidio en Leonora,
no el amarte, sino á Hungría.
Mas ya que en estados reales

mas ilustre la haga Dios,
consolaráuse mis males
en que, á lo menos, las dos
somos en almas iguales.
Y en esto mi dicha fundo,
mas que ella en su real blason,
pues siendo de Sigismundo,
estimo en mas tu eleccion,
que las coronas del mundo.

SIGISMUNDO.

Paguen esa fé, Lisena,
mis brazos, de amor tuson.
Noche alegre, quinta amena,
si porque mis bodas son
sin testigos, os dan pena,
padrino el silencio sea;
estos cuadros, reales salas,
que himeneo alegre vea;
las flores, telas y galas,
que teja y vista Amaltea;
mis deseos, convidados;
músicos, aquestas fuentes
y arroyos de amor templados,
que den tono á sus corrientes,
y hagan fugas por los prados;
vos, jazmin, murta, arrayan,
aromas que al aura pura
fragancia en sus flores dan....

GASCON.

Y yo vendré á ser el cura,
ó al menos el sacristan.—
Deja el arroyo templado,
el arrayan, murta y flor,
viento, fuente, jardin, prado,
(que has de darle cuenta á amor
de este tiempo mal gastado)
y empieza tus aventuras;
que si amor anda con venda
en fábulas y pinturas,
es porque siempre encomienda
al amante que obre á escuras.
Estas violetas que ves,

su tálamo os pueden dar,
si agora alfombra á tus pies.
Solos os quiero dejar;
que al tronco de aquel ciprés
me espera un sueño liviano,
y darle dos filos quiero.
Tahur es amor tirano,
y este jardin tablajero;
jugad los dos mano á mano,
y tiraos como enemigos
los restos; que yo os prometo
que estais picados, amigos.
(*Apártase.*)

SIGISMUNDO.

Al amor llamó un discreto,
escritura sin testigos.
No hace su honesta lucha
de anfiteatros caso
donde mira gente mucha.
Dadme pues....

LISENA.

Príncipe, paso;
que hay aquí quien os escucha.
No solo os imagineis;
que mi ventura há traido
un testigo que estimeis,
y á sello agora ha venido
de la merced que me haceis.
Diana fue salteadora
de los secretos de amor,
y aunque sus leyes ignora,
ensalza vuestro valor,
y vuestra grandeza adora.
Dalda licencia que os hable.

SIGISMUNDO.

Gracias le debe este gusto,
por ella comunicable.

LISENA.

A mi amor honesto y justo,
el cielo se muestra afable,
pues todos le favorecen.—
Hermana, el príncipe os llama. (*Llega Diana.*)

DIANA.

Tantas mercedes me ofrecen
con que ensalce vuestra fama
las glorias que os engrandecen,
gran señor, que puesta en duda,
para no haceros agravio,
cuando á alabaros acuda,
podré decir con un sabio,
que la copia me hizo muda.
Que como la admiracion
es del silencio señal,
me ha causado confusion
el ver que un sugeto real,
digno de veneracion,
cual vuestra alteza, se agrada
de ensalzar nuestra bajeza;
aunque no ignoro espantada
ser propio de la grandeza
el dar ser á lo que es nada.

SIGISMUNDO.

Vos lo habeis dicho tan bien,
que á pesar de la opinion
que culpa vuestro desden,
la hermosura y discrecion
hermanarse en vos se ven.
Estimad vuestra ventura;
que porque os lleveis la palma,
quiere que rindais segura
con la discrecion el alma,
los ojos con la hermosura.
Y no reinos, ni riqueza
creais que son el tesoro,
Diana, de mas grandeza:
los diamantes, plata y oro,
se crian en la aspereza
de una infrutífera sierra;
las perlas que el mundo estima,
una concha las encierra;
la púrpura que sublima
la vanidad de la tierra,
es sangre de un vil pescado;
las piedras que el sol congela,

un monte las ha criado;
las sedas de tanta tela,
que dan soberbia al brocado,
un gusanillo pequeño
las hila de sus entrañas;
(sacad su valor del dueño)
las monarquías estrañas;
que la ambicion funda en sueño,
tal vez dan blasones reales
á un bárbaro sin razon;
mas no dotes naturales
de hermosura y discrecion,
porque esos son celestiales.
Y pues esto os engrandece,
dejad la admiracion ya;
que mi eleccion apetece
en mas lo que el cielo da,
que lo que la tierra ofrece.

ESCENA III.

CAROLA.— DICHOS.

CAROLA, *para sí.*

¡Válgame Dios por señora,
por amor, y por jardin!
Desde que el sol el mar dora,
hasta que con su carmin
sale el alba á ser pintora,
¿desvelada y quimerista
enjardinada has de estar?
No hay quien al sueño resista,
y ya de puro velar,
se me entorpece la vista.
Divorcio hace con la cama
Lisena, y da en jardinera,
y con ser de un galan dama,
y haberme hecho su tercera,
sé que adora, y no á quien ama.
Pues procúrese guardar

de mí; que siendo muger,
bien pudiera adivinar
que rebiento por saber,
y en sabiendo, por hablar.
Escucharélos de aquí.

GASCON.

(*Aparte.* Carola es esta: tentalla
quiero.) ¡Ah mi reina!

CAROLA.

¡Ay de mí!
¿Quién es?

GASCON.

Quien por adoralla,
vive en ella y no está en sí.
Tierna comunicacion
á su señora entretiene
aquí: ¿habrá conversacion?

CAROLA.

¿Luego él con su amante viene?

GASCON.

Vengo por su motilon,
y por servidor leal
de esa cara.

CAROLA.

Apartesé;
que ese nombre huele mal.

GASCON.

Es de noche, y me vacié.

CAROLA.

Diga *agua va*, pesia tal,
y hable mas limpio, si intenta
que no me vaya.

GASCON.

Yo busco
una trucha con pimienta,
una viña con rebusco,
y una huéspeda sin cuenta.

CAROLA.

Pues yo, hermano, no pretendo
á quien busca gangas muchas,
y que me pesque defiendo,
porque no se cogen truchas....

Ya lo entiende.

GASCON.

Ya lo entiendo.

CAROLA.

Si rebusco busca en viña,
no hay en mí que rebuscar;
que estoy en cierne, y soy niña,
y en agraz por madurar.

GASCON, *aparte.*

Si lo jura su basquiña.

CAROLA.

Huéspeda soy; mas si intenta,
cuando disgustos despueblo,
comer, irse, y no hacer cuenta,
pique; que cerca está el pueblo,
y no hay posada en la venta.

GASCON.

Discretaza eres: ser quiero
perdigon de tu reclamo.

CAROLA.

¿Quiero, dijo? ¡Ay qué grosero!
Sepamos quién es su amo,
y quién es él; que me muero
de este antojo, y podrá ser,
que algun monipodio hagamos.

GASCON.

Vaya, pues has de saber....

CAROLA.

¿Tan presto nos tuteamos?

GASCON.

Soy hombre, y eres muger.

CAROLA.

¿Quién son los dos? Que recelo
que nos quieren dar papilla.

GASCON.

Caballeros, vive el cielo,
sino que este lo es de silla,
y yo caballero en pelo.
A medias gano salario
de dos amos por su turno,
á quien sirvo de ordinario,
de adelantado al diurno,

y á esotro de secretario.
Causaráte maravilla
este modo de servir;
pues advierte que en Castilla
por mí se vino á decir
lo que de aquella seguidilla.

> Dime qué señas tiene,
> niña, tu hombre.—
> Lacayito de dia,
> bufon de noche.

CAROLA.

Tan en ayuno me quedo
de saber quién es, como antes.
¿Quién es su señor?

GASCON.

No puedo
decillo; que en los amantes
el secreto quita el miedo;
mas si me das un favor,
todo lo desbucharé.

CAROLA.

¿Qué quiere?

GASCON.

¿No hay cinta ó flor,
guante de la mano ó pie,
y otros diges del amor?

CAROLA.

Diérale yo este liston;
mas pediráme el que trato
cuenta de él, y con razon.

GASCON.

Lo contado come el gato.
¿Es el dichoso Gascon?

CAROLA.

¿Gascon? ¡Gentil desatino!
¿Yo amores con un gavacho
que á casa en *puribus* vino?

GASCON.

¿En *puribus*?

CAROLA.

Es borracho,
y anda en cueros como el vino;

mas cúmplame aqueste antojo,
(*Dásele.*)
y hele aquí.

GASCON.

Venga el liston;
que ya de celos me enojo.
¿Ha de olvidar á Gascon,
y escogerme á mí?

CAROLA.

Sí escojo.

GASCON.

¿Olvidarále?

CAROLA.

¡Jesú!
Dale ya por olvidado.

GASCON.

¿No es monazo?

CAROLA.

De Tolú.

GASCON.

¿No es un puerco?

CAROLA.

Socarrado.
¿Qué falta?

GASCON.

Escupille.

CAROLA.

(*Escupe.*)
¡Puh!

GASCON.

(*Aparte.* La mitad de tu apellido
escupiste.) Digo, pues,
ya que obligarme has querido,
que este caballero es....

CAROLA.

¡Ay Dios!

GASCON.

¿Qué sientes?

CAROLA.

Rüido.
(*Llegando á las damas.*)
Lisena, señora mia,

tu padre en casa.

LISENA.

¡Ay de mí!

SIGISMUNDO.

¿El pesar tras la alegria?

DIANA.

Vete, gran señor, de aquí.

GASCON, *aparte.*

La fiesta se queda fria.

SIGISMUNDO.

Ya, mi bien, que sois mi esposa,
no temo siniestro fin.
A Dios, mi Diana hermosa.

LISENA.

La puerta está del jardin
abierta.

(*Vase Sigismundo.*)

GASCON.

Pues es forzosa
la amistad que hemos trabado,
¿cómo te llamas?

CAROLA.

Carola.

GASCON.

Dolor de tripas me has dado;
mas por esa causa sola
traeré el cuello es-carolado. (*Vase.*)

ESCENA IV.

FISBERTO. ORELIO, *con una hacha encendida.*—LISENA. DIANA. CAROLA.

FISBERTO.

(*Hablando aparte con Orelio.*)
¿Hombre dices que salió
del jardin?

ORELIO.

¿No ves abierta
la puerta?

FISBERTO.

Y con ella abrió
sospecha á mi agravio cierta
quien en él de noche entró.
Alumbra. ¿Quién está aquí?

LISENA.

¡Oh señor! seas bien venido.

FISBERTO.

Vine, y ví; mas no vencí,
pues miro el honor perdido
que industrioso conseguí.
¿Qué haceis las dos á tal hora
y en tal sitio?

LISENA.

Es el calor
del sueño enemigo agora,
y huyendo de su rigor,
pedimos alivio á Flora.

FISBERTO.

¿Y abrístele, para echalle,
la puerta?

DIANA.

Lugar seguro
es el jardin, sin cerralle,
pues sale el postigo al muro,
y no á la plaza y la calle.
Deja agora, señor, eso,
y dinos si traes salud.

FISBERTO.

Que lo imaginé confieso;
mas la falta de virtud
quitan la salud y el seso.
La que yo tenia era cierta;
pero tan mal me ha tratado
quien darme muerte concierta,
que el honor me ha registrado
el cierzo de aquella puerta.
¿Qué hombre fue el que salió
por ella agora?

DIANA.

¿Qué dices?

LISENA.

¿Hombre aquí?

FISBERTO.

Direis que no;
pero lo que tú desdices,
colijo en la cara yo.

DIANA.

Si no volviera por mí,
la opinion que de intratable
en el mundo conseguí,
temiera algun mal notable
de ver que me hables ansí.
¿Sabes que Bohemia sabe
en lo que mi honor se precia,
sin que de humanarse acabe,
y que en opinion de necia
estoy por honesta y grave?
Pues ¿qué sospechoso humor
quitarme intenta este nombre,
sin estima de mi honor?
La sombra no mas de un hombre
suele causarme temor.
Mi hermana, ya es cosa cierta
lo que su fama procura.
No culpes jardin ni puerta.

FISBERTO.

Sin puerta aun no está segura
la honra en muger y huerta,
cuanto y mas haciendo prueba,
abriéndola, del rigor
con que un viento se la lleva;
que á Adan le quitó el honor
estando en un jardin Eva.
Estais en jardin, y crece
el déseo, y cuando vaya
al natural que apetece,
podreis decir que bien haya
quien á los suyos parece.
Carola, dí la verdad.
¿Quién era el que estaba aquí?

CAROLA.

Yo, señor....

FISBERTO.

(*Saca la daga.*)
De mi crueldad
entenderás....

CAROLA.

¡Ay de mí!
Uno de la vecindad
buscaba (aquesto es sin duda)
de parte de la comadre....
Deja la daga desnuda....—
Para cierto mal de madre,
unos cogollos de ruda.

FISBERTO.

Vive el cielo, que ha de ser
hoy sepulcro este jardin,
vuestro, ó tengo de saber
qué hombre, ó para qué fin
acabais de hablar y ver.

DIANA.

Ya no se puede esperar
tanta afrenta y vituperio.
¿Eso se ha de imaginar
de mí? Iréme á un monasterio,
y podráste asegurar.

FISBERTO.

¡Ah muger, al fin ligera!

DIANA.

Por no serte inobediente,
me voy.

FISBERTO.

(*Hace que se va, y tiénela Fisberto de la manga donde escondió el papel.*)

¿Dirás que es quimera
lo que yo he visto? Detente.
¿Qué papel es este? Espera.
(*Sácale el papel y el retrato.*)

DIANA.

¿Es nuevo traer papeles
en la manga una muger?

FISBERTO.

¿Cuándo tú traerlos sueles?
¡Bueno! ¿Estudios vengo á ver

de plumas y de pinceles?

(*Lee.*)

Regalado está el papel,
y el príncipe en su retrato
se muestra amoroso y fiel.
¿Eres tú la del recato,
la desdeñosa y crüel?
¡Creyendo á un príncipe estás,
que mañana ha de casarse!
¡Bien tu sangre honrando vas!
¿Papeles que han de rasgarse
cobras, cuando tu honra das?
¿Es mas aquesta pintura
de un papel en que trabaja
el engaño, pues procura
la deshonra en su baraja
darte un rey solo en figura?
Dá crédito á firmas fieles,
funda en ella tus cuidados,
sabrás, cuando mas receles,
que á mugeres y soldados
paga un príncipe en papeles.
¿Eres tú la recatada?

LISENA, *aparte.*

Ya lloro de mi secreto,
la dicha desbaratada.

DIANA.

(*Aparte á Lisena.*)

Por sacarte de este aprieto,
tengo de ser la culpada.

FISBERTO.

¿Y tú, Lisena, á terciar
en mi afrenta te enseñaste?
¡Bien te sabes estimar!

LISENA.

Al punto que aquí llegaste,
acababa yo de entrar,
y el hombre que salir viste,
de mí debió de irse huyendo,
al tiempo que tu veniste;
mas de aquí saco y entiendo
que en un engaño consiste

cualquier vana hipocresía.
Ya sabemos á qué fin
se echaba á dormir de dia:
por velar en el jardin
cada noche.

DIANA.

¡Hermana mia...!

LISENA.

Creyó subir á lo sumo
de la real autoridad,
y de aquí á lo que presumo,
crecen de su vanidad
los humos, que al fin son humo.
Dí, necia, ¿locura tanta
te hizo desvanecer
por un papel, que te encanta?
Por cierto ¡hermosa muger
para hacer punta á una infanta!
Si mi padre ha de tomar
venganza, y me cree á mí,
á tí te habia de quemar,
y al retrato, porque así
reineis los dos á la par.
Será un hecho sin segundo,
si en pago de tu corona,
os viese quemar el mundo,
á tí por loca en persona,
y en retrato á Sigismundo.
¡En gentil reina habia puesto
Bohemia su monarquía!
Castígala, señor, presto.
(*A ella aparte.*)
Perdóname, hermana mia,
que me va la vida en esto.
(*Vanse Lisena y Carola.*)

ESCENA V.

DIANA. FISBERTO. ORELIO.

FISBERTO.

Quien loca imposibles prueba,
y á subir se desvanece
á donde el viento la lleva,
cuando caiga, bien merece
que cualquiera se la atreva.
De ese retrato te asombra,
si á cobrar tu seso vienes,
pues si su esposa te nombra,
y en sombra al príncipe tienes,
princesa serás en sombra.
Y mientras yo voy á hablar
al rey y á poner cordura
á quien te viene á burlar,
descarta aquesa figura,
y tu honor podrás ganar.
(Vanse Fisberto y Orelio.)

ESCENA VI.

DIANA.

¡Gentil fraterna me han dado!
Basta, que llevo la pena
de lo que nunca he pecado;
mas como reine Lisena,
yo lo doy por bien empleado.
Con este enredo codicio
darle á amor su posesion:
pues de tercera es mi oficio,
seré amante en opinion,
pues no puedo en ejercicio. *(Vase.)*

Salon de palacio.

ESCENA VII.

EL REY. ALBERTO.

ALBERTO.

Una jornada, gran señor, de Praga
queda Leonora, infanta, donde espera
el pálio real, que en parte satisfaga
la ausencia de su patria, en ella fiera.
Si amor servicios de este modo paga,
y el príncipe la dicha considera
que los cielos le ofrecen con Leonora,
no á la infanta de Hungría, al sol adora.
Disimula prudente la tristeza
que á pesar de su industria, por los ojos
no agravia, antes aumenta su belleza;
que suelen ser afeite los enojos:
causarálos mudar naturaleza,
si ya no es que acierten los antojos
de quien afirma mas que fuera justo
que se casa la infanta á su disgusto.
Tibio tambien á Sigismundo advierto
en estas bodas: poco se disfraza.
Al camino creimos que encubierto
saliera á ver la infanta, y que la caza
su amor coloreára; mas lo cierto
es que en otros empleos se embaraza.
voluntad que á tal tiempo es tan remisa,
si amor á los principios todo es prisa.

REY.

Pues bien; ¿qué me querrás decir por eso?

ALBERTO.

¡Ay rey! ¡ay padre! si el principio mio
tu sangre fue, y es cierto que intereso
de ella el amor, por quien vivir confio;

si aquesta mano que obediente beso,
por afrentar larguezas de Darío,
con que al monarca Macedon escedes,
se llama mano por manar mercedes;
ansí al bohemio reino jamás falte
tu vista venerable; ansí preserve
el tiempo tu vejez, sin que le asalte
decrépito rigor que en tí reserve;
ansí la eternidad su trono esmalte
en esa plata, donde se conserve
una vida inmortal, sin que venganza
des jamás al olvido, y la mudanza;
que el reino del amor no tiranices,
ni voluntades con violencia enlaces;
que no la fuerza doma las cervices
del tálamo himeneo que deshaces:
cuando campos de plata esterilices,
que entre los lazos de amorosas paces,
hijos producen con que eterno queda,
no habrá quien en los reinos te suceda.
Yo, padre caro, que á Leonora adoro,
y en sus ojos recíprocos colijo
correspondiente gusto, en lazos de oro
de sus cabellos mi prision elijo.
Sigismundo no la ama; si el decoro
de mi vida te mueve, el ser tu hijo,
y no me quieres presto llorar muerto,
agrada á Sigismundo, obliga á Alberto.
Accion tengo á Sajonia: en su conquista
feliz, asiste el español don Sancho;
ya dicen que ha rendido á escala vista
las poblaciones de su término ancho;
y como tu rigor no lo resista,
si con Hungría su ducado ensancho,
la fama vencerás de tus mayores,
y dejarás dos reyes sucesores.

REY.

No merece respuesta quien no estima
palabras reales que respeta el mundo:
tu necio amor sus ímpetus reprima,
sin culpar el que tiene Sigismundo;
que ni Leonora el suyo desestima,

ni tú, que en nacimiento eres segundo,
cuando en Sajonia por su duque quedes,
es justo que como él, un reino heredes.

ALBERTO.

Pues, vive el cielo....

REY.

Loco, ¿qué es aquesto?

ALBERTO.

Que si á otro que á mí su esposo llama....

REY.

¡Tú conmigo atrevido y descompuesto!
¡Hola! ¿No hay gente aquí?

ALBERTO.

Que en viva llama
á Roma ha de imitar tu corte presto,
y yo á Neron, que á la tarpeya fama
pondré en olvido. (*Vase.*)

REY.

¿No hay quien lleve preso
este desatinado, este sin seso?

ESCENA VIII.

FISBERTO. — EL REY.

FISBERTO.

Vuestra magestad se sirva
de oirme aparte un secreto,
y esta prisa no le espante,
porque la pide el remedio.

REY.

Si no es de tanta importancia,
despues me hablareis, Fisberto.

FISBERTO.

Vaos en ello, gran señor,
el gusto, y la paz del reino.

REY.

¡La paz del reino y mi gusto!
¿Qué será? ¡Válgame el cielo!
Llegaos aquí, y escusad

preámbulos y rodeos.

FISBERTO.

La noticia que de mí
os dieron mozo mis hechos,
gran señor, aunque olvidada,
no del todo se habrá muerto.
De ella habreis ya colegido
la lealtad con que os sirvieron
mis nobles progenitores,
imitándolos yo en esto.
Testigo el pobre caudal
con que su opinion sustento;
que privar y salir pobre,
limpio nombre da, aunque nuevo.
Hánme quedado dos hijas,
con cuya vista consuelo
servicios no bien pagados,
sino es en merecimientos.

REY.

Querreis, Fisberto, pedirme
sus dotes: yo os los concedo.
¿Es este el caso importante?

FISBERTO.

No dotes, señor, pretendo;
que los de naturaleza
tienen, y los que las dieron
sus nobles antepasados,
que son los que estimo y precio.
Bástales ser hijas mias;
que si nobles casamientos
mi vejez apeteciera,
no viniera á lo que vengo,
ni algun príncipe faltara,
que llamándose mi yerno,
ensalzara prendas mias
hasta su trono supremo.—
Diana, que es la mayor,
y en los altos pensamientos
mi natural semejanza,
tan sublimes los ha puesto,
que el príncipe Sigismundo
es, gran señor, por lo menos,

el blanco de su esperanza,
y de su amor el sugeto.

REY.

No será la primer loca,
que dando en esos estremos,
con príncipe bodas finja,
y pare su tema en reinos.
¿Qué quieres decirme mas?

FISBERTO.

Por locura pasara esto,
si el príncipe, gran señor,
no hubiera sido el primero,
que á pesar de inconvenientes,
menospreciando conciertos,
que con la infanta Leonora
por él en Hungría has hecho,
persuadiera la entereza
de Diana al fin honesto
con que la iglesia permite
vivir un alma en dos cuerpos.

REY.

¡Sigismundo con Diana!

FISBERTO.

Esta es verdad.

REY.

Anda, necio;
ya sé que se ha concertado
contigo el infante Alberto
para que me persüadas
que el príncipe, aborreciendo
á Leonora, pronostica
infeliz su casamiento.

FISBERTO.

De mi hacienda vine anoche,
hallé mi jardin abierto,
ví salir un hombre de él,
y estar mis dos hijas dentro.
Sospechas averigué,
que en este papel perdieron
el nombre, pues ya no son
sospechas indicios ciertos.

(Dale el papel y el retrato, y mírale el rey.)

Lèle, y mira este retrato;
y si tomas mi consejo,
no con alborotos hagas
agravio al sabio silencio;
que yo casaré á Diana,
buscando algun caballero
igual á su sangre y dote,
con la brevedad que veo
que para este caso importa;
y puesto este impedimento,
volverá el príncipe en sí,
será de la infanta dueño,
y yo quedaré premiado
con que sepan que he antepuesto
la lealtad á una corona
que me daba reyes nietos.

REY.

Fisberto, si yo supiera
el valor que en ese pecho
atesora tu lealtad,
tú ocuparas otro puesto;
mas yo enmendaré descuidos.
Tomar quiero tu consejo,
sin que, cual dices, enojos
publiquen lo que es secreto.
Bien me parece que cases
á Diana, y que sea luego;
que en el peligro presente
es el mas árduo remedio.
Pero ha de ser de mi mano
el esposo; que ya quiero,
aunque tarde, comenzar
á pagar lo que te debo.
Don Sancho de Urrea merece (1),
por noble, pues descendieron
de los reyes de Aragòn
los que á su casa ser dieron;
por valeroso, cual muestra

(1) *Merecer* es aqui verbo intransitivo, en la significacion de *ser digno de aprecio*, de *tener mérito*.

Sajonia, por cuyos hechos
rendida me reconoce;
por su noble entendimiento,
y por su edad, no liviana,
como en los años primeros,
cuya mudable inquietud
mil mal casados ha hecho,
sino en madurez viril,
que los gustos himeneos,
para que duren felices,
tasa sabio, y goza cuerdo;
y en fin porque yo le estimo,
y dalle estados pretendo,
que el ambicioso murmure,
y no indignen al discreto.
Me parece que será
merecido y justo empleo
de tu lealtad y mi gusto.

FISBERTO.

Agradecido te beso,
gran señor, tus pies reales;
que á medida del deseo,
dueño á mi casa has cortado.

ESCENA IX.

—

SIGISMUNDO. ALBERTO. GASCON.—EL REY. FISBERTO.

SIGISMUNDO.

(*Habla aparte con su hermano y con Gascon.*)
Los brazos te diera, Alberto,
á no estar mi padre aquí,
por ver que en la infanta has puesto
los ojos, y amando estorbas
este odioso casamiento.
De mi parte está seguro;
porque al paso la aborrezco,
que en otra parte idolatro.

GASCON.

Príncipe, ¿no ves aquello?

Retrato, viejo, y papel
te acusan.

SIGISMUNDO.

Ya sé el enredo,
Gascon, que en ayuda mia
anoche hicieron los cielos.
La sospechosa es Diana,
de mi amor, y por lo menos,
Lisena estará segura.

GASCON.

Amor todo es embelecos.

REY.

Príncipe.

SIGISMUNDO.

Señor.

REY.

¿Qué aguardas,
si está tu esposa en mis reinos,
y una jornada de aquí,
que á vella no vas?

SIGISMUNDO.

Sospecho....

REY.

No hay que sospechar: al punto
parte, y quítala recelos;
que tu descuido habrá dado
materia á su llanto y celos.

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Alberto.*)
¿Qué responderé?

ALBERTO.

(*Aparte á Sigismundo.*)
Que vas
á verla, y juntos podremos,
contra caducos enojos,
entablar nuestros sucesos.

REY.

¿No partes?

SIGISMUNDO.

Ya, señor, parto.

REY.

Fisberto, venid; que tengo

que deciros muchas cosas
concernientes al bien vuestro.
(*Vanse el rey y Fisberto.*)

SIGISMUNDO.

Quédate, Gascon.

GASCON.

De dia
soy vigilia de este viejo,
pues siempre le voy delante.

SIGISMUNDO.

¿Y de noche?

GASCON.

Tu linterno. (*Vase.*)

SIGISMUNDO.

Partamos, pues; que Leonora
y Hungría serán de Alberto,
ó no seré Sigismundo.

ALBERTO.

Pon en mi cara dos hierros.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

EL REY. SIGISMUNDO. ALBERTO. DIANA *y* DON SANCHO, *de novios.* LISENA. FISBERTO. GASCON.

REY.

No poco contento estoy,
noble Sancho, bella Diana,
pues la hermosura alemana
al valor de España doy;
que de tan justos amores,
de tal marido y muger,
me prometo han de nacer
valerosos sucesores,
que honrar mi reino procuren,
y en la venidera edad
tengan en pie la lealtad,
y esta corona aseguren.
Y pues de la parte vuestra
ya está cumplido mi gusto,
de la mia será justo
que dé mi largueza muestra
de que soy buen pagador.
Sancho, servicios os debo,
dignos que al estado nuevo
que gozais, haga favor.
A Sajonia me habeis dado:
en ella el condado os doy
de Alba Real.

DON SANCHO.

Por tí estoy
á un tiempo rico y casado,
gran señor: á renacer
vuelvo de nuevo á esas plantas,

pues mi pequeñez levantas,
y das á mi dicha ser.
Bien conozco cuánto agravio
hace á mi bella consorte
el cielo, y que en esta corte
esposo mas mozo y sabio
correspondiera á su edad;
(que amor que las almas mide,
como en las costumbres, pide
en años conformidad)
y en tálamo juvenil
gozaran justos amores;
que no vienen bien las flores
del amor, sino en su abril.
Yo que del estío paso,
y ya al otoño me allego,
aunque al amoroso fuego
de esta belleza me abraso,
por mas que la adoro tierno,
temo, aunque el alma la doy,
ver que en el otoño estoy,
y á las puertas de mi invierno.
Mas pues vuestra magestad
por cuenta suya ha tomado
el darme esposa y estado,
y ella, aunque en tan tierna edad,
por esos estorbos pasa,
tengo por cierto, y es justo,
que reducirá su gusto
al gusto de quien nos casa.

FISBERTO.

Diana, conde, es discreta,
y conmigo ha consultado
cuán bien dice con su estado
vuestra edad sábia y discreta.
Yo responderé por ella
á vuestra escusada duda;
que en tal accion, el ser muda
hace á la novia mas bella.
En la juventud ha hecho
el amor prueba infalible
de que es mas apetecible;

mas no de tanto provecho
como la viril edad,
medio entre estremos viciosos;
pues si campos viste hermosos
la joven amenidad
del verano, y da en tributo
las flores, que un aire seca,
el otoño cuerdo trueca
sus flores en fértil fruto,
que á Ceres y á Baco alegre,
sin que la vejez le espante;
porque á un otoño abundante,
se sigue un invierno alegre.
Y así en el simil que toco,
Diana, que es de este acuerdo,
os ama por moral cuerdo,
mas que por almendro loco.

DIANA.

Habló mi padre por mí,
como mi padre en efeto.
En su gusto comprometo
todo el del alma que os dí,
rindiendo al rey mi señor
las gracias de haberme honrado;
que de tal mano, tal dado,
tal premio, de tal valor.

REY.

Pues aun no os he dado á vos
ninguna cosa, condesa.

DIANA.

Lo que mi esposo interesa,
es, gran señor, de los dos.

REY.

No: razon es que por él
las arras pague; y ansí
os llamareis desde aquí
duquesa de Florabel.

(Llegan á besar la mano al rey, don Sancho, Diana, Fisberto y Lisena.)

FISBERTO.

Dénos vuestra magestad
los pies.

REY.

Lisena, ¿tambien
llegais vos? Pero haceis bien.
¿Mercedes quereis? Alzad;
que de Mons la baronía
para dote vuestro os doy.

LISENA.

A Alejandro escedes hoy.

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Lisena.*)
¡Ay prenda del alma mia!
¡Con qué venturoso engaño
de mi padre se rie amor!
Estorbos pone el temor
en mi provecho y su daño.
¡Casando á Diana, entiende
que lo he de estar con Leonora!
Que eres tú mi esposa ignora,
y creyendo que me ofende,
no sabe que me asegura
cuando baronías te dé,
y que yo el varon seré
que he de gozar tu hermosura.

REY.

¿Cómo, príncipe, no dais
á don Sancho el parabien,
si de su aumento y su bien,
como es razon, os holgais?

SIGISMUNDO.

(*Aparte.* Fingirme sentido quiero
de que Diana se case,
para que adelante pase
el engaño de que espero
conseguir mi alegre intento.)
Vuestra magestad le ha dado
por todos.... aunque escusado
fuera aqueste casamiento.

REY.

¿Por qué ocasion?

SIGISMUNDO.

Yo la sé,
y aunque por no alborotalle

en esta ocasion, la calle,
algun dia la diré.

DON SANCHO.

No quiera Dios, gran señor,
que si esto no corresponde
á vuestro gusto....

SIGISMUNDO.

Andad, conde.

DON SANCHO.

¿Qué causa á tal disfavor
he dado yo?

SIGISMUNDO.

Bueno fuera
darme cuenta á mí, si es ley
que á vuestro príncipe....

DON SANCHO.

El rey
nuestro señor....

SIGISMUNDO.

Bien pudiera
el rey mi padre....

REY.

¿Qué es esto?

SIGISMUNDO.

Sentimientos justos son.

GASCON, *aparte.*

¡Oh príncipe socarron!
¡Miren qué mustio se ha puesto!

REY.

¿No basta ser gusto mio?

SIGISMUNDO.

Basta y sobra; pero....

REY.

Andad,
y á su casa acompañad
los novios, infante.—El brio,
príncipe, que os descompone,
ya yo sé de dónde nace.
Quien tan mala eleccion hace,
y á riesgo palabras pone
de su padre y rey, merece....

SIGISMUNDO.

¿Puédesme dar mas castigo
que el que ahora usas conmigo?

REY.

Paso.

SIGISMUNDO.

Si intentas....

REY.

¡Parece
que los daños que prevengo,
te dan causa de atreverte!
Pues si eres príncipe, advierte
que otros hijos sin tí tengo
que me sucedan despues,
y que sabré á alguna alteza,
cortándole la cabeza,
humillarla hasta mis pies. (*Vase.*)

ESCENA II.

—

SIGISMUNDO. ALBERTO. DON SANCHO. DIANA. LISENA. FISBERTO. GASCON.

SIGISMUNDO.

Eres padre; no há lugar
á que contra tí me ofenda.
(*Al irse Sigismundo, pasa por junto á Lisena, y dícela:*)
¡Ay mi bien!

LISENA.

(*Aparte á Sigismundo.*)
¡Ay cara prenda!

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Lisena.*)
Todo esto es disimular.

DON SANCHO, *aparte.*

No entiendo aquestas enîmas.

ALBERTO.

Vamos, condes.

DIANA.

(*Aparte á Lisena.*)
¡Qué discreto

guarda el príncipe el secreto,
Lisena, que en él estimas!

LISENA.

(*Aparte á Diana.*)

Prudentemente ha fingido
lo que que me case siente.

FISBERTO, *aparte.*

Estorbé este inconveniente,
dando á Diana marido.
Ahora que tiene dueño,
él mirará por su honor.

DON SANCHO, *aparte.*

¡Ay inconstante favor,
cera al sol, tesoro en sueño!
¿Privar hoy y temer ya?

GASCON, *aparte.*

¡Gentil enredo va urdido!

DON SANCHO, *aparte.*

¡De mí el príncipe ofendido!
¡Válgame Dios! ¿qué será? (*Vanse.*)

ESCENA III.

—

ENRIQUE.

Dos meses há que importuno,
y ausente amor se ha cansado,
porque ausente y olvidado
ya yo sé que todo es uno.
Principios tuve dichosos,
que habrá deshecho la ausencia,
pues siendo correspondencia
los deseos amorosos
que la firmeza celebra,
¿quién los fiará de muger,
si en la ausencia, es mercader
que en faltando el caudal, quiebra?
Bien llamarte fuego intenta,
amor, quien tus llamas siente,
porque el fuego al que está ausente,

ni le abrasa ni calienta.
Y al cabo de tantos dias
que Lisena no me vió,
¿quién duda que no dejó
mi amor, ni aun cenizas frias?
Mandóme que fuese el rey
á ver al emperador;
partí por su embajador;
su gusto tuve por ley.
Y habiendo en principios sido
venturoso pretendiente
de su amor, estando ausente,
ya todo se habrá perdido;
pues consistiendo en ventura
el amar y el pleitear,
¿qué suerte puede esperar
el que pierde coyuntura?
Si otra vez mi dicha pruebo,
bien sé que mi amor dirá:
"pretendiente que se va,
que vuelva á empezar de nuevo."
Haceldo ansí, pensamientos;
que cuando hallais derribada
la fábrica comenzada,
en pie os quedan los cimientos.

ESCENA IV.

—

GASCON.—ENRIQUE.

GASCON.

(*Sin ver á Enrique.*)

¡Brava máquina levanta
sobre un engaño el amor!
Peon soy de esta labor:
cantera traigo que espanta.
Al príncipe vengo á dar
un recado de Lisena,
que es la cal de aquesta arena,
con quien se intenta mezclar;

y temo, aunque ando á destajo,
si el rey sabe este edificio,
que la obra ha de hacer vicio,
y ha de cogerme debajo.

ENRIQUE.

(*Aparte.* Este pienso que es criado
del padre de quien adoro.
Lo que sospecho y ignoro
sabré de él.) Hola, hombre honrado.

GASCON.

Hombre sí; que esotro no.

ENRIQUE.

¿No sois honrado?

GASCON.

Con *ola*
no; que la honra viene sola;
y como *ola* me llamó,
no puedo ser hombre honrado;
que las *honras*, como es cierto,
se suelen hacer á un muerto,
pero nunca á un *oleado.*

ENRIQUE.

¡Buen humor gastais!

GASCON.

Por casto
los malos sudé primero,
y á falta de otro dinero,
humor es solo el que gasto.

ENRIQUE.

¿No servís vos á Fisberto?

GASCON.

Inmediatamente, no:
sirvo á sus caballos yo,
porque los pulo y concierto.

ENRIQUE.

¿Sois lacayo suyo, en fin?

GASCON.

En fin, no lo quiera el cielo.
Ser despensero es consuelo,
que esotra plaza es rüin:
basta que hasta aquí me vea
dando á sus caballos ripio,

y ser lacayo al principio,
sin que al fin tambien lo sea.

ENRIQUE.

A estar en mi casa vos,
yo os cumpliera ese deseo,
porque en vuestro trato veo
donosas cosas, por Dios.
No debeis de conocerme.

GASCON.

Si os saco por el olor,
me vais oliendo á señor,
y si es que habeis menesterme
entre discreto y bellaco,
os serviré de podenco
para todo lo mostrenco;
que por el olor lo saco.
Porque nunca los señores,
sino en las comedias, hablan
con lacayos, si no entablan
por sus medios sus amores.

ENRIQUE.

Vos habeis dado en lo cierto.

GASCON.

¡Miren si lo dije yo!
Si es Diana la que os dió
en las mataduras, muerto,
ó matado estais en vano,
porque todo su desden
paró en casarse, aunque bien,
con uno, que ni es verano
ni invierno.

ENRIQUE.

¿Casada está?

GASCON.

Como venís de camino,
en todo sois peregrino.
La mano á don Sancho da
de Urrea, y es ya duquesa
de Florabel y Alba Real.

ENRIQUE.

Es don Sancho muy leal,
y la sangre aragonesa

que ser le dió, conocida,
y de reyes descendiente.

GASCON.

Si fuérades maldiciente,
hiciérades de su vida
otro *Flos Sanctorum.*

ENRIQUE.

Soy
de don Sancho muy amigo,
y de sus hechos testigo.

GASCON.

Las gracias por él os doy,
y colijo que no estais
de Diana enamorado,
pues celos no os han picado,
y á su marido alabais.

ENRIQUE.

Acertais como discreto.

GASCON.

Segun eso, de Lisena
debeis de ser alma en pena;
y que lo errais os prometo.
Que aunque el gusto os alborota
por las galas con que viene,
dicen que mas faltas tiene
que seis juegos de pelota.
Yo como ladron de casa,
y que hablo con las doncellas,
tal vez, que asisten con ellas,
sé lo que en aquesto pasa.
Si adorais madejas rizas
de sus espurios cabellos,
agenos son los mas de ellos;
trae pantorrillas postizas;
tiene muchos escrementos,
muchos hoyos de viruelas,
háse sacado tres muelas
de achaque de corrimientos.
Tiene jiba, bien que es poca,
calza diez puntos de pie,
y lo peor que de ella sé,
es que la olisca la boca.

Y con todo eso, mil locos
andan muertos por su amor,
y estimaran por favor
que les diera un par de mocos.
Principalmente, anda muerto
cierto título por ella,
que por casarse con ella
habló á su padre Fisberto.

ENRIQUE.

¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Quién es
quien se casa con Lisena?

GASCON, *aparte.*

Picóle.

ENRIQUE.

Aquesta cadena
ha de ser el interés
por quien me habeis de decir
quién es el que se desposa.

GASCON.

(*Aparte.* No hay cosa mas provechosa
como un discreto mentir.)
Ello ha de ir por aquí ya,
aunque entredicho me han puesto.
Sabed que es el duque Arnesto
el que concertado está,
y el que á escusas de su padre
ha hecho las escrituras.

ENRIQUE.

Ciertas son mis desventuras.

GASCON.

Si celos son mal de madre,
y vos os sentís celoso,
una tostada tomá:
y tras ella....

ENRIQUE.

Calla ya,
coronista malicioso;
que aunque la ausencia crüel
haya podido mudalla,
solamente ha de gozalla
el conde de Oberisel. (*Vase.*)

ESCENA V.

GASCON.

¡Oste puto! ¿El conde es este
de Oberisel? ¿el sobrino
del rey? A mal tiempo vino.
Paciencia el príncipe preste,
si Enrique hablando á Fisberto,
quiere ser el desposado;
que este ama á lo declarado,
y el príncipe á lo encubierto.
Por disuadille su amor,
faltas en ella fingí,
y el picon al marqués dí
del nuevo competidor
que con Lisena se casa.
A muchas cosas me atrevo;
pero todo se lo debo
al príncipe; que si pasa
adelante este embeleco,
se trueca en reales y escudos
Gascon, lacayo en menudos.
¿Paréceles barro el trueco?

ESCENA VI.

SIGISMUNDO.—GASCON.

SIGISMUNDO.
(*Para sí.* Amor, de este laberinto,
si tú la mano me das,
saldré seguro.) ¿Aquí estás
Gascon?

GASCON.
Como se lo pinto.

SIGISMUNDO.

Quimeras dificultosas
ha levantado mi amor.

GASCON.

De príncipes es, señor,
intentar terribles cosas.
Diana y Lisena están
en este engaño conformes,
y dicen que te transformes
en un fingido galan
de Diana, y en nombre suyo
corresponderá Lisena,
entreteniendo tu pena,
para que si el padre tuyo
acaso tu amor supiere,
vea que es muger casada
la dama que es de tí amada,
y que si casarte quiere
con Leonora, no podrá
impedirlo aqueste amor.
Dejando á salvo su honor,
licencia á aquesto te da;
que á trueco de ver su hermana
reinar en Bohemia, intenta
tomar su amor por su cuenta;
y así, ya sea en la ventana,
ya en papeles, ya en acciones,
el sugeto de tu amor
es Diana en lo esterior,
si bien en las intenciones
Lisena tu gusto obligue:
será amor en tal quimera,
"á tí te lo digo, nuera...."
y lo demas que se sigue.

SIGISMUNDO.

¡Qué de ello debo á Diana!
El cielo me favorece;
premio escelente merece
quien hace tan buena hermana.
Fingirme su galan trato,
y con debido secreto
guardar el justo respeto

que pide el cuerdo recato
de don Sancho, que es su esposo,
y el vasallo mas leal
de Bohemia, y haré mal
si vive por mí celoso.

GASCON.

A eso voy; que es cosa llana,
si le damos ocasion,
que ha de echar el bodegon
don Sancho, por la ventana.
Yo estoy en casa, y por mí
pasará aqueste embeleco,
que soy como puerto seco.
Lo que la he de decir di;
que aguarda, como á las doce
la campana el motilon.

SIGISMUNDO.

Esta noche mi aficion
quiere que la dicha goce
de que la hable á la ventana.
Dile á mi Lisena bella
que salga á las once á ella,
y que se finja Diana;
que por ella la he de hablar.

GASCON.

Basta, que en esta quimera
es Gascon la lanzadera.
Alto; urdir, y enmarañar. (*Vase.*)

Cámara del rey.

ESCENA VII.

EL REY. ALBERTO.

ALBERTO.

Luego que vió á Leonora Sigismundo,
y en ella el cielo mismo transformado,

trocó el primero amor por el segundo,
y la infanta que es toda amor y agrado,
si tibia su descuido la tenia,
desvelos dió de nuevo á su cuidado.
Yo que la truje, gran señor, de Hungría,
y en la continuacion de su presencia,
veneno daba al alma cada dia,
no pude hacer tan fuerte resistencia,
que no diese esperanzas al deseo,
bien que pagando costas la paciencia;
pero, pues la ama Sigismundo, y veo
que ella se muestra noble, agradecida
á tu palabra y su amoroso empleo,
de pensamientos mudaré y de vida;
que no imposibles del amor escojo,
ni en tus reinos la paz es bien que impida.
Si me perdonas el pasado enojo,
y esta mano me pones en los labios,
ya que á tus pies con humildad me arrojo,
jamás saldrá de tus consejos sabios
mi debida obediencia, ni atrevidos
ofenderán tus canas mis agravios.

REY.

A defetos, Alberto, conocidos,
siendo yo padre, no hay dudar que ofrezca
abrazos por enojos, entre olvidos;
que el príncipe, ya cuerdo, no aborrezca
lo que tan bien le está, me satisface,
y que á su amor Leonora el suyo ofrezca;
pero no los estremos con que hace
Sigismundo que entienda el caso poco
que de lo mucho que le quiero nace.
Dí á Diana á don Sancho, porque loco
con desigual amor, ofensa hacia
á mi palabra real, y aunque no toco
otros inconvenientes que podria,
basta la enemistad que ocasionaba
entre Bohemia, y su vecina Hungría.
Por esto ¿es bien cuando de ver acaba
la infanta, que me dices que ya adora,
y en su hermosura mi eleccion alaba,
viendo á don Sancho con Diana agora,

en nudo conyugal é igualdad cuerda
público hacer lo que mi corte ignora?
¿El respeto es razon que así me pierda
el príncipe? ¡A su padre, Sigismundo!
¡Bien su obediencia con mi amor concuerda!

ALBERTO.

No en tanta culpa como juzgas fundo
su repentino enojo, si prudente
miras la mocedad que diste al mundo.
Vió á su dama casada de repente,
llegando en tal suceso descuidado;
quísola bien; no sale fácilmente
amor en muchos dias arraigado.
Sintiólo. ¿Qué te espantas? Ya se olvida,
y el alma á su Leonora ha dedicado.

REY.

¿Es muy hermosa?

ALBERTO.

(*Aparte.* Aquí venís nacida,
mentirosa invencion.) Es un retrato
de Lisena.

REY.

¿De quién?

ALBERTO.

No ví en mi vida
en el cuerpo, en la cara, y en el trato
dos símiles tan grandes. Esto es cierto:
la verdad verás presto que te trato.

REY.

¿De Lisena, la hija de Fisberto?

ALBERTO.

Esa es otra Leonora, otra belleza,
y un tanto monta suyo.

REY.

Suele, Alberto,
de cuando en cuando hacer naturaleza,
aunque es en varïar tan admirable,
igual conformidad de su destreza.
No es el primero ejemplo (aunque es notable)
el que has visto en Leonora y en Lisena.
Siempre la semejanza ha sido amable.
Pero ¿cómo la infanta entrar no ordena

en mi corte?

ALBERTO.

De industria lo dilata;
que su hermano, señor, la trae con pena.
Uladislao, á quien la suerte ingrata
en lo último tiene de la vida,
antes que el tiempo el oro trueque en plata,
es la ocasion que de su boda impida
las fiestas que la aprestas, por agora,
porque quiere que en todo sea cumplida.
Si muere Uladislao, y triste llora
su joven falta, cuando el reino hereda,
¿cómo podrá gozar fiestas Leonora?

REY.

Es la infanta muy cuerda: tiempo queda
en que heredando el reino, que ya es cierto,
con sus bodas mi corte alegrar pueda.
Iréla á visitar mañana, Alberto,
por ver lo que á Lisena se parece.

ALBERTO.

Y está puesto en razon.

REY.

Saldré encubierto.

ALBERTO.

(*Mirando adentro.*)

El príncipe es aqueste.

REY.

Pues se ofrece
á tan buena ocasion, hablalle á solas
pretendo. Vete, infante.

ALBERTO, *aparte.*

Alegre crece
mi tímida esperanza entre tus olas,
amor, piélago inmenso: dame ayuda,
pues sigo las banderas que enarbolas.
No mudes tu bonanza; si se muda
el mar que con borrascas se levanta,
el viento en popa de tu gracia acuda:
la infanta quiero, amor; dame la infanta. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

SIGISMUNDO, *por una puerta, y por otra* DON SANCHO, *que se detiene viendo al rey hablar con el príncipe.*—EL REY.

DON SANCHO.

El príncipe se ha indignado
porque de Diana soy
dueño, y aunque de ella amado,
si fé, sospechas, os doy,
armas daré á mi cuidado.—
Mas el rey está con él.—
A dalle satisfaccion
venia.... Sospecha cruel,
dejad mi imaginacion;
que alterais su quietud fiel.
No revolvais tantas cosas,
todas contra mi sosiego;
que si pasiones celosas
de amor alteran el fuego,
mis penas serán forzosas.
Oir quiero lo que tratan.

REY.

Príncipe, si á libertades,
que descompuestas maltratan
las reales autoridades,
y de amor las llamas matan,
hubiera de dar castigo,
mi enojo esperimentaras,
no hijo, sino enemigo;
tanto, que otra vez no osaras
descomponerte conmigo.
Mas soy tu padre, y así
templo leyes del rigor,
que me inclinan contra tí,
porque está embotando amor
filos que al enojo dí.
Hámele en parte templado

el haberme dicho Alberto
que de opinion has mudado;
y si, como afirma, es cierto
que á Leonora el alma has dado,
y dejando otras quimeras,
hacer mi gusto codicias,
trocando burlas en veras,
yo te perdono, en albricias
de que ya á la infanta quieras.

SIGISMUNDO.

No puedo negar, señor,
que cuando en Diana ví
menospreciado el amor
que la he tenido....

DON SANCHO.

¡Ay de mí!
¿Qué oís, combatido honor?

SIGISMUNDO.

Sin consultar la prudencia
que justos respetos mira,
ofendí tu real presencia,
dando ocasion á tu ira
mi alterada inadvertencia.
Mas lo que mi dicha gana
conozco, y que se mejora
mi eleccion hasta aquí vana,
pues restauro con Leonora,
lo que perdí con Diana.

REY.

No con eso satisfecho
das sosiego á mi cuidado:
esperiencia larga he hecho
que de un amor arraigado
reliquias conserva el pecho.
Nunca sale de raiz
una pasion encendida;
que en el hombre mas feliz,
aunque se sane la herida,
se queda la cicatriz.
Solo en tí no ha de haber tal;
porque tu amorosa pena
ha de ser (ó haráslo mal)

como quien pisa la arena
para borrar la señal.
Ya yo sé que de tal suerte
Diana te dió cuidado,
que á no impedillo la suerte,
tú vivieras mal casado,
y aceleraras mi muerte.
Lo que en el jardin pasó
sé tambien, y que por poco
te hallara en él, cuando entró,
Fisberto, y de tu amor loco
los claros indicios vió.
Él con prudencia y recato,
dió á su hija igual marido,
y ella á tí te da en barato,
pues juego su amor ha sido,
este papel y retrato.
(*Muéstraselos.*)
Don Sancho es noble y leal;
Diana es ya su muger;
tú tienes esposa igual;
ángel de guarda ha de ser
suya mi respeto real.
Si contra su honor porfias,
y otra vez encender piensas,
memorias que afirmas frias,
de don Sancho las ofensas,
no son suyas, sino mias.
Ella tiene esposo honrado,
y para que no la ofendas,
tu papel te da, y traslado;
que pues te vuelve las prendas,
su amor ha desempeñado.
Si en papeles y pinturas
censo tu amor quiso echar,
y redimille procuras,
ya como censo al quitar,
te vuelve las escrituras.
Rásgalas; que en esto fundo
tu dicha, y no seas ligero;
que en agravios, Sigismundo,
si te perdono el primero,

no sé lo que haré al segundo.
(*Deja al príncipe el papel y el retrato, y vase.*)

ESCENA IX.

SIGISMUNDO. DON SANCHO, *oculto.*

SIGISMUNDO.

Todo lo va haciendo amor
á medida del deseo.

DON SANCHO.

¡Ay sospechoso temor!
¡qué mala informacion veo
sustanciar contra mi honor!
Jardin, retrato y papel
tienen mi ventura en calma,
siendo en pleito tan crüel
tres enemigos del alma,
y tres testigos en él.
¿Esto es, cielos, ser casado?

ESCENA X.

GASCON.—SIGISMUNDO. DON SANCHO, *oculto.*

GASCON.

(*Al príncipe.*)
Brevemente; que me llama
cierta prisa.

DON SANCHO.

¿No es criado
de mi casa este?

GASCON.

A tu dama
dí, príncipe, tu recado,
y responde que te espera
esta noche en la ventana.
Prosigue con tu quimera,

y hablarás una Diana,
que es tercera, y es primera;
que aunque en casa hay nuevo dueño,
tú eres mas antiguo en ella,
y estotro en tiempo pequeño,
aunque tiene esposa bella,
por mas bello tendrá el sueño,
pues no hay mas blandos colchones
para dormir, que los años.

SIGISMUNDO.

Gascon, las obligaciones
pagaré de estos engaños.

GASCON.

Honrarás á los Gascones.
¿Qué es lo que metes ahí?

SIGISMUNDO.

El retrato, y el papel,
que á mi amado dueño dí.

(*Hace que los echa en la faltriquera, y cáensele al suelo.*)

GASCON.

Que diera en tierra por él,
esta máquina entendí;
pero bien se ha remediado
á costa de un casamiento,
un condado y un ducado.

SIGISMUNDO.

Diérale yo, Gascon, ciento,
por salir de este cuidado.
Vamos; que ya es tarde, y quiero
vestirme de noche.

GASCON.

Y yo,
que te sirvo de tercero,
¿tengo de medrar?

SIGISMUNDO.

¿Pues no?

GASCON.

¿De lacayo á caballero?
¡Bravo salto!

SIGISMUNDO.

Ya te vieras
rico, si no me importara

tanto, Gascon, que estuvieras
en su casa.

GASCON.

Es cosa clara,
porque á no estallo, no hubieras
logrado tanta fatiga.
Si medro de aquestas trazas,
por armas pondré una higa,
y á sus lados dos almohazas,
con una letra que diga:
"para Carola."

SIGISMUNDO.

¿A qué fin?

GASCON.

Háceme trampas.

SIGISMUNDO.

¿Y tú
las sufres?

GASCON.

No, que es rüin;
escupióme y dijo: ¡puh!
testigo todo un jardin.

(*Vanse los dos.*)

ESCENA XI.

DON SANCHO.

¡Qué bien, honra, os acomoda
el rey, autor de mi queja,
pues casándome, aun no os deja
gozar el pan de la boda!
Mi tragedia escuché toda.
¡Nunca el rey me diera estado,
muger, privanza y ducado!
pues si me desacredita
y advierte lo que me quita,
¿qué vale lo que me ha dado?
La muger mas noble y bella,
¿qué valor nunca ha tenido,

pues al mas bajo marido
le dan dineros con ella?
La privanza que atropella
títulos, ¿de qué interés,
cielos rigurosos, es,
pues en el mas alto puesto,
para que caiga mas presto,
de grillos sirve á los pies?
¿De qué estima es el estado
que el rey puede dar mayor,
ni qué valdrá, si el honor
cae por él, de su estado?
Honra, cuanto nos han dado,
todo os incita á caer:
la privanza es Lucifer,
que cae al paso que sube,
el estado rayo en nube,
torre en viento la muger.

(*Alza del suelo el retrato y papel que dejó caer el príncipe.*)

El retrato y papel son
estos que á mis pies están:
cayéronsele, y querrán
á mis pies pedir perdon.
Mas no; que en esta ocasion,
donde su ser mi honra pierde,
áspid entre la flor verde
mi desventura los llama,
que porque muera mi fama,
sube al pecho, y el pie muerde.
Casóme el rey sin mi gusto;
Diana es moza y hermosa,
mi edad poco apetitosa,
lazo desigual y injusto,
mozo el príncipe y robusto,
sin respetos el poder;
él amante, ella muger,
y conformados los dos....
Honra, sospechaldo vos;
que yo no os oso ofender.
En el jardin ¿no se vieron?
¿Luego es cierto...?—Calla, lengua;
que publicarán mi mengua,

las paredes que te oyeron.
¡Ay cielos! Si allí estuvieron....
y el príncipe gozar pudo....—
Al pronunciár esto, un ñudo
de mi garganta es cordel;
mas dígalo este papel,
que da facil y habla mudo.
(Lee.) *Mi padre el rey, prenda mia,*
me da esposa, y no sois vos,
como si amor, siendo Dios,
preciase estados de Hungría.
No es deidad la tiranía:
ese atributo condeno;
justicia guarda el que es bueno;
de Diana soy señor:
ó no os llameis dios, amor,
ó no apetezcais lo ageno.
(Lee.) *Antes que llegue este día,*
esta noche amor concierta
daros la posesion cierta....
¿Qué aguardais, sospecha fria?
¡Posesion! ¡Ay honra mia!
Justo temor os espanta.
(Lee.) *Porque en viniendo la infanta,*
halle cerrada la puerta.
La muerte la hallará abierta,
si averiguo afrenta tanta.
(Lee.) *La mano os tengo de dar,*
sin poner mi amor por obra;
que no soy como el que cobra
sin intencion de pagar.
Volved, honra, á respirar;
que si contra el comun uso,
su amor por obra no puso,
y vos os quedais en pie,
yo, honra, os defenderé,
sin que me tengais confuso.
(Lee.) *Solo os quiero asegurar*
que en honesto amor me fundo.
Mentido habeis, Sigismundo,
pues me quereis deshonrar.
¿Qué crédito os puedo dar,

papel, viendo que mintió
la mano que os escribió?
¿Y quién creerá, aunque lo ignora,
si intenta gozarla agora,
que entonces no la gozó?
No leo mas. En conclusion,
de mi sospecha haré alarde;
que no hay amante que guarde
palabras en la ocasion.
Valientes escusas son
las que este papel me enseña;
pero no es señal pequeña
las prendas que en contra están;
que adonde prendas se dan,
alguna cosa se empeña.
Vos, retrato, habeis estado
en su poder y su pecho,
y habiendo asiento en él hecho,
la posada habeis pagado.
No sois vos el descartado,
sino yo; que á toda ley,
si el amor no guarda ley,
¿quién duda, aunque os halle aquí,
que me descartará á mí,
por quedarse con un rey?
Esta noche se han de hablar:
ya Sigismundo previno
el trage á su desatino:
honor, hacer, y callar.
El silencio sabe obrar;
indicios he visto llanos;
si á pensamientos livianos
obras aplica en mi mengua
Diana, calle la lengua,
porque el honor todo es manos. (*Vase.*)

Sala en casa de don Sancho.—Va anocheciendo.

ESCENA XII.

LISENA. DIANA.

DIANA.

En fin, ¿esta noche, hermana,
viene Sigismundo á hablarte?

LISENA.

Y el nombre tengo de hurtarte,
siendo solo en él Diana.

DIANA.

Provechosa es la invencion.

LISENA.

Sí; que si á saberlo viene
el rey, que solo ojo tiene
á que llegue á ejecucion
el casarle con Leonora,
viendo que ya tú lo estás,
y impedirlo no podrás,
cuando sepa que te adora,
reparará poco ó nada;
pues cuando te ame y le quieras,
lo que doncella impidieras,
no lo has de impedir casada.

DIANA.

Deseo tanto, te prometo,
esto de verte reinar,
que en fin, como ha de durar
poco, y con tanto secreto,
consiento en aqueste engaño,
como nó toque al decoro
de don Sancho; que le adoro
ya como si hubiera un año
que por dueño le deseara.
Tan señor se hizo de mí,

que desde que no le ví,
como si un siglo tardara,
maldiciones echo al sol
porque su curso no pasa;
que en fin de noche está en casa.

LISENA.

Es discreto, y español.
Hace gran ventaja España,
en amar, á otras naciones,
que fértil es en varones.

DIANA.

Don Sancho, Lisena, engaña
los años con el buen gusto,
la alegre conversacion,
la apacible condicion;
y yo, en fin, que de esto gusto,
vivo contenta y segura,
sin que me inquieten desvelos;
que amor mozo, todo es celos,
y el mio todo es ventura.

LISENA.

¡Ay qué casada tan buena!
El amor lleve adelante
amor tan fino y constante.

DIANA.

Y porque el tuyo, Lisena,
no pierda ocasión por mí,
irme y dejarte pretendo.
Mi honra y nombre te encomiendo.

LISENA.

¿Pones mas que el nombre aquí?

DIANA.

Corre riesgo, y me da pena.
Guárdamele, y no te asombre,
porque quien tiene mal nombre,
nunca cobra fama buena. (*Vanse.*)

Calle.—Vista de la casa de don Sancho.

ESCENA XIII.

—

ALBERTO *y* SIGISMUNDO, *de noche.*

ALBERTO.

Hice al rey creer, en fin,
que Lisena de la infanta
era, príncipe, un retrato,
y admirable semejanza.
Creyólo, y determinó
irla á visitar mañana
á Valdeflores, en donde
tendrán fin estas marañas.
Leonora que mis deseos
con otros iguales paga,
y procura reducillos
al yugo que amor enlaza,
sabe todas estas cosas,
y á cuantos tiene en su casa,
porque por ellos no pierda
nuestra marañosa traza,
ha mandado que prosigan
con este engaño; y aguarda,
para industriarla en el caso,
que lleves allá á tu dama.
Comunicará con ella
las acciones y palabras
que al rey tiene de decir,
para que no caiga en falta;
y porque no se descubra
esta ficcion por su causa,
encerrándose, no quiere
que entre nadie á visitarla.
Esto escusa con decir
que no es razon, siendo hermana

del príncipe Uladislao,
cuya muerte malograda
sabe ya por cosa cierta,
dar á visitas entrada,
divirtiendo el sentimiento,
que es justo la aflija el alma.
Como há tan poco que vino,
y llegó tan recatada,
que no hay ninguno en Bohemia
que le haya visto la cara,
por todo el reino ha corrido
esa mentirosa fama,
y todos crên en la corte
que en Lisena se retrata.
Lo que falta, hermano, agora,
es que con brevedad vaya,
y á Leonora comunique,
pues es poca la distancia;
que supuesto que su padre,
de la corte y de su casa
ausentándose, se emplea
ya en su hacienda, ya en la caza,
diciendo que parte á vella,
y ayudando á esto Diana,
sin dar lugar á sospechas,
dulce fin tendrán tus ansias.

SIGISMUNDO.

Peregrino ingenio tienes.
¡Disposicion estremada,
y á medida de mi gusto!
Con Gascon haré avisarla;
que no fio este secreto,
aunque agora vengo á hablarla,
supuesto que oyen las piedras,
de paredes y ventanas.
Mas oye, que viene gente.

(*Hablan bajo los dos.*)

ESCENA XIV.

ENRIQUE, *de noche.*—SIGISMUNDO. ALBERTO.

ENRIQUE.
(*Creyéndose solo.*)
¿Posible es, Lisena ingrata,
que en una ausencia tan corta,
olvidándome, te casas?
Mas es poderoso Arnesto.
Un duque ¿qué no contrasta?
una ausencia ¿qué no olvida?
un interés ¿qué no alcanza?
Quien no parece, perece.
Ausente el fuego, no abrasa;
anublado el sol, no alumbra;
la ausencia es nube pesada.
Comenzábate á servir,
tú á quererme comenzabas,
si me ausenté á los principios,
y lo poco casi es nada,
¿qué me quejo? ¿qué te culpo?
Maldiga amor la embajada,
el camino amor maldiga,
y al rey que de ella fue causa.—
Pero ¿qué gente es aquesta?
Mas si el duque á Lisena ama,
y es justicia amor, que ronda,
mi pregunta fue escusada.
Mataréle. Pero no;
que si los celos me agravian,
celos con celos se vengan,
no con desiguales armas.—
¡Ah de la calle! ¿Quién son?

SIGISMUNDO.
¿Quién lo pregunta?

ENRIQUE.
Quien pasa
desde el amor al olvido.

SIGISMUNDO.

¡Estraordinaria distancia!

ENRIQUE.

Notable. Pero vos, duque,
sois ocasion de que la haya,
y que yo entre estos estremos
esperimente desgracias.

SIGISMUNDO.

¿Yo soy duque? ¿Conocéisme?

ENRIQUE.

Disimulais nombre y habla,
duque Arnesto; que aunque á escuras,
los celos son luz del alma.
Ya sé que tan adelante
lograis vuestras esperanzas,
que Fisberto os da á Lisena,
y con vos honra su casa.

SIGISMUNDO, *aparte.*

¿Cómo es esto?

ENRIQUE.

Y tambien sé
que si en la de amor guardaran
antigüedades, pudiera
la mia haceros ventaja.
Escrituras teneis hechas....
¡Ay cielos, quién las rasgara!
En secreto os casais, duque:
celos públicos me matan.
Porque vuestro padre viejo
lo ignore, habeis dado traza
de casaros de esta suerte;
mas como nadie las guarda,
las plumas con que se hicieron
vuestras escrituras, andan,
para publicalle á voces,
en las alas de la fama.
A ser yo celoso al uso,
vuestras dichas estorbara;
favores mi amor fingiera,
que á Lisena deshonraran;
pero no lo quiera Dios;
que soy noble, y aunque ingrata

ella, es espejo de honor,
si ejemplo de la mudanza.
A servilla comencé;
principios tuve en su gracia,
ausentéme, entrasteis vos;
y amores que no se arraigan,
hiélanse con una ausencia.
Casaos, Arnesto: gozalda,
pues que sois mas venturoso;
que cuando vos saqueis galas,
hagais fiestas, deis libreas,
podrá ser, y Dios lo haga,
que os corte funestos lutos
la muerte que me amenaza.
Deudo soy cercano vuestro;
mas si amor deudas os paga
á letra vista de gustos,
y en Lisena os da libranzas,
¿qué os importará mi muerte?
pues cuando sintais mi falta,
nunca mucho costó poco;
lo mas caro mas se ama.
Logre el cielo vuestra suerte;
que yo para no estorballa,
de vos envidioso y de ella,
iré á repasar desgracias. (*Vase.*)

ESCENA XV.

ALBERTO. SIGISMUNDO.

SIGISMUNDO.

Alberto, ¿no escuchas esto?
¿No oyes que á Lisena casa
en secreto con el duque
su padre, y que desbarata
la máquina de mi amor?
¿No oyes confirmar palabras
en contratos y escrituras?

ALBERTO.

Todo lo oigo.

SIGISMUNDO.

Pues ¿qué aguardas,
infante? Dame la muerte:
saca aquese acero, saca
este corazon; primero
que el duque con esto salga.

ALBERTO.

No sé, por Dios, qué sospeche
de estas nuevas disfrazadas,
sin conocer al autor,
ni el efecto á que se causan.
El duque Arnesto es mi amigo,
y hasta aquí no sé que haya
tenido amor, que es señal
que sale luego á la cara.
¿No podrá ser que este sea
algun burlon de estos que andan
dando picones de noche,
y cifran su trato en gracias?

SIGISMUNDO.

No, hermano; verdades son,
en mi daño averiguadas,
todas cuantas este ha dicho:
ni las finge, ni me engaña.

ALBERTO.

Pues bien, cuando verdad sea,
Lisena ¿está ya casada?
¿aborrécete por dicha? (1)

SIGISMUNDO.

¡Ay Alberto! no sé.

ALBERTO.

Calla,
y procura hacer de suerte
que á ver á Leonora vaya;
que si ella su intento ayuda,
y te desposas mañana,
¿qué celos hay que te inquieten,

(1) Por acaso.

ni qué escrituras que valgan
contra consumados gustos
y dichas anticipadas?

SIGISMUNDO.

Es ansí; mas ¿qué sé yo
si su padre y la mudanza,
habrán hecho lo que suelen?

ALBERTO.

Gente siento á la ventana.
Si es ella, buena señal,
Sigismundo, es que te ama.

SIGISMUNDO.

¿Y si viene á despedirme?

ALBERTO.

¡Bueno es que te persüadas
á que Lisena es tan necia,
que mas estimacion haga
de un ducado que de un reino!

SIGISMUNDO.

No sosegaré hasta hablarla.

ESCENA XVI.

DON SANCHO, *como de noche.* LISENA, *á una ventana.*— SIGISMUNDO. ALBERTO.

DON SANCHO, *para sí.*

A desengaños tan ciertos,
y á sospechas confirmadas,
¿de qué sirve, honor, buscar
tanto indicio, prueba tanta?
Pero si sois juez, haceldas;
que todas son de importancia,
hasta cerrar el proceso,
y ejecutar la venganza.
¿Si habrá el príncipe venido?
Mas este es; que quien agravia,
y mas en casos de honor,
diligente se adelanta.
La ventana está tambien

por mi deshonra ocupada.
Escuchad, silencio cuerdo;
que el dar voces es infamia.

LISENA.

Hablar sentí á Sigismundo.—
¿Sois vos, señor?

SIGISMUNDO.

¿Es Diana?

LISENA.

Soy, y no soy.

SIGISMUNDO.

Ya lo entiendo:
mi amor ese enigma alcanza.

DON SANCHO, *aparte.*

Sospechas, ya no hay escusa;
no salieron, honor, falsas
las nuevas de mis desdichas;
que no mienten si son malas.

LISENA.

¿Cómo estais, mi bien?

SIGISMUNDO.

Quejoso.

LISENA.

¿Por qué ocasion?

SIGISMUNDO.

Porque asalta
mi ventura un dueño antiguo,
que me atormenta y os ama.

DON SANCHO, *aparte.*

Como soy su esposo yo,
y dueño de aquesta casa,
antiguo en años y en penas,
su dueño antiguo me llama.

LISENA.

¿Yo dueño antiguo, y no vos?

SIGISMUNDO.

Sí, crüel, que me amenaza
con casamientos que estorban
el lograr mis esperanzas.

DON SANCHO, *aparte.*

De mi casamiento tiene
celos. ¡ Nunca se enlazara

mi libertad, ya cautiva,
en redes que el honor matan!

LISENA.

Yo no conozco otro dueño,
ni mientras influya el alma
vida en este corazon,
como amor dentro dé llamas,
reconoceré otro esposo,
ni daré á otro amante el alma,
que no fuere Sigismundo.
Si es querer probarme, basta.

SIGISMUNDO.

Luego el duque que os adora,
¿no es dueño vuestro?

DON SANCHO, *aparte.*

¿Qué os falta,
agravios, si á la vergüenza
por las calles mi nombre anda?
¡Nunca el rey me hiciera duque!

SIGISMUNDO.

Disculpas tendreis pensadas:
direis que de aquestas bodas
es vuestro padre la causa.

LISENA.

Príncipe, yo no os entiendo;
si porque ya amais la infanta,
andais mendigando escusas,
no me culpeis, y gozalda;
que yo me daré la muerte.

DON SANCHO, *aparte.*

¡Celos le pide la ingrata!

SIGISMUNDO.

Diana, si es que á mi amor
quereis dar debida paga,
ocasion se ofrece.

LISENA.

¿Cómo?

SIGISMUNDO.

Gozándoos.

LISENA.

¿Cuándo?

SIGISMUNDO.

Mañana.

LISENA.

¿Dónde?

SIGISMUNDO.

Yo os lo avisaré;
que en la calle es ignorancia
fiar secretos á piedras,
que tienen ecos y hablan.
Estad, mi bien, prevenida,
y pues no teme quien ama,
no temais inconvenientes,
y á Dios, porque vienen hachas.
(*Vanse Sigismundo y Alberto.*)

ESCENA XVII.

LISENA, *á la ventana.* DON SANCHO.

LISENA.

¿Qué celos, cielos, son estos,
que mi dicha desbaratan?
Aguardar quiero este aviso,
y de él sabré estas marañas.
¿Qué duque es este, que dice
Sigismundo, que me llama
su esposa? Confusa voy.
¡Ay noche! ¡qué de ello engañas!
(*Quítase de la ventana.*)

ESCENA XVIII.

DON SANCHO.

Fuése el príncipe, y entróse
la que ocasiona mi infamia,
y ciega se determina
quitarme el honor mañana.
¡Válgame Dios! ¡Que las leyes

del mundo fundado hayan
la honra en una muger!
¡En una pluma liviana,
el honor, de tanto peso!
¡Cielo! el matrimonio ¿ata
con una tan frágil cuerda,
que la mas fuerte es de lana?
A cabo de tantos dias,
honra por mí conservada,
con tanta industria querida,
ilustre con tanta hazaña,
¿un pensamiento os destruye?
¿un soplo liviano os mata?
¿un poco de viento os quiebra?
¿una muger os maltrata?
Mas sois de vidro: ¿qué mucho
que si os derriba una ingrata,
cayendo el vidro se quiebre,
y el honor pedazos se haga?
Mañana me ha de afrentar;
mañana ha dado palabra
de poner mi mal por obra:
corta es, honor, la distancia.
Dalde la muerte. Mas ¿cómo?
Si ve el vulgo mi venganza,
y estando hasta aquí secreto
mi agravio, le saco á plaza,
¿satisfaráse ansí? No;
que aunque mas le satisfagan,
en público siempre queda
la señal donde hubo mancha.
Secretos, buscad remedios;
discurrid, industria honrada;
no sepa de mí ninguno
cosa con que me dé en cara.
No ha de haber quien imagine
que una muger alemana
osó afrentar atrevida
la honra y valor de España.
Pues si hoy no la doy la muerte,
ha de afrentarme mañana;
si la mato, pregonera

saldrá en mi ofensa la fama.
¡Ah peligros del honor!
¡nunca yo esperimentara,
á costa de mi sosiego,
los daños que me amenazan!

ESCENA XIX.

GASCON, *con una hacha encendida. Despues* CAROLA.—DON SANCHO.

GASCON.

Esto de aguardar señores
en el patio y con una hacha,
hecho cofrade de luz,
por Dios, que es cosa pesada.

CAROLA.

Gascon, ¿ha venido el duque?

GASCON.

¿Quién lo pregunta?

CAROLA.

Quien anda
buscando achaques por verte,
gavacho de mis entrañas.
Un siglo há que estoy sin tí.
Esto de tener en casa
dueño nuevo, descomulga
de los pages las criadas;
y tú, como no me quieres,
por ocasiones que haya,
aunque hecha un argos me veas
por corredores y salas,
sin volver á mí los ojos,
como si yo te injuriara,
como silla de dosel,
te hallo siempre de espaldas.

GASCON.

Hágase allá: no me toque.

CAROLA.

¡Ay traidor! ¿así me tratas?

¿Pues por qué?

GASCON.

Como es–Carola,
sopean muchos su ensalada.

CAROLA.

¿Celitos?

GASCON.

Hágase allá;
que la esconderé esta daga,
si llega, en los menudillos,
por lo que tiene de vaina.

CAROLA.

Si te he ofendido en mi vida,
un rayo del cielo caiga
sobre.... sobre....

GASCON.

¿Quién?

CAROLA.

El turco.

GASCON.

Linda pieza, buena lanza,
¿qué es del liston que la dí
para la cruz, esta pascua,
á costa de dos raciones?

CAROLA.

¿Liston?

GASCON.

No estoy para gracias.

CAROLA.

¿El de carne de doncella?

GASCON.

Ese mismo, mula falsa;
que pierde en ella ese nombre,
y no quiero que le traiga.
¿Qué es de él?

CAROLA.

Como me sangré
de un tobillo, estando mala
ayer, sirvióme de cinta;
y el barbero, que mal haya,
dijo que eran gages suyos,
y dísele.

GASCON.

Si se sangra
con barberos de palacio,
y listona, á fuer de dama,
pique; que no pico yo
vena que está tan picada
por jardineros bufones.

CAROLA.

¡Ay qué testimonio!

GASCON.

Vaya,
y no haga caso de mí;
que soy....

CAROLA.

¿Qué, Gascon del alma?

GASCON.

Soy un puerco socarrado,
aunque ella no me socarra;
un monazo de Tolú,
y como seca en garganta,
soy escupido.

CAROLA.

(*Aparte.* ¡Oste, puto!)
Gascon, esa ha sido maula.
(*Aparte.* Sopla vivo ha andado aquí.)
No hagas caso de palabras,
borreguito de mi vida.

GASCON.

¡Vive Dios...!

CAROLA.

No chero: encaja.
(*Tómale la barba.*)

GASCON.

¿Que me engaite aquesta ansí?

CAROLA.

Ea, pichon.... ¡Ay qué barba!
No te ofenderé otra vez,
por esta bendita.

GASCON.

Basta.
¿Querráme mucho?

CAROLA.

Mu....chísimo.

GASCON.

Si tanto en el *mu* te tardas,
vive Dios, que á perder me eches.
¿No ves lo que en *mu* me llamas?

CAROLA.

Habló el buey, y dijo *mu*.

DON SANCHO.

(*Aparte.* ¡Miren cuál anda mi casa!
Mas ¿qué mucho? Siempre imitan
las criadas á sus amas.)
(*Llegándose á Gascon y Carola.*)
¿Qué es esto?

CAROLA.

Gascon, señor....

GASCON, *aparte.*

Cogido nos ha en la trampa.

DON SANCHO.

¿Qué haceis los dos aquí agora?

GASCON.

Que vinieses aguardaba,
para alumbrarte.

CAROLA.

Yo vengo,
como tanto te tardabas,
á saber si habias venido:
mi señora me lo manda,
que está llena de recelos,
y te espera desvelada.

DON SANCHO.

Andad, subíos allá arriba.

(*Vase Carola: Gascon quiere tambien retirarse, y se detiene llamado por don Sancho.*)

ESCENA XX.

DON SANCHO. GASCON.

DON SANCHO.

Gascon.

GASCON.

Señor.

DON SANCHO.

En España
no se usa hablar los criados
con las doncellas de casa
tan familiarmente.

GASCON.

Acá,
la llaneza de Alemania
todo esto, señor, permite.

DON SANCHO.

¡Es su gente en todo llana!
No esteis en mi casa mas:
al mayordomo id mañana;
pagaráos lo que se os debe.

GASCON.

Si otra vez me vieres....

DON SANCHO.

Basta.
No subais esta escalera
de aquí adelante....

GASCON, *aparte.*

¡Qué estraña
condicion!

DON SANCHO.

Porque en subiendo,
bajaréis por la ventana.

GASCON, *aparte.*

De volatin me gradúa.

ESCENA XXI.

DIANA. CAROLA.— DICHOS.

DIANA.

Mi bien, esposo, quien tarda
tanto en principios de gustos,
poco quiere.

DON SANCHO.

¡O mi Diana!
Todas estas son pensiones
del palacio y la privanza.
Yo me enmendaré otra vez,
siquiera por no dar causa
á que bajen á buscarme
á la puerta las criadas,
que es bien esten recogidas.

DIANA.

Yo me doy por avisada.

DON SANCHO, *aparte.*

Disimulad, cuerdo honor;
vamos, discreta venganza;
sin lengua os he menester,
porque el prudente hace y calla.
(*Vanse don Sancho y Diana.*)

GASCON.

Carola.

CAROLA.

¿Qué hay?

GASCON.

Despedido
soy.

CAROLA.

Dios le ayude. (*Vase.*)

GASCON.

¡Oh borracha!
¡Ayude! ¿Estornudo yo?
¡Medrado, por Dios, quedaba,
á no tener de repuesto
el principazo! Bien haya
el que tiene dos oficios.
Ya renuncio el de las calzas.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

LISENA. DIANA.

LISENA.

Hoy se truecan los temores
que te tienen con tristeza,
Diana, en gustos mayores;
hoy han de llamarme alteza
las dichas de mis amores;
hoy ha de envidiarme el mundo
las glorias que en mi amor fundo,
y mi suerte venturosa
me tiene de ver esposa
del príncipe Sigismundo.
La infanta me envia á llamar;
vestida estoy de camino,
porque he de representar
de un ingenio peregrino
una traza singular.
Que me parezco á Leonora
piensa el rey; Gascon agora,
en cochero convertido,
á darme cuenta ha venido
de esta industria enredadora.—
Mas si ya te lo he contado,
¿para qué te lo repito?
Tú, hermana, el reino me has dado;
en bronce la fama ha escrito
el amor que me has mostrado.
Tú has de reinar; que yo no,
pues jamás el mundo vió
hermana que tal hiciese,

ni á tal riesgo se pusiese,
cual tú, porque reine yo.
¿No celebras mis venturas?
¿no sientes el bien que siento?
¿abrazarme no procuras?

DIANA.

Con la sobra del contento,
estás diciendo locuras.
Hasta que el fin de tu amor
asegure mi temor,
no gusto, hermana, de nada;
que está muy enmarañada
y dudosa esta labor.
Parte, Lisena, en buen hora,
y amor tu suerte asegure;
habla á la infanta Leonora,
y ojalá no se conjure
de la fortuna traidora
la inconstancia contra tí;
que para premiarme á mí,
basta el ver que siendo alteza,
á coronar tu cabeza
te saca el cielo de aquí.
Mi padre está en el aldea
de Florel, y ansí diré
á mi don Sancho de Urrea,
que á verle vas, porque sé
que tenerte allá desea.
Melancólico anda, hermana;
pensativas suspensiones
hacen mi dicha tirana;
elévase en las razones;
no come de buena gana;
mal esta noche ha dormido;
óigole hablar entre sí,
aunque nada he percebido:
¿qué he de hacer ¡triste de mí!
si algo de aquesto ha sentido,
y sospechas del honor
mi crédito en duda han puesto?

LISENA.

Desengaños de mi amor

desharán, hermana, presto
las nubes de ese temor.
¿Hase mostrado alterado?
¿mírate, el rostro torcido?
¿cáusale el hablarte enfado?

DIANA.

Don Sancho es cuerdo marido,
y el cuerdo es disimulado.
No solo no me aborrece,
sino que aumenta favores,
galas y joyas me ofrece,
díceme tiernos amores,
con que el que le tengo crece.
Si pregunto qué ocasion
le tiene tan pensativo,
sus brazos respuesta son,
en que amorosa recibo
segura satisfaccion.
Al palacio y la privanza
culpa, y eso debe ser,
porque ninguno la alcanza,
que no le inquiete el temer
vaivenes de la mudanza.

ESCENA II.

—

GASCON, *de cochero.*—LISENA. DIANA.

GASCON.

(*Desde la puerta.*)
Ce, Lisena; ce, Diana.
¿Hay coco de quien temblar?

LISENA.

Entra.

GASCON.

De bellaca gana;
que nunca aprendí á saltar,
y es muy alta esta ventana.

DIANA.

Fuera está don Sancho.

GASCON.

Pues
dos damas de nuestra infanta,
y un coche, esperan que des
principio á ventura tanta.
Alto, á subir, pues me ves
en cochero convertido.

LISENA.

Hermana, dame esos brazos.

GASCON, *aparte.*

Carola, ¿adónde te has ido?
Pagaréte á latigazos
aquel puh, que me ha escocido.

DIANA.

¿Adónde está el coche?

GASCON.

Está
á la puerta del jardin.
Ya es tarde: acabemos ya;
que ha de hacerme volatin
don Sancho si vuelve acá,
y dame prisa esta pena.

DIANA.

Vamos; que te quiero ver
partir á ocasion tan buena,
que princesa has de volver,
yendo no mas que Lisena.

(*Vanse por una puerta, y un momento despues sale don Sancho por otra.*)

ESCENA III.

—

DON SANCHO.

En peligro, honra ofendida,
por una muger andais;
á la muerte, mi honra, estais;
hoy no mas os dan de vida.
¡Qué sana os conocí yo!
¡con qué contento y quietud!
Mas la honra y la virtud,

¿cuándo en la muger duró?
¡Ay leyes fieras del mundo,
de las de Dios embarazo!
¿Que hoy no mas os da de plazo,
honra mia, Sigismundo?
¿que hoy os tiene de dar muerte?
¿que no admite apelacion
su crüel ejecucion?
Buscaba una muger fuerte
Dios, por la boca del sabio;
mas responderéisle á Dios
que no sois la fuerte vos,
pues me haceis, Diana, agravio.
Hoy no mas, honra, hay enmedio:
¿qué haceis con tan corto espacio?
Quien va enfermando despacio,
busque despacio remedio;
que en leyes de medicina,
no es el médico prudente,
que á enfermedad de repente
no da cura repentina.
Muera Diana lasciva
hoy, pues afrentarme quiere;
pero si en público muere,
quedará mi afrenta viva.
Mas no hará; que el mundo alaba
al marido varonil,
que su honra en sangre vil
de los adúlteros lava.
Mas ¿qué sangre habrá que pueda
lavarla, si la divulgo,
y en los archivos del vulgo
inmortal la mancha queda?
Manchas hay que salen luego,
si aplicarse el jabon sabe,
mas ¿quién habrá que se alabe
de sacar manchas de fuego?
Pero ¡cielos! ¿quién no alcanza
que la ley del duelo admite,
porque el honor resucite,
crueldades á la venganza?
Esto ¿no es el comun voto?

Sí; mas si el honor se llama
frágil vaso de la fama,
vaso que una vez se ha roto,
aunque le suelde el cuidado,
no cobra el primer valor,
ni es bien que quede el honor
como vaso remendado.
Si la doy muerte que asombre
la corte cuando me vea,
no de don Sancho de Urrea
conservaré el primer nombre;
antes de aquí temer puedo
que cuantos esto supieren,
donde quiera que me vieren,
me señalen con el dedo,
y digan: "este es aquel
á quien deshonró su esposa."
Fama, pues, tan afrentosa,
nombre, cielos, tan crüel,
que ha de quedar inmortal,
¿podré yo borralle luego?
No, porque es mancha de fuego,
que no pierde la señal.

ESCENA IV.

—

ORELIO.—DON SANCHO.

ORELIO.

(*Mirando hácia dentro.*)
No es honra muy de codicia
la que despues de azotado,
volverle al pobre ha mandado
en públíco la justicia.

DON SANCHO.

¿Qué es esto?

ORELIO.

¡Oh señor! venia
riyéndome de una accion
que he visto, en satisfaccion

de un azotado, este dia.
Acudió á cierta pendencia
de noche un juez, y uno de ellos
le hirió, queriendo prendellos,
sin que de esta resistencia
se descubriese el autor.
El sastre nuestro vecino,
(que si ya no es con el vino,
nunca ha sido esgrimidor)
estando en su casa quieto,
fue sin culpa denunciado
de un enemigo taimado.
Prendiéronle, y en efeto,
la furia del juez fue tal,
que sin formalle proceso,
ni averiguar el suceso,
sobre el usado animal,
entre la una y las dos
le hizo dar aquella noche
un jubon, cual él se abroche
en galeras, ruego á Dios.
Como era entonces tan tarde,
cual ó cual tuvo noticia
del rigor de la justicia;
pero él, haciendo alarde
de su injuriada inocencia,
del jüez se querelló,
y ante el consejo probó
que cuando la resistencia
sucedió, estaba acostado;
con que mandó el presidente,
en fé de estar inocente,
y el juez haber mal andado,
restituirle la honra;
y así por las calles reales,
con trompetas y atabales,
de la pasada deshonra
se purga, con gorra y calza,
en medio de dos señores,
donde de sus valedores
toda la chusma le ensalza.
Y cada cual admirado,

como no sabe quién es,
pregunta: "¿cuál de los tres
es, compadre, el azotado?"
Y responden: "el de enmedio."
De modo que ya la fama
el azotado le llama.
¡Miren qué gentil remedio
de honrarle en mitad del dia,
si de noche le afrentaron,
y de los que le asentaron
cual ó cual el mal sabia!
Hanle honrado, en fin, los jueces,
y agora pasa esta calle;
mas yo digo, que el honralle
es afrentalle dos veces;
pues despues de paseado,
y soldado su desastre,
no le llamarán *el sastre*,
sino solo *el azotado*. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON SANCHO.

"No le llamarán el sastre,
sino solo el azotado."
¿Con que agravio publicado
añade á la afrenta lastre?
¡Ah Orelio! ¡y á qué ocasion
vino tu aviso discreto!
El agravio que es secreto,
secreta satisfacion
pide. Bien me has avisado.
Cuando al otro el juez honraba,
el vulgo ¿no preguntaba,
que quién era el azotado?
Luego si en público os vengo,
y agora, que cual ó cual
de mi esposa desleal
sabe el daño, ¿qué prevengo?

El que me viere vengado,
no dirá cuando me vea:
"este es don Sancho de Urrea,"
sino: "este es el afrentado."
Alto, pues, honra discreta,
haced que lo sea mi furia;
pues es secreta la injuria,
mi venganza sea secreta.
Mirad que á aquel desdichado,
que imita vuestro desastre,
no le llamarán ya *el sastre*,
sino solo *el azotado.*

ESCENA VI.

DIANA.—DON SANCHO.

DIANA, *aparte.*

Gracias al cielo que puedo,
nombre mio, restauraros.
No pienso otra vez prestaros:
basta un peligro, y un miedo.—
Pero aquí mi esposo está
melancólico y suspenso.

DON SANCHO.

Dalla muerte agora pienso.

DIANA, *aparte.*

¡Cómo! ¿A quién la muerte da?

DON SANCHO.

Pero no ha de ser notoria
la causa porque la doy,
porque con Diana hoy
he de enterrar su memoria.

DIANA, *aparte.*

¿A Diana ha de enterrar?
¿Y hoy ha de ser? ¡Ay de mí!
No en balde, cielos, temí
la ocasion de este pesar.

DON SANCHO.

Yo he leido de un marido,

á quien un grande afrentó,
que en secreto se vengó.

DIANA, *aparte.*

Que yo le ofendo ha creido.

DON SANCHO.

Convidó, en medio el estío,
á su enemigo á nadar,
y á título de jugar,
los dos entrando en el rio,
abrazándose con él,
á la mitad le llevó,
donde su injuria vengó,
siendo sus brazos cordel,
y el verdugo su corriente.
Despues salió voceando:
"favor, que se está anegando
mi amigo; ayudalde, gente."
Y con este medio sabio,
dió nuevo ser á su honor,
paga justa al agresor,
y nadie supo su agravio.
Si no fuera Sigismundo
el que deshonrarme intenta,
yo vengara ansí mi afrenta,
y no la supiera el mundo;
mas es príncipe, en efeto;
su sagrado es mi lealtad;
honra, otro medio buscad,
y advertid que sea secreto.

DIANA, *aparte.*

¡De Sigismundo y de mí
está celoso! Este engaño
al fin resultó en mi daño.
¡Ay cielos!

DON SANCHO.

Tambien leí
que esté marido prudente,
despues que dormida vió
su esposa, fuego pegó
al cuarto; que quien consiente,
al agresor acompaña;
y cerrándola la puerta,

despues que tuvo por cierta
su muerte, y la llama estraña
en cenizas esparció
su agravio, porque no hubiese
quien de él noticia tuviese,
desnudo á voces pidió
agua; mas no tiene efeto
cuando la honra incendios fragua,
y ansí del fuego y del agua
fió el honor su secreto.
Fuego, yo tambien le fio
de vuestra llama; y por Dios,
que á no ser, fuego, de vos,
de nadie fiara el mio.
Con ella abrasad mis menguas,
vengad injuriadas famas....
Mas ¡ay Dios! que vuestras llamas
tienen la forma de lenguas,
y que me afrenten presumo.
Mas si en iguales desvelos,
suelen ser humo los celos,
no haya llamas, sed todo humo.

DIANA, *aparte.*

A quemarme con la casa
se dispone. ¿Qué heregía
cometeis, desdicha mia?
Contaréle lo que pasa;
que si hasta aquí fue prudencia
callar, ya no lo será.
Mi hermana á casarse va;
la ocasion me da licencia
á descubrir este engaño;
que si para lo que he hecho
fue el secreto de provecho,
ya de hoy mas, será en mi daño.

(*Llega.*)

Señor.

DON SANCHO.

¡Diana! ¡Oh mi bien!

DIANA.

Si yo, don Sancho, lo fuera,
menos injurias oyera,

mas amor, menos desden.
¿Qué agravios de vuestro honor
mi lealtad andan culpando,
que con vos estais hablando
en ofensa de mi amor?
¿Qué príncipe amenazais?
¿qué esposa os quita el sosiego,
que para ella encendeis fuego,
y para él agua buscais?
Rigurosos pensamientos
mi fé deben de ofender,
pues habeis querido hacer
verdugos los elementos.
Si admiten satisfaccion
vuestros injustos enojos,
y no fiais de los ojos
indicios de la opinion,
don Sancho, escuchad un poco.

DON SANCHO.

(*Aparte.* ¡Ah secretos mal nacidos!
Si el temor todo es oidos,
y el que consigo habla es loco,
¿no os pudiérades quedar
dentro del alma guardados?
¡Ved agora escarmentados
lo que importa el buen callar!)
Esposa del alma mia,
ya que escuchándome estais,
no las quimeras temais
que hace mi melancolía;
pues ni agraviado me quejo,
pórque esteis, mi bien, culpada,
ni habrá quien me persüada
á que no sois claro espejo,
en que se mira el honor.
Pero como me casé
en años ya, y siempre fue
de mí estimado el valor
de la honra en tanto estremo,
por ver la desigualdad
de vuestra florida edad,
y la mia, dudo y temo....

sin causa.... pues si la hubiera,
nunca un español dilata
la muerte á quien le maltrata,
ni da á su venganza espera.
Melancólico, cual vistes,
entre mí, Diana mia,
estos discursos hacia:
propio efeto de los tristes.
Si el príncipe, que primero
que me casase, sirvió
á mi esposa y intentó
el dulce estado que adquiero,
con su intento prosiguiese,
y ella (que al fin es muger)
de su edad y su poder
persuadida, me ofendiese,
¿con qué castigo discreto
seria bien me vengase,
sin que el vulgo me afrentase,
ni hiciese agravio al secreto?
Y dije: "haciéndole ahogar."
Porque el agua, esposa mia,
que mudos los peces cria,
no lo habia de parlar;
ni el fuego, que esteriliza
cuanto llega á su poder,
diera lengua á la muger,
esparciéndola en ceniza.
Esto en un esposo honrado
puede un agravio violento,
no mas que en el pensamiento:
ved ¡qué hiciera, averiguado!
Pero de imaginaciones
que conmigo á solas paso,
no hagais vos, esposa, caso,
cuando por tantas razones
vuestra lealtad y inocencia
satisfacerme procura;
pues no hay cosa tan segura
como la buena conciencia. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DIANA.

¡Con qué cuerdo y nuevo aviso
sus sospechas me ha contado!
Ni se dió por agraviado,
ni satisfacciones quiso.
Callaré, pues él lo hace;
que quien de disculpas usa
sin pedirlas, si se escusa,
neciamente satisface.
Hoy se tiene de casar
y ser princesa Lisena,
y hoy saliendo de esta pena
don Sancho, ha de averiguar
mi inocencia y dar sosiego
á su honrada confusion.
Mas antes de esta ocasion,
si pega á la casa fuego,
y dentro de ella me abrasa,
siendo violento homicida,
¿no es razon, amada vida,
volver por vos y mi casa?
¿Quién duda? Si á Valdeflores
voy, donde mi hermana está,
y el cielo alegre fin da
á mi dicha y sus temores,
don Sancho, que ha de buscarme,
verá en un punto deshechas
sus aparentes sospechas,
despenarse, y disculparme.
Este es el mejor remedio:
aseguremos ansí,
temor, la ocasion que os dí,
y pongamos tierra en medio.
Repararé aquesta noche
á un tiempo el honor perdido,
y un engañado marido.—

(*Llamando.*)
¡Hola! Haced sacar un coche. (*Vase.*)

Sala en la quinta de Valdeflores.

ESCENA VIII.

LISENA, *de luto galan.* LAURINO. FULCIANO.

LISENA.
De la princesa Leonora
estoy tan favorecida,
que no pagaré en mi vida
lo que la debo en un hora.
¡Qué apacible! ¡qué agradable!
¡qué discreta! en fin ¡qué bella!
Si soy princesa por ella,
y de esta industria admirable
llego el fin dichoso á ver,
con que amor mis dichas premia,
no princesa de Bohemia,
su esclava sí, que he de ser.

LAURINO.
Vuestra alteza (que ya puedo
llamarla ansí) se asegure,
y en nombre suyo procure
proseguir con este enredo;
que ella nos tiene mandado
que hasta que esto se concluya,
como á la persona suya
la sirvamos.

FULCIANO.
Avisado
tiene á cuantos la servimos
que Leonora la llamemos,
y de esta suerte lo haremos
los que en su casa asistimos.
Su alteza está retirada,

porque ninguno la vea,
y este engaño mejor crea
el rey.

LISENA.

¡Llaneza estremada!
En fin, ¿que soy desde agora
Leonora, infanta de Hungría?

LAURINO.

Leonora sois este dia,
y princesa, gran señora.

ESCENA IX.

GASCON, *de cochero.*—LISENA. LAURINO. FULCIANO.

GASCON.

Chapines he visto yo
de corcho, y altura tanta,
que á una enana hácen giganta;
pero ¿quién chapines vió
que puestos en la cabeza,
(la corona lo ha de ser)
ensalcen á una muger
tan alta, que ya es alteza?

LISENA.

Tambien, Gascon, para vos
de chapines servirán;
tambien os levantarán.

GASCON.

Ya soy cochero. Pardios,
que Sigismundo me va
honrando, pues que me hizo
ser de un coche porquerizo,
"coche, acá; coche, acullá."
Ya deseo que el rey venga,
y cumpliendo mi esperanza,
tenga fin aquesta chanza,
y yo tambien premio tenga.

ESCENA X.

ENRIQUE.—LISENA. GASCON. LAURINO. FULCIANO.

ENRIQUE.
(*Creyéndose solo.*)
Amor ciego, loco estoy.
¿Cómo, rigurosos celos,
si el amante os llama hielos,
abrasándome estais hoy?
Sin saber adonde voy,
hasta aquí me habeis traido.
¡Que una ausencia haya podido
descomponerme tan presto,
porque funde el duque Arnesto
su amor y dicha en mi olvido!
¡Ah Lisena! vos sereis
ocasion de que yo muera
en la verde primavera,
que ya agostar pretendeis.—
Mas, ojos, ¿qué es lo que veis?
¿No es esta, confusos ojos,
la causa de mis enojos?
Pero antojarasemé;
que amor, como poco ve,
se suele poner antojos.
No: vive el cielo, que es ella.
¿Si á ver la princesa vino?
No juzgueis á desatino
la verdad que miro en ella.
Esta es su presencia bella,
sus dos soles son aquellos,
su boca aquella, y cabellos,
aquellas sus manos son:
pinceles de mi aficion
lo afirman, y es bien creellos.
(*A ella.*)
Mudable, dí, ¿de que fruto
me ha de ser tu vista hermosa,

si siendo del duque esposa,
das á mis celos tributo?
¿Por quién te vistes de luto?
Si por mí le traes, ingrata,
cuando amor casarte trata,
y me has quitado la vida,
nunca suele el homicida
traer luto por quien mata.
¿Cómo, mudable, tan presto
(que este nombre es bien te aplique)
favores que gozó Enrique,
los has reducido á Arnesto?
Si mi amor firme y honesto
olvidas en solo un mes,
vencer puedes tu interes
y á premiarme te resuelve;
vuelve á amarme, mi bien, vuelve:
no soy duque; soy marques;
el rey me llama sobrino;
títulos tendré mayores.
Dame esos brazos, amores,
dame ese rostro divino.

LISENA.

¿Qué es esto? ¿qué desatino
á este hombre saca de sí?
(*A los criados.*)
¿Qué haceis? Echalde de aquí.

LAURINO.

Hola, despejad la sala.

GASCON.

Vaya mucho en hora mala.

FULCIANO.

¿No es donoso el frenesí?

ENRIQUE.

Villanos, viven los cielos,
si os descomponeis conmigo,
que os haga dar el castigo
que dan á mi amor los celos.—
¿Ansí pagas los desvelos
que ya, ingrata, desconoces?
Porque agenos brazos goces,
¿no quieres darme los brazos?

GASCON.

¿Daréle de latigazos?
¿echaréle de aquí á coces?

ENRIQUE.

Tirana, pues hoy verán
cuantos en Bohemia viven,
mientras mi luto aperciben,
la muerte de tu galan.

LAURINO.

Este debe ser truhan
del rey, y bufonizando,
se debe de estar burlando.

LISENA.

(*Aparte.* Bien le conozco; ¡ay de mí!)
Hola; echádmele de aquí;
que agora que estoy llorando
la muerte del malogrado
príncipe, no será bien
que con burlas causa den
á divertir mi cuidado.

FULCIANO.

Tu esposo le habrá enviado
sin duda, porque tu alteza
divierta ansí su tristeza.

ENRIQUE.

¡Qué enredo es este cruel!
¿Al marques de Oberisel
no conoceis?

GASCON.

Linda pieza,
toda esa gracia se enfria,
porque aquí no ha de hacer baza,
ni de su bufona traza
gusta la infanta de Hungría.
Guárdela para otro dia,
y desocupe este puesto.

ENRIQUE.

¿Quién es infanta? ¿Qué es esto?

LAURINO.

Bien finge lo que no ignora.
Con la princesa Leonora
hablais; no seais molesto.

ENRIQUE.

¿Qué princesa? ¡Vive Dios,
villanos...!

GASCON.

Poquito á poco.

ENRIQUE.

¡Princesa! ¿Soy yo algun loco?

GASCON.

Sois uno, y valeis por dos.

ENRIQUE.

¿No sois el lacayo vos
de Fisberto?

GASCON.

Fuí primero
su lacayo, y ya cochero
de la princesa; que, en fin,
voy de rocin á rüin.

ENRIQUE.

¿No me conoceis?

GASCON.

No quiero.
(*Aparte.* Que si quisiera, bien sé
quien es el marques Enrique.)
El seso teneis á pique.
(*Aparte.* Lindamente le engañé.
¡Bien la burla le encajé
de Arnesto!)

VOCES DENTRO.

Plaza; que viene
el rey.

LISENA, *aparte.*

Aquí me conviene
disimular.

ENRIQUE.

¿No es Lisena
esta? ¿Qué maraña ordena
matarme?

GASCON.

¡Buen tema tiene!

ESCENA XI.

EL REY. SIGISMUNDO. ALBERTO. ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

REY.

Alegrara, señora, su venida
á este reino que espera vuestra alteza,
si la muerte del príncipe, afligida
no enlutara á tal tiempo su belleza.
(*Aparte al infante*)
No ví muger jamás tan parecida
á Lisena, ni hará naturaleza,
Alberto, otro traslado semejante.

ALBERTO.

(*Aparte al rey.*)
Digno es de que la admires y te espante.

REY.

Pero pues nunca la fortuna ordena
darnos cumplido el gusto, y es forzoso
mezclar con él aquesta justa pena,
de un hermano el pesar temple un esposo.
(*Aparte al infante.*)
Pienso que estoy hablando con Lisena,
y divertido con el talle hermoso
que en la princesa, copia suya, miro,
cuanto mas la retrata, mas la admiro.

ALBERTO.

(*Aparte al rey.*)
¿No te lo dige yo?

LISENA.

Con haber visto
á vuestra magestad, penas divierto,
el llanto enjugo y el pesar resisto
de Uladislao en tiernos años muerto.

GASCON, *aparte.*

¡Lindamente lo finge, vive Cristo!

LISENA.

Mas ya que no con lágrimas advierto
que al príncipe podré volver la vida,

yo olvidaré su falta, agradecida.
Pierdo un hermano que estimaba el mundo;
mas cobrando un esposo, con quien puedo
su muerte consolar, contenta fundo
mi dicha en él.

GASCON, *aparte*.

Famoso va el enredo.

LISENA.

Quisiera yo ofrecer á Sigismundo
con la corona húngara que heredo,
el globo del imperio soberano,
que besara sus pies al dar mi mano.

SIGISMUNDO.

Yo la beso mil veces, gran señora,
no de mandos ni imperios codicioso,
sino de la hermosura en quien adora
la dicha que me llama vuestro esposo.

ENRIQUE, *aparte*.

A Lisena transforman en Leonora.
¿Qué enredo es este, cielo riguroso?

LISENA.

Para vos, gran señor, mil fueran pocos.

ENRIQUE, *aparte*.

O yo lo estoy, ó todos estan locos.

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Lisena.*)

¡Ay dulce esposa!

LISENA.

(*Aparte al príncipe.*)

¡Ay príncipe querido!
Saque este engaño amor á feliz puerto.

SIGISMUNDO.

(*Aparte á Lisena.*)

Sí hará, mi bien; que es Dios agradecido.

LISENA.

Con vos este viage, infante Alberto,
el viage se llame *entretenido*. (1)

ENRIQUE, *aparte*.

¡Que no estuviera agora aquí Fisberto!

---

(1) Alusion al de Agustin de Rojas.

LISENA.

Mucho le debo en él á vuestra alteza.
Ni su enfado sentí, ni su aspereza.

ALBERTO.

Estar quejoso de él con razon pude,
pues envidioso que os acompañase,
sus leguas abrevió.

GASCON, *aparte.*

¡Qué bien acude
á todo la bellaca!

ALBERTO.

Y si durase
un siglo, me alegrára.

ENRIQUE, *aparte.*

No hay quien dude
que aquesta no es Lisena. ¡Que esto pase,
y se sufra en Bohemia! ¿Hay tal suceso?
Yo debo de soñar, ó estoy sin seso.

REY.

(*Reparando en Enrique.*)
¡Marqués! ¡Sobrino!

ENRIQUE.

¡Gran señor!

REY.

Parece
que triste celebrais esta alegría.

ENRIQUE.

Ando sin ella, y por instantes crece,
no sin causa, una gran melancolía.
Un deseo, señor, me desvanece,
que por ser imposible, ya podria
dar treguas á mi mal su desatino.

LISENA.

¿A quién llamastes, gran señor, sobrino?

REY.

Eslo mio el marques.

LISENA.

¡Válgame el cielo!
Perdonadme, marques, si inadvertida
no os traté como en tales casos suelo;
que con justa razon estoy corrida.
Pero podreis culpar vuestro recelo,

y el ser yo á alguna dama parecida,
á quien amor teneis.

REY.

Pues bien, ¿qué ha habido?

LISENA.

Con él un lindo caso me ha acaecido.

REY.

¿Con don Enrique?

LISENA.

Ingrata me ha llamado;
en la ausencia de un mes, dice que pudo
no sé qué duque, que es mi desposado,
favores usurpar de amor desnudo:
hasta el luto que traigo está injuriado,
pues dice que si el trage alegre mudo
en él, es porque toda soy mudanza,
y porque he dado muerte á su esperanza.
No se me acuerda el nombre que me llama,
puesto que en él mi ingratitud condena.
En conclusion, señor, sin ser su dama,
ni la culpa tener, llevo la pena.
Hablóme, en fin, por la persona que amá.

REY.

¡Donosa burla! Si os llamó *Lisena*,
no me espanto, Leonora, que se asombre.

LISENA.

Sí; *Lisena* imagino que era el nombre.

REY.

A todos nos causara el mismo engaño,
si el conocer, señora, á vuestra alteza,
no asegurara caso tan estraño;
milagro, en fin, de la naturaleza.

GASCON, *aparte*.

¡Qué fértil en mentiras corre el año!

REY.

Hay, señora, en mi corte una belleza,
imagen vuestra y semejanza en todo,
en la cara, en el talle y en el modo.

LISENA.

¡Válgame Dios!

REY.

A quien aquesto ignora,

dificil se le hará, si llega á veros,
distinguir á Lisena de Leonora.

SIGISMUNDO.

Y aun á mí, que he llegado á conoceros.

LISENA.

Ya no me espanto, si á Lisena adora,
Enrique, vuestra suerte, que á atreveros
su desden os obligue en nombre de ella.
Notablemente gustaré de vella.

ENRIQUE.

(*Aparte.* Alto: yo me engañé; ya ha sucedido
una persona en otra retratarse.)
Culpad mi engaño y condenad su olvido;
y si esta burla puede perdonarse,
perdon, señora, á vuestra alteza pido.

REY.

El suceso merece celebrarse.

LISENA.

La ignorancia me hizo que no hiciera
de vos el caso, Enrique, que debiera.
Mas no tratando por agora de esto,
el rey mi padre, en cuyo real estado
tengo de suceder por el funesto
fin del hermano mio malogrado,
me acaba de escribir que está dispuesto,
pues la muerte las cosas ha mudado,
de darme al de Polonia, porque quede
unida á Hungría, cuando el reino herede.
Mándame que le niegue á Sigismundo
la mano, cuando el alma le he ofrecido;
de suerte que me da esposo segundo,
viuda sin bodas del primer marido;
y cuando me ofreciera todo el mundo,
una vez en el alma recebido,
fuera imposible echarle; que amor ciego
tarde suele salir, aunque entra luego.
Por esto, y por no dar ocasion justa
á guerras, que al poder hacen tirano,
luego que supe su demanda injusta,
de esposa á Sigismundo dí la mano.
Mi dueño es desde ayer, y si es que gusta
vuestra real magestad que el soberano

yugo de amor nuestras cervices ate,
no hay para qué la boda se dilate.
Publíquese en la corte que hoy pretendo
entrar en ella, el luto convertido
en galas reales y festivo estruendo,
pues la presteza su remedio ha sido.

REY.

En vos, princesa, estoy á un tiempo viendo
vuestra belleza, que el amor ha unido
á vuestra discrecion: bella y discreta
os llame el mundo; en todo sois perfeta.
No quiero encarecer vuestra prudencia.
La determinacion ejecutada
fue importante; el amor por escelencia,
y mi injuria con tiempo remediada.
Vea mi corte hoy vuestra presencia;
entrad debajo el pálio, coronada
por princesa de un reino que mejora
su trono real, gozándole Leonora.
Yo voy á hacer la prevencion debida
á vuestro casto amor. Príncipe, vamos.

SIGISMUNDO.

Hoy, dulce esposa, en apacible vida
los trances fuertes del amor trocamos.

ENRIQUE, *aparte.*

¡Que esta es Leonora, cielos!

GASCON, *aparte.*

Bien urdida
hasta aquí tu maraña, amor, llevamos.
¡Oh Lisena taimada y socarrona!
Por pícara mereces la corona. (*Vanse.*)

Sala en casa de don Sancho.

ESCENA XII.

—

DON SANCHO.

Hoy, honor, no morireis:

un dia mas os dan de plazo.
Sigismundo en Valdeflores,
hoy no os ha de hacer agravio.
Si mañana hacerle intenta,
yo le atajaré los pasos:
castigue el fuego adulterios,
pues es elemento casto.
Asegurar á Diana
me importa; que si ha escuchado
la muerte que dalla intento,
y siempre teme el culpado,
tiene de andar sobre aviso.
Con amorosos engaños,
pienso quietar sus temores:
fingid que la amais, regalos.
(*Llamando.*)
Diana. Mi bien. Esposa.—
¡Ay cielos! ¿Si la ha ausentado
su poca satisfaccion?
que es propio de los pecados
el temer á la justicia,
verdugo que á cada paso
de sí mismo se recela,
y trae la soga arrastrando.—
Cardenio, Grison, Orelio.
¿No hay aquí ningun criado?

ESCENA XIII.

—

ORELIO.—DON SANCHO.

ORELIO.
¿Qué manda vuestra escelencia?

DON SANCHO.
Llamad mi esposa.

ORELIO.
Buen rato
há que en un coche salió,
y ha ido, si no me engaño,
á Valdeflores.

DON SANCHO.

¿Adónde?

ORELIO.

La fama que ha divulgado
que la princesa de Hungría
es de Lisena retrato,
la obligará, gran señor,
á ir á ver este milagro;
que se despuebla la corte
á lo mismo.

DON SANCHO.

No me espanto.
Yo la mandé que lo hiciera;
que en término cortesano,
es bien que á Leonora vea.
Andad con Dios.

(*Vase Orelio.*)

ESCENA XIV.

DON SANCHO.

¡Qué engañado
hasta aquí, honor, estuvistes!
¡Ay infelice don Sancho!
¡Sigismundo en Valdeflores!
¡Diana allí, y concertado
para hoy verse los dos!
¿Vos sois cuerdo? ¿yo soy sabio?
¿Quién duda que en el camino
su amor no apreste el teatro
de mi desdicha, que sirva
á mi afrenta de cadalso?
Muerto os han, honor remiso.
Direis que no os lo avisaron;
mas mentís, honor, mentís;
que anoche oyó mi cuidado
el concierto riguroso:
tiempo habeis tenido harto.
Socorro de España seis,

siempre perdido por tardo.
Ya ¿de qué sirve callar,
cuando las aves, los campos,
y las fuentes, que han de verlo,
deben ya de publicarlo?
Demos voces....—Pero no:
mas vale morir callando.
No os afrenteis á vos mismo,
perdido honor; lengua, paso:
no en balde el cuerdo silencio
tiene en la boca un candado:
silencio, deshonra mia,
hasta llegar á vengaros.
Dos modos hay de curar,
y milagrosos entrambos.
El preservativo es uno,
con que se previene el sano,
y se cura antes que llegue
el mal que está recelando;
porque el sangrarse en salud
suele escusar muchos daños.
Ya no podeis usar de este:
tarde, honor, habeis llegado;
enfermo por vuestra culpa,
y por mi desdicha, os hallo.
Pues venga el segundo medio:
procurad, honor, curaros,
ya que en la cama caistes
de la deshonra y agravio.
Apliquemos medicinas.
Lo primero, pues, que os mando,
honor, es guardar la boca;
que no sana el desreglado.
La dïeta es el remedio
mas eficaz y ordinario:
guardad, honor, pues, dïeta
de silencio cuerdo y santo.
Pero es rigurosa cura:
¿qué médico tan estraño
no os ha, honor, de permitir
si estais enfermo, quejaros?
Éntrase por las cavernas

de la tierra el viento vano,
y mientras no halla salida,
con terremotos y espantos
publica á voces su pena.
Tiembla el mundo, y echa abajo,
en fé de su sentimiento,
los edificios mas altos.
Apenas un aire leve
toca las hojas del arbol,
cuando todas se hacen lenguas
porque den voces sus ramos.
Braman celosos los brutos,
las aves se están quejando,
y á falta de lengua, en ecos
da gritos hasta un peñasco.
¿Y no quereis que me queje,
para que imite al caballo
de Troya, que mudo encierra
en el pecho á sus contrarios?
¡Oh terribles agravios!
Mátanme el alma, y ciérranme los labios.
¡Diana con Sigismundo,
su lascivo amor gozando,
mi limpia sangre ofendiendo,
y yo muriendo y callando!
¡Oh España, madre de nobles!
¡Oh Aragon, espejo claro
de la venganza, que pueblá
los verdes montes de bandos!
ya no me tendrás por hijo;
ya habrán mi nombre borrado
los libros de tu nobleza,
mi memoria desterrando.
Paredes, ¿no hablais vosotras?
Sí; que por eso os han dado
orejas nuestros proverbios,
y quien oye, que habla es claro;
por eso es sordo el que es mudo.
Tapices, ya se ha alabado
quien oyó vuestras figuras,
y consultó vuestros cuadros.
Puertas, mas de alguna vez

vuestros quicios avisaron,
contra adúlteras ofensas,
á maridos descuidados.
Ventanas, todas sois lenguas,
pues de noche vuestros marcos
oyen, para hablar de dia,
los secretos que os fiaron.
¿En qué pared no se atreve
á hablar el carbon liviano,
ó el hacha en lenguas de fuego,
por escaleras y patios?
Las peñas, aves y brutos,
paredes, tapices, cuadros,
carbon, ventanas y puertas,
todos hablan. ¿Y yo callo?
¡Oh terribles agravios!
Mátanme el alma, y ciérranme los labios.
Pero si el silencio importa,
honor infelice, tanto,
y el buen callar siempre es cuerdo,
callemos, hasta vengarnos.
Disimulemos ofensas,
y pues no estais, honor, sano,
tomad callando el acero,
si quereis desopilaros.
Hablen todos, que son necios;
que á la cigüeña han pintado
por símbolo del prudente
los que sin lengua la hallaron.
Parecelda vos en esto,
honor; que el que está agraviado,
no es bien que al mosquito imite,
que se venga voceando.
Ea, fuego, aquesta noche
el oro que se ha mezclado
con la liga de mi afrenta,
y la da quilates falsos,
acendrarán vuestras llamas,
como quien quema el brocado
por librarle de la seda,
si está viejo ó se ha manchado.
Quememos una muger,

seda frágil que mezclaron
con el oro de mi honra,
para que quede acendrado.
Y vos, lengua, á la prision
donde os atan, retiraos,
y dad todas vuestras veces,
como soleis, á las manos:
y vosotros, agravios,
vengad ofensas y cerrad los labios. (*Vasc.*)

Salon de palacio.

ESCENA XV.

EL REY. ENRIQUE.

REY.

De vuestro engaño, marques,
particular gusto tuve,
y casi en el propio estuve,
con saber que Leonora es
tan parecida á Lisena.

ENRIQUE.

A mi costa se burlaron,
con que no poco aumentaron
mi melancolía y pena.
La princesa, en fin, ha entrado
debajo del pálio real,
al sol que la alumbra igual;
y el haber anticipado
sus bodas, fue de importancia;
que siendo, como es, muger,
mudará de parecer,
(pues nunca tienen constancia)
y pudiera ser que diera
gusto á su padre, y causara
la guerra, que estaba clara,
si á Polonia se volviera.

REY.

La vejez del rey de Hungría
le hace mudar de consejo;
yo, que en fin no soy tan viejo,
la palabra estimo mia
mas que cualquier interes
que recrecérseme pueda.
Sigismundo á Hungría hereda
con la princesa, marques.

ENRIQUE.

Esta es, gran señor, que viene.

REY.

Salgámosla á recebir.

ENRIQUE.

Ya no hay para qué salir;
que en su presencia te tiene.

ESCENA XVI.

LISENA *y* SIGISMUNDO, *de las manos: á su lado*, DIANA. ALBERTO *y* LEONORA, *de las manos*. GASCON. ACOMPAÑAMIENTO. MÚSICOS.—DICHOS.

LISENA.

Deme vuestra magestad
las manos, señor, pues tengo
padre en vos, y en Sigismundo
seguro y amado dueño.

REY.

Ya el príncipe os dió la suya:
yo los brazos os ofrezco
en que descanseis; que ha sido
prolijo el recebimiento.

SIGISMUNDO.

Tendrá vuestra magestad
desde este punto sosiego,
viéndome puesto en estado,
y que su gusto obedezco.

REY.

A lo menos, no os tuviera

por obediente y discreto,
á no salir del engaño,
Sigismundo, en que os ví puèsto.
¿Tambien vos venís, duquesa,
con la princesa?

DIANA.

Si veo
que lo es mi hermana, señor,
y que la obedece un reino,
¿qué mucho que la acompañe?

REY.

¿Qué decís; que no os entiendo?

DIANA.

¿No es la princesa mi hermana,
señor, que delante tengo?

REY.

¿Cómo, princesa? ¡Oh traidores!
¡Vive Dios!

ALBERTO.

(*Habla aparte con el rey.*)
Tenga sosiego,
señor, vuestra magestad;
que Diana crê lo mesmo
que creyó el marques Enrique,
porque entender la hemos hecho
que del príncipe es esposa.

REY.

¿Qué decís?

ALBERTO.

Aquesto es cierto.

REY.

¡Donosas burlas nos hace
la similitud que vemos
en estas dos hermosuras!
Basta el engaño: no quiero
que Diana esté quejosa.
Decídselo.

ALBERTO.

Señor, quedo.

REY.

¿Por qué la habeis de engañar?

ALBERTO.

La princesa gusta de esto.

REY.

Alto; si es su gusto, vaya.

ESCENA XVII.

FISBERTO.— DICHOS.

FISBERTO.

Antes que tal embeleco
resulte en daño del rey,
la he de matar, vive el cielo.
No quiero princesas hijas,
por engaños.

REY.

Pues, Fisberto,
¿qué enojos os alborotan?

FISBERTO.

¿Cómo, qué enojos? ¿No tengo
razon, señor, de quejarme,
si solo por mi consejo
no celebró con Diana
el príncipe casamiento,
y agora á Lisena ha dado
la mano, y en el soberbio
pálio la apellida á voces
su princesa todo el pueblo?

ALBERTO.

(*Hablando aparte con el rey.*)
Tambien le hemos persuadido
la burla y el caso mesmo
á su padre, que á Diana.

REY.

De regocijos es tiempo;
mas ya es bien desengañarle;
que no es razon que el buen viejo
se altere.

ALBERTO.

¡Qué! no, señor.

La princesa gusta de esto.

SIGISMUNDO.

Templad, Fisberto, la ira;
que el rey mi padre ha dispuesto
esto por razon de estado.

FISBERTO.

¿Es esto cierto?

REY.

Y muy cierto.

FISBERTO.

Pues ya yo estoy sosegado.

ESCENA XVIII.

DON SANCHO. ORELIO.—DICHOS.

DON SANCHO, *aparte.*

Mi alterado pensamiento,
sin saber adónde voy,
me trae fuera de mí mesmo.
Aquí está el rey, Sigismundo,
Leonora, el infante, ¡ay cielos!
y la ingrata de mi esposa.
¿Quién duda que ya habrán hecho
sacrificio de mi honor?
Pero si no le hay sin fuego,
callad, honra; que esta noche
sereis su ministro cuerdo.

REY.

Decid, príncipe, quién es
esta dama á quien Alberto
trae de la mano, y su cara
obliga á amor y respeto?

LEONORA.

Yo, grán señor, soy Leonora,
hija vuestra, que á dar vengo
al infante con la mano,
de Hungría el antiguo reino.

REY.

¡Cómo! ¿Vos sois la princesa?

LEONORA.

Amor, que todo es enredos,
cuando á vuestra corte vine,
quiso (y yo se lo agradezco)
rendirme á la gallardía
del infante, á quien yo tengo,
como esposo y señor mio,
aposentado en mi pecho.

REY.

¿Luego Lisena es esotra?

SIGISMUNDO.

Y esposa mia.

REY.

Primero
que tal consienta, su muerte
servirá al mundo de ejemplo.

LEONORA.

A vuestros pies, gran señor,
pido y suplico por ellos;
y si fuistes mozo, amante,
perdonad amores, viejo.

REY.

¿Cómo yo habia de sufrir
tal desigualdad?

LEONORA.

Ya vemos
por las escalas de amor
subir cayados á cetros.
Dos hijos que teneis solos (1)
dejais nobles herederos
de dos coronas ilustres.

ALBERTO.

La princesa gusta de esto.

LEONORA.

Su perdon os pido, en pago
de que por obedeceros,
desobedezco á mi padre,

---

(1) Tellez olvidó que en el acto segundo, escena primera, (página 174) habia dicho:

otros hijos sin tí tengo
que me sucedan despues.

y al rey de Polonia dejo.

REY.

¿Pues no amabas á Diana,
traidor?

SIGISMUNDO.

No lo quiera el cielo.
Lisena solo ha triunfado,
señor, de mis pensamientos.

DON SANCHO, *aparte.*

Honra mia, dadme albricias;
que si lo que escucho es cierto,
yo haré á mi silencio sabio
de jaspe y marfil un templo.

REY.

Pues el papel y el retrato
que halló á Diana Fisberto,
y el dia que se casó
las muestras de sentimiento
que hiciste, ¿cómo se hermanan
agora con este enredo?

LISENA.

El retrato y el papel
Diana estaba leyendo,
cuando entró mi padre airado
en nuestro jardin; y viendo
lo que guardalle importaba,
le metió, gran señor, dentro
de la manga en que le halló
mi padre.

DIANA.

Y yo que el deseo
de ver reinar á Lisena
he cumplido con aquesto,
sufrí cuerda los agravios
de mi padre, y al secreto
encomendé la ventura
de este dichoso suceso,
pues de él á don Sancho ilustre
por señor y esposo medro.

GASCON.

Yo doy fé como escribano,
corredor, aunque cochero,

arcadúz, estafetilla,
y á pagar de mi dinero,
que es verdad todo lo dicho.

REY.

Alto; digno es este cuento
que no se acabe en tragedia.
Leonora, por amor vuestro
los perdono.

DON SANCHO, *aparte.*

¿Veis, honor,
si el callar fue de provecho?
Hablen los otros maridos
en su afrenta y vituperio;
que hasta agora nadie sabe,
sino el cielo y yo, mis celos,
que en mi honra averiguados,
del alma alegre los echo.

FISBERTO.

¿En fin, señor, consentís
que Lisena me dé nietos
que reyes Bohemia llame?

REY.

Dios lo haga ansí, Fisberto.

ENRIQUE.

¡Buen retrato de Leonora!
Convertido se ha en Arnesto
el príncipe Sigismundo.

GASCON.

Yo fuí quien os dí ese trueco.
(*Al príncipe.*)
Pero ¿cómo no me pagas
los jornales que merezco
de esta cantera acabada?

SIGISMUNDO.

Hágote mi camarero.

ORELIO.

¡Cómo! ¡un cochero!

GASCON.

Pasito;
que el sol que alumbrando vemos,
es mas ilustre que vos,
y su oficio es carretero.

ORELIO.

Otro cargo pueden darle.

GASCON.

(*A Lisena.*)

¿No es á su gusto este premio?

LISENA.

Sí, Gascon.

GASCON.

¿Vénlo vustedes?

La princesa gusta de esto.

DON SANCHO, *aparte.*

El celoso como yo,
calle y averigue cuerdo
sospechas, mil veces falsas,
como las mias salieron;
y si fueren verdad, cobre
satisfacion con secreto;
que la pública da causas
al vulgo, siempre parlero.
Don Sancho soy; si he callado
á vuestro gusto, por esto
al buen callar llaman Sancho: (1)
en mí teneis el ejemplo.

---

(1) Este título lleva una reimpresion que se hizo del *Celoso Prudente.*

EXAMEN

DE

EL CELOSO PRUDENTE.

El maestro Tellez, como ya anunciamos en la lista de sus obras colocada al principio del primer tomo, incluyó esta comedia en *Los Cigarrales de Toledo*. Supuso que los personages introducidos en aquella novela representaron *el Vergonzoso en palacio*, *Cómo han de ser los amigos*, y *el Celoso Prudente*; y hablando de la ejecucion de la última, y del efecto que produjo en los que la vieron, dice lo siguiente, aludiendo sin duda á los aplausos que habia obtenido en los teatros públicos de la península.

"Bien afortunada fue en todo esta comedia; pues ni en los que la representaron hubo que notar menos que alabanza, ni en ella los escrupulosos hallaron cosa que no fuese á satisfaccion de los gustos y del arte. Afilen agora, dijo don Juan de Salcedo, los zóilos murmuraciones en la piedra de la envidia: veamos si hallarán los que parten un pelo, alguno en esta digno de reprension; censuren los Catones este entretenimiento; que por mas que le registren, no tendrán las costumbres modestas ocasion de distraerse. Aquí pueden aprender los celosos á no dejarse llevar de esperiencias mentirosas, los maridos á ser prudentes, las damas á ser firmes, los príncipes á cumplir palabras, los padres á mirar por la honra de sus hijos, los criados á ser leales, y todos los presentes á estimar el entretenimiento de la comedia, que en estos tiempos, espurgada de las imperfecciones que en los años pasados se consentian á los teatros de España, y limpia de toda accion torpe, deleita enseñando, y enseña dando gusto."

Avínole bien al padre Tellez escribir en una época en que los españoles eran menos descontentadizos en el teatro que son hoy dia; porque si hubiera alcanzado nuestros tiempos, ó hubiera omitido ciertas espresiones en el *Celoso Prudente*, ó hubieran sido muy mal recibidas. Ni el fin

moral de la composicion, ni la claridad de su argumento, ni la regularidad de sus formas, ni el interés que escita el héroe, ni el ingenio que resplandece en el diálogo, hubieran bastado á disculpar lo aventurado de algunas ideas. Críticos severos hubiera hallado el reverendísimo (y no pocos) que le arguyesen, diciéndole que si desde el principio de la comedia nos pintaba los amores de Sigismundo y Lisena como encaminados á un fin honesto, que si la cita de ambos en el jardin era únicamente para darse mano y palabra de esposos, ¿á qué propósito decia Gascon que los dejaba solos porque estaban picados? ¿Por qué, añadirian, por qué Sigismundo en la escena XVI del segundo acto pide á Lisena que se le entregue á merced, y ella sin oponer, ni aun por melindre, un reparo, se limita á preguntar, como si se tratase del asunto mas indiferente, que cuándo y dónde? De los labios de una doncella virtuosa, cual Lisena aparece hasta allí, de los labios de una muger en cuyo corazon se conserve una chispa de pundonor y vergüenza, no pueden salir tales palabras: esta es una impropiedad de caracter gravísima.

La primera objecion es bastante justa, la última peca de exagerada. Aquí hay una falta de plan, de ejecucion; no de pensamiento, no de moralidad. Lo que Sigismundo quiere proponer á Lisena, como se vé claramente despues en la escena undécima del acto tercero, es el casarse ambos con el beneplácito del rey. Tellez, al evitar cuidadosamente servirse de la palabra *matrimonio*, ó de sus sinónimas (porque oidas por don Sancho, se habia de desvanecer el error en que importaba mantenerle) supuso que Lisena conocia en la voz y en el tono la verdadera intencion del príncipe, (como quiera que los amantes se ven los corazones) y contó con que el auditorio, instruido mas que la dama, por el razonamiento de los dos hermanos antes de la salida de Enrique, no llevaria á mal que una doncella se manifestase dócil y dispuesta á cambiar legítimamente de estado. El vulgo ignorante del tiempo de Tellez comprendia estas cosas sin dificultad, y las interpretaba sin malicia; el público ilustrado de ahora no quiere conocerlas, ó las interpreta de otro modo. Esto que en una composicion escénica de un moderno seria un defecto grave, no lo es en una del padre Tellez.

Por una razon análoga, es decir, porque Tellez de or-

dinario hace hablar á los reyes y príncipes de su teatro como personas particulares, disfrazando á caballeros españoles, contemporáneos suyos, con nombres fingidos, perdonaremos lo del cambio de Lisena por Leonora. Pasaremos tambien el que don Sancho crea que oye á su muger en la escena á oscuras del acto segundo, figurándonos que el buen Urrea hacia poco que conocia á Diana, y que la voz de Lisena podia parecérsele mucho. Lo que no admite disimulo es el no haber motivado la circunstancia de dar Sigismundo á Lisena en aquella ocasion el nombre de su hermana. Engañados Fisberto y el rey por el papel y el retrato del príncipe, cuanto hacen este y Lisena para arraigar aquel error es completamente inutil, porque el objeto está conseguido. Que Sigismundo hable á su dama por el terrero, va bien; pero ¿á qué la llama Diana, si ni el rey ni persona alguna enviada por él, los escucha? Este inconveniente estaba salvado con mucha facilidad. El príncipe podia saber que de orden de su padre le acechaba los pasos un palaciego. No habia podido averiguar quién fuese aquel hombre; veia venir un embozado, pensaba que era el espía, queria alucinarle, hablaba para que le oyesen, y el que le oia era el esposo de Diana.

Con dificultad se hallarán en la comedia del *Celoso Prudente* mas lunares que los que dejamos indicados, y esos desaparecen casi del todo á vista del pensamiento fundamental del drama y de su brillante desempeño. El dolor del honrado marido, que se cree agraviado de un príncipe, su respeto al heredero de la corona, el temor del qué dirán, el disimulo que le aconseja su honor, su templanza con la esposa que se le figura culpable, y el desaliento que sus años le infunden, están espresados de un modo admirable. Tal vez pueda decirse sin cavilosidad que don Francisco de Rojas tuvo presente la figura de don Sancho al escribir su magnífico drama *García del Castañar*. La situacion de ambos esposos es muy semejante; los afectos que les dan guerra, son los mismos; la espresion es parecida; el desenlace varía, porque en el un caso hay ofensa, y en el otro no. Hasta el cariño de Diana á su esposo, el sentir que no esté siempre á su lado, y el viaje de Valdeflores, tienen cierta analogía con el caracter de Blanca y con su fuga á Toledo por disposicion del conde de Orgaz.

La bellísima versificacion de *Palabras y Plumas* vuelve á aparecer en *el Celoso Prudente*, y acaso con mas igualdad y tersura. Preciosas son las quintillas de la esposicion, y las décimas de la escena once en el acto segundo. El monólogo de don Sancho al fin del mismo acto, y los otros dos del tercero, están llenos de sentimiento y poesía: abundan los soliloquios en esta pieza; pero no repugnan, porque se ve que don Sancho no debia hablar de sus celos con nadie. Sentimos hallar, en esos magníficos trozos, aquí un jabon que lava la honra, allá un honor opilado, y acullá una cigüeña sin lengua; se siente tropezar en las octavas del acto primero con la que principia: *que el reino del amor no tiranices* (1), por que es muy de sentir leer despropósitos, ó no entender lo que se lee; pero *ubi plura nitent*, todo se disimula. Comedia sin defectos aun no se ha escrito: el sol con sus manchas es el astro del dia.

---

(1) Página 161.



VENTURA TE DE DIOS, HIJO,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL DUQUE DE MÁNTUA.
CLEMENCIA, *su hija.*
CLAVELA, *dama.*
ENRIQUE, *conde.*
CRISELIO, *caballero.*
GRIMALDO, *viejo.*
OCTAVIA, *su muger.*
OTON, *su hijo.*
CÉSARO, *letrado.*
ROSELA, *su hermana.*
HONORATO, *viejo.*
FULVIO, *gramático.*
LISENO, *caballero.*
RAMON, *alcaide.*
AGUDO, *criado.*
ALBERTO, *soldado.*
GILOTE, *villano.*
UN PAGE.
Acompañamiento, soldados, pages, alabarderos.

La escena es en Pádua, en Mántua, y en otros puntos.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Grimaldo, en Pádua.

ESCENA I.

OTON, *de estudiante, con el arte de Antonio* (1) *en la mano.*

¿Qué os hice yo, estrellas pias,
que tanto me perseguís?

(1) Nebrija.

¿Qué confusion infundís
en estas potencias mias?
En un año que há que intento,
por dar á mis padres gusto,
estudiar, y el arte ajusto
á mi torpe entendimiento;
por mas que á costa del sueño,
niego á la cama el tributo,
y decorando sin fruto,
soy mas incapaz que un leño;
la primer conjugacion
aun no he podido aprender,
ni el primer tiempo saber,
tarea de mi licion.
¿Por qué consientes, Apolo,
si las ciencias te dan nombre,
gastar tanto tiempo á un hombre,
sin saber un tiempo solo?
Pues no bastan desengaños,
ni el hallar por esperiencia
que el principio de la ciencia
apetece tiernos años
mas que mi madura edad,
para que á mi padre ablande,
y que estudie no me mande
con tanta incapacidad,
¡cielos! mas memoria os pido,
porque soy, siquiera, amante;
que el amor y el estudiante
se infaman con el olvido.
Amo á Rosela divina;
pensar en ella es mi gloria;
y si es para mi memoria
su imagen anacardina (1),
séalo, estudios, tambien
para que en mí os autoricen;
que nunca se contradícen
saber bien, y querer bien.
Ya es hora de dar licion:

---

(1) Confeccion para dar memoria.

presto el preceptor vendrá;
mas ¿qué le aprovechará,
si en mí sus preceptos son
lo que en ayunque el martillo?
Ahora bien, decorar quiero
aqueste tiempo primero.
¡Oh! ¿quién pudiera infundillo
todo, sin salir de aquí?
Ánimo, ingenio de plomo.—
Purga parece que tomo.
El verbo es de *sum*, *es*, *fui*
el que me hace trasnochar,
y me ocupa el tiempo todo.
(*Leyendo en el arte.*)
Vaya: *Indicativo modo*,
"en el modo de mostrar."
Tempore presenti dice
luego: "en el tiempo presente."
Como aquesto se me asiente,
al preceptor satisfice.
Dice luego: *sum*; "yo soy,"
es, "tú eres...." Adelante:
est, "aquel es." ¡Qué estudiante!
Aquesto basta por hoy;
como el singular decore,
mañana sabré el plural.
¡Que deprenda yo tan mal,
y que tan bien me enamore!
Cierro el arte, y decorar
(*Paseándose.*)
quiero. ¡Qué mal me acomodo!
Vaya. *Indicativo modo*,
"en el modo de mostrar."
Tempore presenti, "el tiempo
presente." *Sum*.... Ea, pues.
Sum.... significa.... (*Titubeando.*) aquel es.
Sin provecho gasto el tiempo.
Si no abro el libro, es en vano.
¡Que una cosa tan comun
me cueste á mí tanto!—*Sum*....
¡Ah memoria de villano!
(*Mirando el libro.*)

Sum, "yo soy," me enseña aquí.
Lo que por el libro aprendo,
lo olvido luego en leyendo.
¡Cielo! ¿en qué estrella nací?
¡Ah gramática maldita!
(*Arroja el arte.*)
¡mal haya quien te inventó!
Si no soy para tí yo,
¿quién á que estudie me incita?
Vete con la maldicion,
arte de embelecos lleno,
de mi memoria veneno,
de mi ingenio confusion;
que ni te quiero aprender,
ni contigo es bien me asombre.
Si es natural en el hombre
el deseo de saber,
y hace en mí tan poco fruto
la doctrina que me das,
no me llamen hombre mas,
sino roble, estátua, bruto.
¿Hay tal desesperacion?
El preceptor sale. ¡Ah cielo!

ESCENA II.

FULVIO.—OTON.

FULVIO.
¡Oton! ¿el arte en el suelo?
¡Bien se sabrá la licion!

OTON.
Arrójale la torpeza
que en mi vil memoria ves;
quizá entrará por los pies,
pues no entra por la cabeza.
¡Por Dios, que es hombre terrible
mi padre, pues en mi afrenta,
gramático hacerme intenta,
siendo en mí tan imposible!
Si á un verbo no hay dar alcance,

¿cuándo llegaré á su fin,
ni cómo sabrá latin
quien no sabe bien romance?
Aunque tengo padres, soy
de edad varonil, que encierra
mas valor para la guerra,
que para el arte en que estoy;
y si es bien que en esto notes,
no son mis años capaces
de facultad, que á rapaces
muestran palmetas y azotes.

FULVIO.

Señor Oton, vuestro padre
tiene, con ser principal,
mas nobleza que caudal;
y porque el estado os cuadre
á vuestro valor debido,
que estudieis á cargo toma;
porque sus deudos, que en Roma
por las letras han valido,
hasta alcanzar el capelo,
prometen haceros hombre.
Estudiad, y no os asombre
la incapacidad que al cielo
quereis ocioso imputar:
sábio vuestro padre os vea;
que no hay cosa que no sea
dificil al comenzar.
De la honra es breve atajo
el estudio, que el cuerdo ama,
porque al templo de la fama
se entra por el del trabajo.
No cobra valor ni medra
la ociosidad regalada;
que una gota continuada
rompe la mas dura piedra.
Uno y otro estudio venza
la memoria, hasta que abrace
lo que os enseño, pues hace
la mitad el que comienza.
Alzad el arte del suelo,
y estimadle en mas, Oton. (*Coge el arte.*)

Ea, decid la licion,
que ayer os enseñé.

OTON, *aparte.*

¡Ah cielo!

FULVIO.

De ese verbo sustantivo
el primer tiempo me dad.
No os confundais; comenzad.

OTON.

Comienzo. Nominativo,
sum....

FULVIO.

¡Donoso majadero!
¿Nombre haceis á *sum*, *es*, *fui*?
¿No es verbo?

OTON.

Dómine, sí.

FULVIO.

Pues decí el tiempo primero.

OTON.

¿No fue en ese tiempo Adan?

FULVIO.

¡A propósito, fray Jarro!
Por cierto, ¡ingenio bizarro
por discípulo me dan!
¿No os enseñé, impertinente,
los tiempos del verbo? Estaba....

OTON.

Ya, ya: no se me acordaba.

FULVIO.

Pues decí el tiempo presente.

OTON.

El presente es bien bellaco,
si el cielo no lo socorre.
Moneda de vellon corre,
y reinan Venus y Baco,
labra casas la lisonja,
es pescadora de caña
la verdad, la lealtad daña,
la ambicion se metió monja.
Es ciencia la presuncion,
ingenio la oscuridad,

el mentir sagacidad,
y grandeza el ser ladron,
vividor el que consiente,
buhonera la hermosura,
vende báculos la usura,
y.... este es el tiempo presente.
Y pues en él la ignorancia
vence á la sabiduría,
y en mí la dicha podria
ser de mayor importancia
que el latin, que aprendo mal,
con vuestro arte os avenid,
(*Arrójale.*)
y á mi padre le decid
que no fuerce el natural
de su hijo con violencia;
que es hacer al cielo agravio,
y si me quiere hacer sábio,
que me dé la suficiencia. (*Vase.*)

ESCENA III.

FULVIO.

El hombre ha dicho muy bien,
y me libra de un trabajo,
que á tomalle yo á destajo,
perdiera el seso tambien.
¡Jesus! ¡qué gran matalote!
Mas há de un mes que le dí
de licion á *sum*, *es*, *fui*,
que la abarca y el capote
del rústico mas comun
le aprendiera en media hora,
¡y sáleme el poste agora
con: nominativo, *sum*!
¡Qué de Otones que me miran,
discretos en la opinion,
que para el Antonio son
tamquam asinus ad lyram! (*Vase.*)

Sala en casa de Honorato, en Pádua.

ESCENA IV.

ROSELA. AGUDO.

ROSELA.

De modo contenta estoy,
que pues no hago acciones locas,
no muestro que hermana soy
de Césaro: albricias pocas
por tales nuevas te doy.
¿Que mi hermano tanta estima
por sus letras ha alcanzado?

AGUDO.

Toda Italia le sublima
por el mas noble letrado
que lè cátedra de prima.
No tiene jurisperito
Europa sábio con él;
su nombre en Bolonia escrito
por las calles, el laurel
le ofrece.

ROSELA.

Gozo infinito
con esas nuevas me das.
¡Qué alegre estará Honorato,
mi padre!

AGUDO.

No quieras mas
que él solo al de Monferrato,
cuya guerra ya sabrás
que con el de Mántua tiene,
ha sido causa total
de las paces que previene.

ROSELA.

Cuéntame eso.

AGUDO.

Gloria igual
á ganar su valor viene.
Dos años há, como sabes,
que sobre la posesion
de algunas ciudades graves,
que en esta comarca son
de Italia y Milan las llaves,
el duque de Mántua viejo,
y el marques de Monferrato,
los dos de la guerra espejo,
con militar aparato
perturban paz y consejo;
y remitiendo á la guerra
pareceres de letrados,
(que el mas sábio tal vez yerra)
de Italia á los potentados
han convocado á su tierra.
Peleaban cada dia,
y combatiendo murallas
la dicha y la valentía,
en asaltos y en batallas
se abrasaba Lombardía;
y sin poder componellos
los que la paz intentaban,
la ocasion andaba entre ellos,
de quien ciegos procuraban,
sin verla, asir los cabellos.
Cansados de guerra, pues,
entró el papa de por medío,
llamando al duque y marques,
y para poner remedio
en tan prolijo interes,
mandó que buscar hiciesen
al mas ilustre letrado
que las leyes conociesen,
en cuyo estudio y cuidado
sus pleitos comprometiesen.
Dió la diligencia prisa,
y volando á las ciudades
de Italia la fama, avisa
á las universidades

de Perusa, Fermo y Pisa.
Vienen letrados de Roma,
los suyos Bolonia apresta;
mas Césaro que los doma,
como el sol se manifiesta
cuando entre estrellas asoma.
Rindiéronse á su opinion
cuantos ser jueces quisieran,
y no fué grande blason,
pues tambien lo mismo hicieran
Bártulo, Baldo y Jason.
Juez árbitro le nombraron
el duque y marques al fin,
y despues que le informaron,
de dar á sus guerras fin
y pasar los dos juraron
por su sábio parecer,
en la justicia resuelto,
que no admite corromper.
Y despues de haber revuelto
todo el derecho, á vencer
vino el duque; pero dió
Césaro tales razones,
y tan eficaz habló,
que á pesar de disensiones,
á los dos apaciguó
con que la hermosa Clemencia,
hija del duque, se case
con el conde de Placencia,
hijo del marques, y pase
la guerra á bodas y herencia.
Vinieron los dos en esto;
y á Césaro aficionados,
en el gobierno le ha puesto
el duque, de sus estados;
y el marques, que ve compuesto
tan á su satisfaccion
pleito tan largo y reñido,
en muestras de su aficion,
de joyas le ha enriquecido,
y una villa en posesion
de mayorazgo le ha dado;

premio de su mucha ciencia,
y para vos ha alcanzado,
siendo dama de Clemencia,
esperanzas de un condado,
con el esposo que os dé.
Ved lo que el estudio alcanza.

ROSELA.

Pues de estado mejoré,
voluntad, á la mudanza
estátuas levantaré.
Villano padre dió el ser
al mio, que mejoró
con el trato mercader:
vieldos en varas trocó,
y el sembrar por el vender.
Admití la voluntad
que mostró tenerme Oton,
ilustre en esta ciudad,
creyendo de su aficion
interesar calidad
á mi sangre con su amor;
(que aunque pobre, es caballero)
pues dándome él su valor,
y yo en trueco mi dinero,
lucieran los dos mejor;
pero pues la diligencia
de mi hermano le sublima
á tan noble preminencia,
y en fé de su mucha estima,
he de privar con Clemencia,
Oton mude su cuidado;
que ya los cielos serenos
de mi amor, se han anublado;
porque no pienso ser menos
que esposa de un titulado.

AGUDO.

A eso y mas puede animarte
Césaro, del mundo espejo. (*Vase.*)

ESCENA V.

OTON.—ROSELA.

OTON.

Rosela, por adorarte,
odiosos estudios dejo;
que al natural cansa el arte.
¿Qué gramática mejor,
qué mas noble facultad,
qué ciencia de mas valor,
que la que halla en tu beldad
mi correspondido amor?
Estudie nominativos
quíen como yo no se asombre,
y aplíqueles adjetivos,
como declinen tu nombre
mis deseos siempre vivos.
Conjuguen á *sum*, *es fuí*
sin mí los demas desde hoy,
pues solo de él aprendí,
mi bíen, con el *sum*, que soy
tuyo, y no vivo sin tí.
Si se enojare mi padre
porque en su gusto no vengo,
ya, le cuadre ó no le cuadre,
á tu amor por padre tengo,
y á tu hermosura por madre.
Abre el amoroso labio,
hónreme tu sí dichoso,
no hagas á mi fé agravio;
que mas quiero ser tu esposo,
que no siéndolo, ser sabio.

ROSELA.

(*Aparte.* ¡Qué donoso impertinente!)
Oton, pobreza y valor
no son dote competente,
ni anda ya desnudo amor
en la opinion de la gente.

Si ya que eres ignorante,
tuvieras hacienda, Oton,
estimárate constante;
que el tener es dicrecion,
y el oro se ha vuelto amante.
El cielo á mi hermano ha dado
tantas letras, que le ven
por ellas entronizado,
y siendo sabio, no es bien
darle á un necio por cuñado.
De tu ignorancia me pesa.
Césaro me ha prometido,
por lo que en esto interesa,
que no ha de ser mi marido
quien no me llame condesa.

OTON.

Respondes como muger,
pues en la hacienda reparas:
hija, al fin, de un mercader,
que mide su amor á varas
en la tienda del tener.
¿Al interes amor llamas?
Amor no es mas que valor
de la voluntad que infamas.

ROSELA.

Pues tú, ¿qué sabes de amor,
si aun no has llegado á *amo*, *amas*?
Anda, vete á *sum*, *es*, *fui*.

OTON.

Sí haré; que soy caballero,
y seré siempre el que fuí,
y el ser villano y grosero
dé un terron al que hay en tí.
Yo, soy yo....

ROSELA.

¿Dasme licion?

OTON.

Y tú, eres tú.

ROSELA.

A conjugar
te vas enseñando, Oton;
mas tu amor no ha de llegar

conmigo á conjugacion,
ni á ser mi amante tampoco;
que mas adelante pasa.

OTON.

A no estimarte tan poco,
villana....

ROSELA.

¿No hay quien de casa
á palos me eche este loco?

ESCENA VI.

AGUDO.—ROSELA. OTON.

AGUDO.

Albricias, señora mia.
Tu padre y hermano están
en casa, y á Mántua van.
Por ellos el duque envia,
y por tí, porque madama
Clemencia te hace favor.

ROSELA.

¿Es justo estimar tu amor,
cuando un príncipe me llama?
Bien pudiera castigar
tu ignorante desacato,
si á Césaro y á Honorato
cuenta de él quisiera dar;
mas en fé de tu desprecio,
bástete, Oton, por agravio,
que él venga á ganar por sabio,
lo que tú pierdes por necio.
Y pues de tí no hago caso,
por lo que te falta de hombre,
declina casos de un nombre,
mientras en Mántua me caso;
que *musa*, *musæ* te escusa,
pues mientras te corresponde,
me casarán con un conde
y á tí, ignorante, con *musa*.

OTON.

¿Que esto sufro? ¿que esto escucho?
¿que esto causa el no saber?

ESCENA VII.

—

CÉSARO, *de letrado galan.* HONORATO.—OTON. ROSELA.
(*Agudo se va.*)

HONORATO.

¡Hija!

CÉSARO.

¡Hermana!

ROSELA.

Si el placer
da la muerte cuando es mucho,
no sé, hermano, como vivo.
Si honró el laurel tu cabello,
honre mis brazos tu cuello,
en que el alma te apercibo.
Ya sé cuán sabio te nombra
la fama que te engrandece;
que el duque te favorece,
y á mí, que estoy á tu sombra.
Ya sé que él con el marques,
por bastar á apaciguallos,
te hacen señor de vasallos,
y conde te harán despues.
Ya sé que entro en la privanza
de madama, y que por mí
vienes, levantando ansí
hasta el cielo mi esperanza;
que á mi padre da valor
la vara, que en tí mejora,
si de medir hasta agora,
ya en tí de gobernador;
sé que á tu sangre enriqueces;
y aunque honrarte tanto escucho,
sé, en fin, si te han dado mucho,
que infinito mas mereces.

CÉSARO.

Yo sé, Rosela querida,
lo que basta á ennoblecer
mi linage, sangre y ser.
Preven luego tu partida;
que te esperan dos carrozas.

ROSELA.

¿Dos?

HONORATO.

¿Pues eso te ha espantado?
Yo espero verte en estado,
si un año á tu hermano gozas,
que te llame su muger
un Colona, ó un Gonzaga.

ROSELA.

¡Ay padre! el cielo lo haga.

OTON, *aparte.*

Saber y ensoberbecer
todo es uno: la ambicion
de estos me ha causado risa.

CÉSARO.

Yo, hermana, vengo de prisa.

ROSELA.

Vamos.

CÉSARO.

¡Oh señor Oton!
¿aquí está vuesamerced?

OTON.

Con el contento y el gusto,
que en esta ocasion es justo.

CÉSARO.

Todo es hacerme merced.
Ya estará bravo latino.
¿Cómo va de construir?
Versos sabrá ya medir;
no envidiará á Calepino.

ROSELA.

¡Y cómo! No hay quien le iguale.
Es en *sum*, *es*, *fui* la prima;
que tanto lo que es estima,
que del *sum*, *es*, *fui* no sale.

CÉSARO.

Hace bien, que es caballero.
Estudie, haga lo que manda
su padre; que el tiempo ablanda
el ingenio mas grosero.
Sus treinta años, poco mas,
debe tener: muchacho es.
Tiempo le queda despues
para aprender lo demas.
¿Azótale el preceptor?

OTON.

Por la licion, honra fuera;
mas si el verdugo los diera
en cás de algun labrador,
fuera afrenta conocida.

CÉSARO.

¿Tan presto se ha de picar?

OTON.

Muchos suelen azotar
porque dan mala medida.
Como mercader no fuí,
no temo azotes por esto.

CÉSARO.

Yo no me corro tan presto,
aunque lo diga por mí.

HONORATO.

¡Vive Dios, hidalgo pobre...!

CÉSARO.

Basta, padre; que la ciencia
es madre de la prudencia.
Humos con su sangre cobre....
Y advertid que entran acá
sus padres.—Estudie, hermano;
que yo le daré la mano.

OTON.

¡Qué de callos que tendrá!

ESCENA VIII.

GRIMALDO. OCTAVIA.—DICHOS.

GRIMALDO.
(Hablando con Octavia en el fondo del teatro.)
¡Que el arte arrojó en el suelo!
¿Hay atrevimiento igual?

OCTAVIA.
Ir contra su natural,
es contradecir al cielo.
Si el estudio á Oton repûna,
no le pidas al acero
ni al plomo que sea ligero.

GRIMALDO.
¿No es para cosa ninguna?
Vive Dios, que ha de guardar
los ganados en la aldea.

OCTAVIA.
No hará tal; que aunque no sea
capaz Oton de estudiar,
es vuestro hijo, y yo su madre,
y es bien que ande en trage noble.

GRIMALDO.
¿Hijo mio, un bruto, un roble?
¿Yo de un mentecato, padre?

OCTAVIA.
¿Qué sabeis vos la ventura
que Dios le tiene guardada?

GRIMALDO.
Quien ni por pluma ni espada,
Octavia, medrar procura,
¿qué puerta abierta hallará
para conseguir valor?

OCTAVIA.
El nuevo gobernador
es el que presente está:
vuestro enojo refrenad.

GRIMALDO.
Antes me corro de ver

que un hijo de un mercader,
de tan baja calidad,
que ayer eran unos bueyes,
con una pajiza casa
todo su caudal, hoy pasa
desde el arado á las leyes.
¡Que por su estudio presuma
ganar honrosos blasones,
destripando ayer terrones,
y hoy laureando su pluma!
¡y que este bárbaro ultraje
mi sangre con su rudeza,
y cuando en Césaro empieza,
acabe en él su linage?
¡Quién se pudiera volver
sin ser visto, por no dalle
el parabien!

OCTAVIA.

Llega á hablalle,
que le habremos menester.

GRIMALDO.

Pues es ya gobernador
de nuestro duque, es forzoso.
(*Llegando á él.*)
Goceis, Césaro dichoso,
con otro cargo mayor
el fruto bien merecido,
que premian en vos los cielos
de vuestro estudio y desvelos,
pues tan bien se os ha lucido.

CÉSARO.

¡O Grimaldo! ¡O Octavia! Aquí,
si me hubiérais menester,
gustaré haceros placer.

GRIMALDO, *aparte.*

¿Placer? ¡Que nos hable ansí
el nieto de un tosco arado!

HONORATO.

Césaro es gobernador
de nuestro duque y señor,
y un título le ha mandado.
Por la buena vecindad

que con vos tenido habemos,
ved si hay en qué; que os haremos
cualquiera comodidad. (*Vase.*)

ROSELA.

Y yo, si el duque me casa
con un conde, cual codicio,
recibiré en mi servicio
á Oton y honraré en mi casa. (*Vase.*)

CÉSARO.

Y yo lo mismo os prometo;
mas pues tan ignorante es,
hacelde que sea cortés,
ya que no podeis discreto;
no le enseñe yo, si alcanza
á dar de sí testimonio,
en vez del arte de Antonio,
el de la buena crianza. (*Vase.*)

ESCENA IX.

OTON. GRIMALDO. OCTAVIA.

GRIMALDO.

¿Que esto haya yo consentido,
y caballero me llame?
¿Que de esta suerte un infame
¡cielos! me haya respondido?
¡Un viejo sin calidad!

OCTAVIA.

¡Ah fórtuna, toda estremos!

GRIMALDO.

"Ved si hay en qué; que os haremos
cualquiera comodidad."
Por cuatro letras que sabe....

OTON.

"Si me hubiérais menester,
gustaré haceros placer."
Arrogante, necio y grave....

GRIMALDO.

¡Un rústico...! ¿Que esto pasa
y no pierda yo el jüicio?

"Recibiré en mi servicio
á Oton, y honraré en mi casa."
Y por última venganza,
infame, para afrentarte,
¡me dicen que en vez del arte,
te enseñe buena crianza!
La del campo es la mejor.
Un labrador estudiante
te infama, torpe, ignorante:
desde hoy serás labrador;
que si á ser noble comienza,
quiero, pues que te envileces,
que por donde acaba, empieces;
quizá ansí tendrás vergüenza.
¡Hola...!

OCTAVIA.

Grimaldo, señor,
sosegad y no hagais caso
de quien caerá al mismo paso
que sube á buscar valor.
Si se os ha descomedido
el villano entronizado,
él como tal os ha hablado,
vos como noble, sufrido.
¿Qué culpa vuestro hijo tiene
de lo que el otro os enoja?
¿Da la fortuna que escoja
ingenio á quien por él viene?
Dios no le quiere estudiante,
ni será justo que vos
querais hacer mas que Dios.

GRIMALDO.

Quitáosme, Octavia, delante;
que os haré....

OCTAVIA.

¿No soy su madre?
¿no es razon que á mi hijo acuda?

GRIMALDO.

Sí sois; pero estoy en duda
si le habeis dado otro padre.
Desde hoy tiene de guardar
los bueyes.

ESCENA X.

GILOTE.—GRIMALDO. OCTAVIA. OTON.

GILOTE.

¡Válgamos Dios!
¡qué vagar tienen los dos!
¿Hánmos hoy de despachar?
Mándenmos dar pan y queso,
y á cuenta de mi soldada
seis reales; que está preñada
mi Torilda, y pierde el seso
de achaque.... ¿De qué dirá?
De dar al cura....

GRIMALDO.

Gilote,
quitate aquese capote,
y el sayo.

GILOTE.

¡Mas arre allá!

GRIMALDO.

Quita presto.

GILOTE.

¿Mas qué quiere,
que en meter leña me canse?

GRIMALDO.

Desnuda.

GILOTE.

Desnudaránse;
(*Desnúdase el gaban y sayo.*)
que no son bestias: espere.

GRIMALDO.

Quítate aquesa sotana,
tú y todo, idiota.

OTON.

Señor....

GRIMALDO.

Desde hoy has de ser pastor,
con vida tosca y villana.

Quita y calla, ó vive Dios....
(*Desnúdase Oton.*)

GILOTE.

¿Otro danzante tenemos?
¿Mas si quiere que juguemos
á los batanes los dos?

OCTAVIA.

No he de sufrir tal agravio,
aunque muriendo os resista.

GRIMALDO.

Cada cual su trage vista,
tosco, el tosco; sabio, el sabio.

OTON.

Señor, si el cielo permite
mostrárseme siempre estraño....

GRIMALDO.

En el estudio de un año,
cuando el trabajo compite,
en el mas contrario clima,
no resiste la ignorancia,
porque en la perseverancia
la honra ha puesto su estima.
Vístete, Oton, de pastor.
Vístete ese tosco sayo.
(*Se pone Oton el sayo de Gilote.*)

GILOTE.

¿Compréle yo para él?
Tres varas tien de buriel.

GRIMALDO.

Aun un tordo, un papagayo,
una urraca, un cuervo, en fin,
estudia lo que no entiende,
y si le enseñan, aprende
á hablar romance ó latin;
con que afrentándote están,
pues saben lo que tú no.

GILOTE.

Es verdad, tambien habló
la borrica de Balán;
mas de eso, ¿qué culpa tien
mi capote? ¡Aquí de Dios!

GRIMALDO.

Esa ropa es para vos.

GILOTE.

¿Gil de escolar? ¡oh qué bien!

OTON, *aparte.*

¿Que esto mi padre permita?
Su respeto me acobarda.

OCTAVIA.

La dicha que Dios te guarda,
tu obediencia solicita.
No en las letras solamente
consiste, Oton, ni se alcanza
nuestra bienaventuranza.
Ser dichoso el hombre intente:
poco le importa ser sabio,
si no fuere venturoso;
rinde el necio al ingenioso,
y aunque conoce su agravio,
el cobarde se asegura
con dicha, y vence al valiente;
no hay desdichado prudente;
nunca es necia la ventura.
Ya el saber mucho es odioso;
la ignorancia subió el precio
tanto, que importa ser necio
para ser uno dichoso.
Déte Dios, hijo, ventura;
que ella traerá lo demas.

GRIMALDO.

Si esas liciones le das,
¿mas que aprenderlas procura?
Vente conmigo al aldea;
daréte en ella el estado
que tu estudio ha grangeado;
que no osaré que me vea
Pádua, afrentado por tí,
de la boca de un villano.

OTON.

(*Aparte.* ¿Posible es, tiempo tirano,
que me has de afrentar ansí?)
Hijo tuyo soy, señor;
haz de mí cuanto quisieres.

GRIMALDO.

¡Mi hijo! Mientes; tú eres
hijo de algun vil pastor.

OTON.

Madre, á Dios.

GRIMALDO.

¿Tú de mi casta?—
Ven.

OTON.

Obedecerte elijo.

OCTAVIA.

Ventura te dé Dios, hijo;
que el saber poco, te basta.
(*Vanse Oton y sus padres.*)

ESCENA XI.

—

GILOTE.

¡Héme aquí á mí ensotanado!
¿Qué ha de decir, si me vé
Torilda? Sí, que burlé
antojos de su preñado.
Mas no; que si hue ell antojo
morder del pescuezo al cura;
porque viva la criatura,
y á él no le crezca el ojo,
verme cura es agudeza:
muérdame á mí, en conclusion;
que mas vale un mordiscon,
que estorbos en la cabeza. (*Vase.*)

Sala baja de un castillo á media jornada de Pádua.

ESCENA XII.

CRISELIO. LISENO.

LISENO.

Sosiégate, señor.

CRISELIO.

Morir, Liseno,
es mejor que vivir desesperado.
Si celos, como sabes, son veneno,
¿cómo podré vivir atosigado?
Dos años há que sirvo, mil que peno,
de madama Clemencia enamorado,
y al cabo de esperanzas y desvelos,
por pagar amor mal, me pagó en celos.
Del duque soy de Mántua noble primo;
acrecentar creí su parentesco
con el de yerno.... ¡Ay Dios! ¿cómo reprimo
el fuego riguroso que padezco?
Servíle en estas guerras, y al arrimo
del amor que tiránico obedezco,
cuando á Clemencia imaginé por mia,
en lugar de Raquel, me dan á Lía.
¿Yo, Liseno, á Clavela? ¿yo su esposo?
¿Qué importa que del duque sea sobrina?
¿Qué importa que su dote caudaloso
incline al interes, si á amor no inclina?
Estoy loco, estoy muerto, estoy celoso.
Quien con celos y amor no desatina,
ni siente agravios, ni de veras ama.
¡Enrique con Clemencia y yo sin dama!
Deja, Liseno, que mi honrada furia
me dé la muerte aquí.

LISENO.

Señor....

CRISELIO.

¡Clemencia
del conde! ¿Y yo, villano de Liguria,
quien la lleve cobarde á su presencia?
¿yo autor infame de mi propia injuria?
¿yo vil ejecutor de mi sentencia?
¿yo amante suyo á intitular me atrevo?
¿yo que la adoro, yo, á casar la llevo?
Esta es traicion que contra mí ejecuto.
Perdone el duque, si por hacer paces,
al conde dá de mi trabajo el fruto.

LISENO.

No des voces, señor: mira lo que haces.

CRISELIO.

Amor, venza mi industria, porque astuto
á mi esperanza amante satisfaces.
Yo estorbaré que el conde de Placencia
á Mántua herede y case con Clemencia.

LISENO.

Ya cualquiera remedio vendrá tarde,
pues á este castillo la has traido;
y á Pádua ha de llegar aquesta tarde,
donde el duque y marques han concurrido.

CRISELIO.

Siempre falta ocasion al que es cobarde,
y sobra tiempo y dála al atrevido.
Yo haré que en no casarse se resuelva,
aunque la guerra á sus principios vuelva.

LISENO.

Al conde de Placencia está aguardando,
que hasta aquí ha de salir á recebilla,
y si tan presto llega, no sé cuando
podrás á no casarse persuadilla.

CRISELIO.

En un hora se vió Troya abrasando;
solo un tiro murallas aportilla.

LISENO.

Madama sale.

CRISELIO.

Amor volando obra;
que á quien valor no falta, el tiempo sobra.

ESCENA XIII.

CLEMENCIA *y* CLAVELA, *de camino.* RAMON.—
CRISELIO. LISENO.

RAMON.
De que el duque sea servido
de honrar esta fortaleza,
señora, con vuestra alteza,
notable suerte he tenido.
Presto el conde de Placencia,
llegando aquí, gozará
la ventura que le da
tal esposa y tal herencia.
¡Dichoso pleito, por Dios,
mas que la guerra crüel,
pues sentenciando contra él,
el fruto goza con vos!

CLAVELA.
Lo que no pudo la guerra,
las paces han concluido.

CLEMENCIA.
Sin verle, me dan marido:
no sé si mi padre yerra;
pero sí que su hija soy,
y que es fuerza obedecelle.

CLAVELA.
Hoy, prima, tienes de velle.

CLEMENCIA.
Y tambien me casan hoy.
¿Cuándo has visto tú, Clavela,
boda y vistas en un dia?

CRISELIO, *aparte.*
Favoreced, dicha mia,
mi venturosa cautela;
que pues no ama al desposado,
bien mis engaños saldrán.

CLEMENCIA.
Aun mas término le dan

de vida á un ajusticiado.

CLAVELA.

Tu padre tiene buen gusto.

CLEMENCIA.

Ello es hecho: no hay que hablar.—
¡O Criselio!

CRISELIO.

Descansar
del camino será justo;
que madrugó vuestra alteza.

RAMON.

Contra el calor que hoy abrasa,
no hay defensa en esta casa
mejor que esta baja pieza.
Sale á ese fresco jardin,
y él luego á un bosque que abraza
deleitosa pesca y caza.

CLEMENCIA.

Pasatiempo vuestro, en fin.

RAMON.

Y deseoso de honrarse,
con vuestra hermosa presencia.

CLEMENCIA.

Pase del sol la inclemencia,
y deje comunicarse;
que por él nos partiremos.

RAMON.

En fé de eso, estan sus puertas
con vos seguras y abiertas;
que castillo en que tenemos
por huéspeda á vuestra alteza,
cerrarse fuera traicion.

CLEMENCIA.

Noble y cortés sois, Ramon.

RAMON.

Para vos no hay fortaleza.
Dormid, señora, segura. (*Vase.*)

CRISELIO.

Un poco tengo que hablaros.

CLEMENCIA.

Despues.

CRISELIO.

Ha de ser aparte.

CLAVELA, *aparte.*

¿Mas qué pedirla procura
que sus bodas regocije
con las mias? que me adora.

CLEMENCIA.

¿Vaste, prima?

CLAVELA.

Adios, señora.
(*Aparte.* ¡Ay si fuese lo que dije!)
(*Vanse Clavela y Liseno.*)

ESCENA XIV.

CLEMENCIA. CRISELIO.

CRISELIO.

No quiero con preámbulos decirte
lo que la prisa impide ponderarte;
pues basta mi lealtad á persuadirte,
y el tener yo en tu sangre tanta parte;
solo quiero que en premio de servirte,
si mi amor no es indigno de obligarte,
hagas de él, estimándole, mas cuenta,
que quien viene de paz á hacerte afrenta.
Entre el duque y marques de Monferrato,
despues de dar en tu favor sentencia,
fingido se hizo el amoroso trato
de darte por esposo al de Placencia;
mas él al cielo y á su dicha ingrato,
contra la fé y debida reverencia
al papa, que en las paces se interpuso,
á vengarse á tu costa se dispuso.
Hoy que viene por tí, se determina,
forzándote, á afrentar tu sangre y casa;
que tanto puede el odio cuando inclina
la enemistad, si á descendientes pasa.
No á ser tu esposo viene, ni imagina
tenerte amor, cuando en furor se abrasa,

sino hacer con las paces, fementido,
lo que con tantas guerras no ha podido.
Incítale su padre, que imprudente
antepone á su honra la venganza,
y en esta fortaleza ha puesto gente,
porque su alcaide la traicion alcanza,
y dándole favor como pariente,
de medrar por infiel tiene esperanza:
por eso cortesano te recibe,
regalos te hace, y fiestas te apercibe.
De buen original sé todo esto.
Fabio, mi hermano, que al de Monferrato
sirvió de capitan, por haber puesto
amistad en los dos el largo trato,
viendo en tu honor el riesgo manifiesto,
me escribió este suceso, con recato
y temor que el marques noticia tenga,
porque con tiempo tu favor prevenga.
Mira lo que has de hacer.

CLEMENCIA.

Criselio, amigo,
deudo eres mio; por tu cuenta corre
la honra que á perder vendrás conmigo,
cuando esa infamia mi nobleza borre.
De que verdad me dices es testigo
el corazon y el alma, que socorre
con avisos el daño que previene,
pues no sin causa tan forzada viene.
Sin conocer al conde le aborrezco;
que así con su traicion mi desden cuadra.
Mi honra mira.

CRISELIO.

Defenderla ofrezco.
Enciérrate, señora, en esa cuadra:
que en la espesura de este monte fresco
para este daño prevení una escuadra
de amigos y soldados, que procura
servirte, con quien puedes ir segura.
Si mientras vuelvo, llega el falso conde,
hazte fuerte y da voces; que al instante
seré contigo y con mi gente, en donde
hazañas viles de un traidor quebrante.

La puerta del jardin que corresponde
al bosque, y está abierta, es importante.

CLEMENCIA.

¿Avisaré á Clavela?

CRISELIO.

No, señora;
que estriba todo en el secreto agora.

CLEMENCIA.

¡Oh conde fementido!

CRISELIO.

(*Aparte.* Amor, ¡ayuda!
que si á Clemencia venturoso llevo,
y aseguro el amor que he puesto en duda,
á ser del duque sucesor me atrevo.
Mi gente está emboscada, porque acuda
al amoroso robo. Ulises nuevo
me llamen mis engaños y prudencia.
Segundo Páris soy.) A Dios, Clemencia.

(*Vase Criselio, y Clemencia echa la llave á la puerta que dá á lo interior del castillo.*)

ESCENA XV.

CLEMENCIA.

De la poca voluntad,
conde traidor, que te tengo,
á sacar en limpio vengo
que es cierta tu deslealtad.
Heredas la enemistad,
que entre tu sangre y la mia
ha asombrado á Lombardía,
y la costumbre y bajeza,
que en tí es ya naturaleza,
viles pensamientos cria.
Aun en parte estoy contenta
de tu intencion alevosa,
pues me impide el ser tu esposa,
y mi liviandad aumenta.

UNA VOZ DENTRO.

El conde viene, dad cuenta
á madama.

CLEMENCIA.

¡Ay Dios! ¿qué es esto?
Mi peligro es manifiesto,
y afrenta, pues llegó ya
el traidor; que no podrá
Criselio volver tan presto.
La puerta cerré con llave;
mas ¿de qué servirá ¡ay cielo!
si da con ella en el suelo
quien dar con las honras sabe?
El ánimo, honor, acabe
lo que Criselio concierta.
Al bosque sale la puerta
de este jardin, y sin duda
que por darme el cielo ayuda,
quiso que estuviese abierta.
Por ella dice que aguarde
su ya espacioso favor:
buscalle será mejor,
que llorar si viene tarde.
Alas da el temor cobarde;
si las llevo, ¿qué dilato
mi partida? Conde ingrato,
contra el marques que te apoya,
será imitacion de Troya
tu Placencia y Monferrato.
(*Vase por la puerta que dá al jardin.*)

Selva.

ESCENA XVI.

OTON, *de pastor.*

Umbrosas arboledas,

avarientas al sol, al aire francas,
pues le impedís que vuestros troncos dore,
fuentes que jamás quedas,
rubias arenas entre guijas blandas
criais, donde Narciso se enamore,
á que os habite y llore
me envian en desprecio,
si no rehusais que os acompañe un necio.
Ya que letras no entienda,
en que la gente funda sus caudales,
sublima ingenios y establece grados,
en vosotros aprenda
mi dicha, pues sois libros naturales,
por el abril curioso encuadernados:
darán á mis cuidados,
por fin de mis congojas,
las aves plumas, vuestros ramos hojas.
Si de Rosela amante,
un tiempo la adoré, y en su hermosura
fundada la ambicion, tocó á mudanza;
miraréla arrogante
en vuestras hojas, flores y frescura,
y luego en el invierno mi venganza,
que contra la esperanza
de la hermosura ingrata,
trueca el oro de abril enero en plata.
Dad alivio á mi queja,
montes alegres, soledad segura:
ansí jamás os desampare Flora.
Mi madre me aconseja
que busque mi ignorancia á la ventura;
pero ni sé quien es, ni donde mora;
decidme de ella agora;
que es tormento doblado
el ser á un tiempo noble y desdichado.

ESCENA XVII.

CLEMENCIA, *en capotillo, huyendo.*— OTON.

CLEMENCIA.

Pastor, vaquero, serrano,
si se halla alguna nobleza
en tu llana rustiqueza,
(que tal vez en el villano
se hospeda la cortesía
mejor que en la sangre clara)
socorre agora y ampara
á quien de tí su honor fia.
Escóndeme de un traidor,
que mi deshonra pretende,
y con la venganza ofende
las prendas de su valor.
Mira que se acerca aquí
quien solo injuriarme espera.

OTON.

Si la ventura viviera
como la nobleza en mí,
no me diérades el nombre
con que me habeis injuriado;
pero soy tan desdichado,
que aun no merezco ser hombre.
¿Qué temor os acompaña?
El que os agravia ¿quién es?

CLEMENCIA.

Yo te lo diré despues.
Si tienes casa ó cabaña,
en ella esconder procura
á quien un traidor asalta;
que podrá ser, si te falta,
como dices, la ventura,
que por mí seas dichoso.

OTON.

No me obliga el interes;
noble soy, y soy cortés,

aunque á las letras odioso.
Una granja está aquí cerca,
de un padre, que por castigo
de que el estudio no sigo,
que ni se hereda ni merca,
en este trage me ha puesto.
Tiene condicion terrible,
y si os vé, será posible
que os maltrate descompuesto,
sospechando, si allá os llevo,
lo que los años prolijos
culpan en los mozos hijos.
Mas venid; que yo me atrevo,
vistiéndoos de labradora,
de manera disfrazaros,
que cuando intente agraviaros
quien la ley de noble ignora,
pague al valor que me esfuerza
la traicion con que os asalta;
que á quien el ingenio falta,
le suele sobrar la fuerza.
Venid; que harta dicha ha sido
la que ya me favorece,
pues defenderos merece.

CLEMENCIA.

La que contigo he tenido
te ofrece (pues generoso
quieres defender mi agravio)
hacerte, ya que no sabio,
por lo menos venturoso.



ACTO SEGUNDO.

Campo y vista de la granja de Grimaldo.

ESCENA I.

GRIMALDO. OCTAVIA.

GRIMALDO.

Yo le haré que tenga seso,
pues no le puedo hacer sabio.
¿Tras ignorante, travieso?

OCTAVIA.

Grimaldo....

GRIMALDO.

¡Con buen resabio
ha salido! Estará preso,
vive Dios, hasta que olvide
las pasiones que ha trocado
por las letras que despide.
¡Bueno! ¿Oton enamorado,
cuando en el campo reside?
¿Mugercillas en mi quinta?

OCTAVIA.

Esta es una labradora;
no cual vuestro enojo pinta.

GRIMALDO.

Echalda, Octavia, en mal hora,
ó la que traigo en la cinta,
dándola de espalderazos,
mi cólera amansará.
¿Qué mucho, si en tales lazos
gasta el tiempo, cuando dá
al amor torpes abrazos,
que ni lo que estudia sepa,

ni haga cosa de valor?
No hallo yo pecho en quien quepa
el estudio y el amor,
que de la virtud discrepa.
La torpeza no conserva
letras con que el sabio viva,
de los vicios contrayerba;
que si Venus es lásciva,
por eso es virgen Minerva.
¡Bien en la quinta se emplea!
Con tan buenos cartapacios
estudiando en el aldea,
olvidará los palacios,
que el ocioso amor pasea.
No me repliqueis, Octavia:
preso ha de estar. Despedid
esa muger, si sois sábia.

OCTAVIA.

Desenojaos, y advertid
si Oton con ella os agravia,
y castigalde despues
que lo hayais averiguado.

GRIMALDO.

¡Que siempre en las madres es
el amor desatinado!

OCTAVIA.

Como no hay otro interes
que premie lo que nos cuesta
un hijo, sino el amor,
mas sus fuerzas manifiesta.

GRIMALDO.

¿Quereis indicio mayor
de la aficion deshonesta
que Oton tiene á esa muger?
Pues advertid el cuidado
con que vive desde ayer,
que en casa se ha acomodado;
que yo he procurado ver
si á solas se hablan, y han sido
tantas las muestras, y tales
de amor, que me han persuadido
á que en lazos desiguales

se han de casar, si no impido
este desatino luego.

OCTAVIA.

¿Vos los vistes?

GRIMALDO.

Yo, que sé
las propiedades del fuego,
que aunque de lejos se vé,
dá luz, y es para sí ciego.
Por eso en el fuego ha puesto
amor su esfera; y ansí
despedilda, Octavia, presto,
y dejadme hacer á mí;
que yo me entiendo.

OCTAVIA.

¿Qué es esto?

ESCENA II.

EL DUQUE. ENRIQUE. CLAVELA. ROSELA. CRISELIO. RAMON. CÉSARO. *Acompañamiento del Duque y de Enrique. Todos de camino.*— GRIMALDO. OCTAVIA.

DUQUE.

Si con alguna traicion
no provocais mi paciencia,
mirad, conde de Placencia,
que usais mal de la ocasion
que el cielo dá á nuestras paces.
¿Qué es de Clemencia? que en ella
mi vida estriba.

ENRIQUE.

A perdella,
los sentimientos que haces,
gran señor, no son tan grandes
como los que quien ignora
esta desdicha y la adora,
ha de padecer. No mandes
impedirme de esa suerte
la ventura que intereso;

que habrá de costarme el seso,
si no me cuesta la muerte,
la pérdida lastimosa
de su adorada belleza.

CRISELIO.

Conde, en vuestra fortaleza
estuvo Clemencia hermosa.
Para la amorosa entrega
de estas paces la llevé,
y en la cuadra la dejé
que su depósito niega.
Hallar la puerta cerrada,
y abierto el paso al jardin
del bosque, si no es á fin
de alguna traicion pensada,
no sé lo que conjeture.

DUQUE.

El alcaide es deudo vuestro,
y como en ardides diestro,
no me espanto que procure
en mi agravio la venganza
que anteponeis al amor.

RAMON.

Yo nunca he sido traidor.

ENRIQUE.

Ni mi burlada esperanza
se persuadirá jamás
á que de industria no haces,
(para deshacer las paces
que eternas fueran de hoy mas)
duque, aquesa estratagema;
que estarás arrepentido
que siendo yo su marido,
peligros de amor no tema;
y para que no la goce,
la habrás mandado esconder.

DUQUE.

Nunca se atrevió á ofender
mi valor quien le conoce;
y cuando yo no quisiera
que la paz llegara á efeto,
no me puso en tanto aprieto,

conde, vuestra guerra fiera,
que me obligue á compromisos,
ni á usar de tales engaños.

ENRIQUE.

Truecan los maduros años
falta de esfuerzo en avisos,
y intentareis deshacer
lo concertado con eso;
pero esté el alcaide preso,
duque, y en vuestro poder,
mientras se sabe quien es
el que ocasiona la ausencia
y pérdida de Clemencia:
veremos si mi interes
ó el vuestro queda culpado.

DUQUE.

Soy contento.

RAMON.

Gran señor....

CRISELIO, *aparte.*

¿Qué es esto, confuso amor?
¿Cómo os me habeis malogrado?
Mientras por mi gente fuí,
y con engaños tracé
la ganancia que intenté,
mi dama y dicha perdí.
Pero un consuelo me queda,
y es, que no la gozará
el conde, ni amor querrá
que mal mi industria suceda.

CÉSARO, *aparte.*

Mi dicha se desbarata
si Clemencia no parece;
que el duque que favorece
mis letras, y honrarme trata,
ni de mí se ha de acordar,
ni el marques de mí hará caso.

ROSELA, *aparte.*

Con mis desdichas me caso,
si no me vengo á casar
con el conde imaginado.

CLAVELA, *aparte.*

Si mi prima falta, ¡cielos!
aunque sosieguen los celos
que ella y Criselio me han dado,
como el duque no sosiegue,
¿qué gusto podré tener?

GRIMALDO.

(*Aparte á su muger.*)
¿Qué causa ha podido haber
para que á mi quinta llegue
ansí el duque alborotado,
con el conde de Placencia?

OCTAVIA.

(*Aparte á su marido.*)
Si no parece Clemencia,
bastante ocasion le han dado.

ESCENA III.

CLEMENCIA, *de pastora.*— DICHOS.

CLEMENCIA.

Pues los cielos te han traido,
padre invicto, duque justo,
á esta quinta, asilo sacro,
donde mi honor aseguro,
no te espante mi disfraz,
ni con amoroso yugo
enlazar cuellos pretendas,
que se aborrecen por uso.
Antiguas enemistades,
desde tus padres augustos,
al marques de Monferrato
dan tiranos atributos;
que los odios que se heredan,
cual muestran ejemplos muchos,
han menester Alejandros
que desenlacen sus ñudos.
La autoridad sacrosanta
del papa, que se interpuso

entre el rigor de la guerra,
envainar aceros pudo,
que no pudiera el valor
de los enemigos tuyos,
pues tantas veces temblaron
solo de verlos desnudos.
Pero prudente y piadoso,
armas á libros redujo,
asaltos á tribunales,
guerras á pleitos confusos,
criminales competencias
á civiles estatutos,
y el derecho de la espada
á las leyes de Licurgo.
Salió por tí la sentencia,
y lo que por tantos lustros
la guerra no pudo hacer,
una sentencia lo pudo,
que estableciendo amistades,
pretendió juntar en uno
nuestros estados y casas:
necio arbitrio, aunque seguro.
Concertadas ya mis bodas,
y reducidos al culto
del amoroso himeneo,
á celebrallas me trujo
Criselio á una fortaleza,
donde el engaño dispuso
que saliese á recebirme
el conde Enrique perjuro.
Dejáronme en una cuadra,
en que obediente á tu gusto,
y rebelde al mio, (que amor
en fé que en los ojos puso
la entrada que hace en el alma,
si no vé, no dá tributo,
porque es mas sordo que ciego)
estaba haciendo discursos,
ya en pró, ya en contra, hasta tanto
que venció el cansancio, y pudo
rendirme, á pesar del miedo,
en brazos del sueño mudo.

Soñando estaba verdades,
que agora en mi daño apuro,
y entonces adivinaba
el alma, profeta oculto,
cuando entrando por la puerta
de un jardin (que si da fruto
debe de ser en traiciones)
el conde, Páris segundo,
y llevándome en los brazos,
con un lienzo dando un ñudo
á la boca que intentaba
obligar al favor justo,
ayudándole traidores,
sobre las ancas me puso
de un caballo que, sin alas,
voló hasta el bosque confuso.
Púsome, en fin, en el suelo,
y díjome: "ansí procuro
vengar antiguos agravios,
mientras que tu honor injurio.
No letrados con sobornos
piense tu padre caduco
que quieten enemistades,
sentenciando en favor tuyo;
á la fuerza de tu honor
violentamente reduzgo
el tálamo que esperabas,
vuelto en afrenta su yugo.
Con deshonrarte me vengo,
para que publique el mundo
con tu afrenta mi venganza,
que es la que há tanto que busco."
Dí voces, pidiendo al cielo
rayos, que siendo verdugos
contra tiranas ofensas,
mi honor dejasen seguro.
Oyólas un labrador,
en cuerpo y trage robusto,
puesto que noble en los hechos,
á quien mi vida atribuyo,
que con un tosco baston,
despojos de un roble duro,

contra el bárbaro atrevido,
sirvió á mis quejas de escudo;
y sin temer los traidores
cobardes, puesto que muchos,
testigos de sus hazañas
hizo los montes incultos.
Huyó el tirano afrentado,
siendo testigo su insulto
que no hay valiente traidor,
pues tantos temblaron de uno;
y el vencedor cortesano
hasta esta quinta me trujo,
sagrado de mis ofensas,
restauracion de mis gustos;
y asegurando recelos
de Grimaldo, padre suyo,
me vistió de labradora,
lenguas enfrenando al vulgo.
De este modo, gran señor,
desde ayer ocasion busco
para darte larga cuenta
de mis agravios y tuyos.
Si el torpe disimulado,
negallos intenta astuto,
su enemistad y mis quejas
serán testigos seguros.
Escarmienta desde hoy mas,
y de enemigos perjuros
no te fies otra vez
cuando aborrecen por uso;
que ni al rio has de pedir
que retroceda su curso,
al sol que engendre tinieblas,
ni que discurran los brutos.
La enemistad heredada,
si á mil ejemplos acudo,
es otra naturaleza:
con el presente te arguyo.
Armas, valor y honra tienes:
vuelva el acero desnudo
á dar filos á tu agravio,
á asaltar traidores muros;

que primero que me obligues
á su aborrecible yugo,
dándome muerte violenta,
cubriré á Mántua de luto.

DUQUE.

Bárbaro conde, ¿qué disculpa tienes,
que á descargarte de este insulto baste?
¿Armado á celebrar tus bodas vienes?
Culpado estás, pues contra mí te armaste;
que pues defensa á tu traicion previenes,
la enemistad y bandos que heredaste
intentas proseguir, porque no ignoras
que en fiestas, armas siempre son traidoras.
Lo que con tantas guerras no has podido,
¿intentas con traiciones? ¡Y blasonas
de ilustre, de cortés, y bien nacido!
A tus armas añade esas coronas.
Con el Papa y con Dios tengo cumplido;
como contrario tú, traidor, pregonas
la guerra en que ha de ser mortal retrato
de Roma por Neron, tu Monferrato.
Viven los cielos, y mi injuria vive,
que no ha de quedar piedra sobre piedra
en ella, si obediente te recibe,
y amparando traidores, crece y medra.
Habitarála, cuando la derribe,
en vez de gente, solitaria yedra,
que siempre verde, en fé de tu castigo,
de mi injusta venganza sea testigo.
Vete á tu padré, como tú engañoso,
y podrásle decir, cuando le avises
de tu intento burlado y cauteloso,
que deje engaños para el griego Ulises,
y que si sale al campo belicoso,
la yerba teñiré, que huyendo pises,
con mas copia de sangre que dió Italia
á los trágicos campos de Farsalia.

ENRIQUE.

A no saber que con tan vil engaño,
de darme á tu Clemencia arrepentido,
tus embustes reduces en mi daño,
con aquesas mentiras prevenido,

fácil pudiera darte el desengaño,
y de mi amor honesto persuadido,
mostrar quien causa aquese trato doble,
quien su sangre envilece, y quien es noble;
mas el amor con que es razon estime
á madama Clemencia, cuya mano
pensé gozar, mi cólera reprime;
que siempre amor es cuerdo y cortesano.
Injurie mi valor, quejas intime
de que inocente estoy, llámeme en vano
cosario de su honor; que en su decoro
no podré decir mas de que la adoro,
y que pues niegas, duque, al juramento
la obligacion y paces, ya quebradas,
no descortés, pero injuriado, intento
hacer que á mi valor te persüadas.
Los tafetanes lisonjeando al viento,
brillando al sol las hojas aceradas,
dando voces las cajas, mi justicia
publicarán, mi amor y tu malicia.
(Vase con su acompañamiento.)

ESCENA IV.

EL DUQUE. CLEMENCIA. CLAVELA. ROSELA. CRISELIO. CÉSARO. RAMON. GRIMALDO. OCTAVIA. *Acompañamiento del duque.*

DUQUE.
¿Adónde está el labrador,
de nuestra honra defensa?

CLEMENCIA.
Ese nombre le hace ofensa;
que es caballero, señor.
El dueño de aquesta quinta,
noble, aunque pobre, es su padre,
y su generosa madre
Octavia, que en Oton pinta,
como en imagen, el ser
de su heredada nobleza.

GRIMALDO.

Dénos los pies vuestra alteza.

DUQUE.

¡Oh Grimaldo! el conocer
quien érades me impidió
del conde el villano agravio.
Ya sé que sois noble y sabio;
pero ¿qué cosa os movió
á vestir en tosco trage
á Oton, si es vuestro heredero?

GRIMALDO.

Tiene el ingenio grosero,
siendo ilustre su linage.
Quisiera que se aplicara
á las letras, y valiera
por ellas; mas de manera
la fortuna le fue avara,
que en un año no ha podido
sus principios alcanzar;
y quísele castigar,
de su ignorancia ofendido,
con tenerle retirado
aquí, donde oculto asista,
y el trage grosero vista,
con su ingenio conformado;
que quien no sabe ser hombre,
no es bien que con hombres viva.

DUQUE.

No en solo la ciencia estriba,
Grimaldo, el glorioso nombre
que ilustra un hidalgo pecho;
que si todos sabios fueran,
poco las armas valieran,
que tantos reyes han hecho.
Providencia es celestial
que conserva el universo,
el dar natural diverso,
y distinto á cada cual.
Por eso son las estrellas
tantas, porque á los mortales
den distintos naturales,
girando en los climas de ellas;

y pues no está en la eleccion
del hombre la facultad
que pretende, á Oton dejad
que siga su inclinacion.
¿Dónde está?

GRIMALDO.

Téngole preso
por lo que, si yo no fuera
crüel, premio mereciera.

DUQUE.

Imprudente andais en eso.
Id por él; que he de premialle,
pues, en fin, le soy deudor,
cuando menos, del honor.
(Vase Grimaldo.)

ESCENA V.

EL DUQUE. CLEMENCIA. CLAVELA. ROSELA. CRISELIO. CÉSARO. RAMON. OCTAVIA. *Acompañamiento.*

CÉSARO.

(Hablando aparte con Rosela.)
Ya yo comienzo á envidialle.

ROSELA.

Y yo, hermano, á arrepentirme
de haberle menospreciado.

CRISELIO, *aparte.*

Los sucesos que he escuchado,
han venido á persuadirme
que el engaño que fingí
con Clemencía, fue verdad.
¿Si en fé de la enemistad
del conde, mientras salí
por mi gente, al bosque entró
el conde, y robó á madama?
Pero pues ella le infama,
y Oton ayuda le dió,
¿qué hay que dudar? Suerte mia,
mi dicha profetizastes:

ayer mintiendo acertastes.
Sosegad, sospecha fria;
que pues ya se desbarata
la amistad, y el casamiento
del conde, á mi honesto intento
no será Clemencia ingrata.

CLEMENCIA, *aparte.*

Lo que Enrique intentó hacer,
dije anticipadamente.
Industria ha sido prudente.
Aborrezco, y soy muger:
destrúyase Lombardía,
y no destruya mi honor
quien se casa sin amor.

OCTAVIA, *aparte.*

Será Oton desde este dia,
aunque incapaz de saber,
por modo estraño dichoso;
que para ser venturoso,
poca ciencia es menester.

ESCENA VI.

GRIMALDO. OTON.— DICHOS.

GRIMALDO.

Este es, gran señor, mi hijo.

DUQUE.

Oton, mucho os soy á cargo.
De vuestro aumento me encargo:
por capitan os elijo
de esta guerra; que mi honor
por vos tan bien defendido,
contra el conde fementido,
espera en vuestro valor.
Pues si solo y desarmado,
le haceis huir y temer,
mejor le sabreis vencer,
de mi gente acompañado.

OTON.

Aunque no tengo esperiencia

en el marcial ejercicio,
el ser en vuestro servicio,
y de madama Clemencia,
suplirá cualquier defeto
que haya, gran señor, en mí.
Pero yo ¿cuándo vencí
al conde?

DUQUE.

Querreis discreto
disimular el afrenta
de quien vencido se vé
por vos. Todo el caso sé,
y el premio queda á mi cuenta.

CLEMENCIA.

Lo que en mi ayuda habeis hecho,
no es encubrillo razon.

(*Aparte á él.*)

El disimularlo, Oton,
os ha de ser de provecho.
Yo vuestra dicha procuro:
daos por entendido ya.

DUQUE.

La guerra otra vez está
declarada, y yo seguro,
pues vais de mi parte vos,
y el conde es vuestro vencido.

OTON, *aparte.*

¡Qué es esto, cielos!

DUQUE.

Cumplido
tengo con el papa, y Dios.
Pues Enrique desbarata
las paces que con él quiero,
y haciéndole mi heredero,
afrentar mi sangre trata,
nadie culpe mi venganza,
si castigo á un desleal.
Otra vez sois general,
Criselio.

CRISELIO.

La confianza,
gran señor, que de mí haceis,

castigará al conde ingrato,
destruyendo á Monferrato.

DUQUE.

Con vos quiero que lleveis
primo, por acompañado,
á Césaro, que es espejo
de Italia; y con el consejo
de tan famoso letrado,
harán junta, su prudencia
y vuestro esfuerzo, estremada,
en vos, primo con la espada,
y en Césaro con la ciencia.

CÉSARO.

Yo procuraré, señor,
sacándote verdadero,
trocar libros por acero,
reconociendo el favor
de que la lealtad escojas
que en mi amor tus ojos ven.

DUQUE.

Libro es la guerra tambien;
las espadas son sus hojas.
Pues sois en las unas sabio,
sed en las otras valiente;
tinta es la sangre caliente;
con ella escribid mi agravio.
Y pues por mí sentenciastes,
y mi justicia entendeis,
id, y mostrad que sabeis
defender lo que estudiastes;
que si volveis con vitoria,
por letrado y capitan,
Marte y Minerva os darán
laurel de eterna memoria.

CÉSARO.

Beso tus pies.

DUQUE.

Vuestra hermana
queda á cargo de Clemencia.
Si del conde de Placencia
la soberbia humillais vana,
un título la dará

mano de esposo.

ROSELA.

En la vuestra,
gran señor, mi dicha muestra
que toda mi dicha está.

DUQUE.

A Oton, Criselio, os encargo.
Ya sabeis lo que le debo.

CRISELIO.

Seguro voy, pues le llevo
en mi ayuda, y con tal cargo.

DUQUE.

Grimaldo, el término es mio
de toda aquesta comarca:
cuanto en dos leguas abarca
esta sierra, valle y rio,
os doy, para que junteis
á vuestra quinta esta hacienda.

GRIMALDO.

Jamás tus canas ofenda
el tiempo.

DUQUE.

Esto le debeis
á Oton, y mas lo que intento
hacer por su intercesion
con vosotros.

CÉSARO, *aparte.*

A este Oton
temo ya.

ROSELA, *aparte.*

Que medre siento.

DUQUE.

Vamos á Mántua, de donde
salgais armados los tres,
para postrar á mis pies
la ingrata cerviz del conde.

CLEMENCIA.

Yo quedo alegre y vengada.

CLAVELA, *aparte.*

Yo celosa, y no segura.

OCTAVIA.

Hijo, sigue la ventura

que Dios te tiene guardada.
(*Vanse todos, menos Oton. Sale Gilote.*)

ESCENA VII.

GILOTE.—OTON.

GILOTE.

Diz que vais por capitan
del duco, Oton.

OTON.

¡O Gilote!
Es verdad.

GILOTE.

Si mi capote
(el que os dí cuando gañan,
de escolar, os hizo ser
vueso padre) no hace al caso,
pues que vistiéndoos de raso,
ya no le habreis menester,
volvédmele; que no me hallo,
si he de hablar verdad, sin él.
Tres varas tien de buriel;
abrígame, y he de honrallo
con mi buena compañia.
Ó si no, pagadmelé.

OTON.

Vente conmigo, y te haré
hombre.

GILOTE.

¡Bueno eso sería!
¡Hombre! ¿Pues soy yo muger?

OTON.

No es hombre quien de su tierra
no sale. Prueba en la guerra
tu esfuerzo.

GILOTE.

¿Y qué me heis de her?

OTON.

Irás conmigo, y si fueres

valiente, cabo serás
de escuadra.

GILOTE.

¿Cabo, y no mas?

OTON.

Conforme lo que valieres,
hasta alcanzar la gineta,
te ayudaré.

GILOTE.

El cargo alabo.
Llevadme por vueso cabo;
seré cabo de agujeta.
¿Y qué hemos de her allá?

OTON.

Matar á los enemigos.

GILOTE.

Y si hay proceso y testigos,
el alcalde ¿me ahorcará?

OTON.

Anda, necio.

GILOTE.

Vó á mudar
el trage. Par dios, que es vicio
ser médico en el oficio.
Oton, vamos á matar. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

GRIMALDO. OCTAVIA.—OTON.

GRIMALDO.

Agora tengo de ver
para lo que eres, Oton:
las armas ventura son,
si méritos el saber.
Pues para aquestas no has sido,
en las otras te aventaja:
gente humilde, pobre y baja
por las armas ha subido
hasta la suprema altura,

que en el imperio se encierra;
verás, siguiendo la guerra,
que todo en ella es ventura.
La ventura, de una escala
cuelga sin riesgo la vida;
tal vez viniendo perdida,
pasará por tí una bala,
matándote al compañero,
y dejándote seguro;
caerá al foso desde el muro
todo un escuadron entero,
y la ventura podrá,
á pesar del enemigo,
conservarte por testigo
de la dicha que te dá.
¿Quién á una posta perdida,
blanco de tanto cañon,
sino la ventura, Oton,
hace que vuelva con vida?
Al que sin dicha se emplea,
ni el coselete grabado,
ni el puesto mas retirado,
ni la militar trinchea
darán defensa segura,
si una bala se abalanza,
que á todas partes alcanza,
sino es solo á la ventura:
pues esta te favorece,
usa de ella con valor.
El duque te hace favor:
en palacio solo crece
(del modo que en la milicia)
la ventura; en él verás
quedarse el mérito atras,
y arrinconar la justicia.
Solo medra el venturoso.
No por esto te aconsejo
que del valor, que es espejo
para el noble y valeroso,
apartes tu juventud;
que si en él la dicha manda,
mucho mas puede cuando anda

al lado de la virtud.
Dios una y otra te dé,
para que no degeneres,
en la ocasion, de quien eres.

OCTAVIA.

Hijo, llega y te daré
los brazos.

OTON.

A Dios, señora.
Padre, á Dios. Vuestros consejos
serán desde hoy mis espejos,
en que me mire cada hora.

ESCENA IX.

GILOTE, *de soldado gracioso.*—DICHOS.

GILOTE.

¿Vengo bueno?

GRIMALDO.

¿Va Gilote
contigo?

OTON.

Quiérole bien....

GILOTE.

Vó con Oton, que no tien
con que pagarme el capote.
Soldado soy ya de casta:
encomiéndoos mi cortijo.

OCTAVIA.

Ventura te dé Dios, hijo;
que el saber poco, te basta. (*Vanse.*)

Campo.—Va anocheciendo.

ESCENA X.

CRISELIO. CÉSARO. SOLDADOS.

CRISELIO.

Decidme otra vez la traza
de ese estratagema nuevo;
que aunque mi eleccion le abraza,
es estraño, y no me atrevo
á ejecutalle.

CÉSARO.

Esta plaza,
con las paces descuidada,
mientras que la guerra ignora,
segunda vez publicada,
no se ha de guardar agora
con la prevencion pasada.
Lo mas de la guerra estriba
en ardides y invenciones;
que aunque el esfuerzo derriba
murallas y torreones,
la industria el valor aviva.
Por eso es tan estimada
la soldadesca de Flandes,
porque en su region helada
consigue victorias grandes
el ingenio, y no la espada.
Allí sus gentes inquietas,
con ardides, cada vez,
ganan victorias discretas,
y como en el ajedrez,
se suelen vencer á tretas.
Como vuestra valentia
á mi ingenio se sujete,
fácil, Criselio, seria

la vitoria que os promete
la traza y industria mia.

CRISELIO.

Guiarme el duque ha mandado
por vos en esta ocasion,
y yo estoy determinado
á ver si las letras son
hazañas en el soldado.
Decid lo que hemos de hacer.

CÉSARO.

Que se embosque nuestra gente,
Criselio, al anochecer
en ese pinar, que enfrente
de Monferrato, ha de ser
su perdicion. Cortarán
de leña seis ú ocho carros,
que á la ciudad llevarán
cuatro soldados bizarros,
á sombra de un capitan;
y en villanos transformados,
dándoles franca la puerta,
de este engaño descuidados,
pondrán, en viéndola abierta,
dos de ellos atravesados,
y harán luego una señal,
á la cual acudiremos
con dicha y esfuerzo igual,
y sin sangre ganaremos
la fuerza mas principal;
con que llevando en prision
al marques y al conde, puede
mostrar, ganando opinion,
que á las fuerzas siempre escede
el ingenio y la ocasion.

CRISELIO.

Alto: yo os he de seguir,
como el duque me ha ordenado.
Si no hay mas que prevenir,
ya el sol su curso ha acabado:
al bosque podemos ir.
Veamos si vuestra ciencia
tiene en las armas valor.

CÉSARO.

Mostrarálo la esperiencia.

CRISELIO, *aparte.*

Dadme preso al conde, amor,
y gozareis á Clemencia. (*Vanse.*)

ESCENA XI.

ENRIQUE. SOLDADOS.

Llegar Tántalo al árbol avariento,
y huir la fruta, cuando el labio toca;
el líquido cristal besar la boca,
y burlalle, dejándole sediento;
A la mesa asentarse el rey hambriento,
y cuando apenas el manjar provoca
al apetito, ver que el harpía loca
alza los platos y convida al viento;
Lo mismo por mí pasa. No sintiera
Tántalo el hambre tanto, á no incitalle
del árbol la presencia apetecible.
Ví á Clemencia, y perdíla. ¡Ay suerte fiera!
que ver tan cerca el bien y no gozalle,
es hacer el tormento mas terrible.

ESCENA XII.

ALBERTO.—ENRIQUE. SOLDADOS.

ALBERTO.

Buena ocasion en las manos
te ha ofrecido la ventura:
hoy te dá la noche escura
á tus contrarios tiranos.
En ese pinar están
emboscados, y seguros
que de tu ciudad los muros
esta noche asaltarán.

Con ellos fuí por espía:
una salida no mas
tienen; vencerlos podrás,
antes que al sol mire el dia.
Pega fuego al monte espeso,
y entre tanto que le abraso,
tus soldados pon al paso,
que aseguren el suceso.
Saldrán sus ardides vanos,
y del fuego vengador
huyendo, el mismo temor
hoy te los pondrá en las manos.

ENRIQUE.

¡Válgame el cielo! Eso ¿es cierto?

ALBERTO.

Tu vitoria sea testigo
de que la verdad te digo.

ENRIQUE.

Si salgo con ella, Alberto,
una gineta te aguarda.
Abrásese el bosque luego.
Un amante todo es fuego;
no es mucho que el monte se arda
á imitacion de mi pecho.
¡Oh! ¡quién pudiera abrasar
tu ciudad, duque, y vengar
los agravios que me has hecho! (*Vanse.*)

ESCENA XIII.

—

OTON, *de capitan.* GILOTE.

OTON.

Pesárame haber llegado
tarde.

GILOTE.

¡Buena flema tienes!
¿A qué fiesta ó boda vienes?
¿Qué mesa te ha convidado?

OTON.

¿Hay mesa de mas valor
que la que la fama envia?

GILOTE.

La mesa de una hostería
es mas barata y mejor.
Allí á pasto bebo y como;
que aquí en esta mortal venta,
dan pólvora por pimienta,
y albondiguillas de plomo.
¡Miren qué conejo ó polla!
¡Fuego de Dios en cocina,
donde es una culebrina
la mas sazonada olla;
alemaniscos manteles,
los lienzos de una muralla,
que intentan desmantelalla
pages de tiros crueles;
sangre, el vino que promete
á quien su brindis admite,
y el postre de su convite
confitura de un mosquete!
¡Qué pecados te han traido
á la muerte convidado?
De tu madre regalado,
en tu quinta entretenido,
levantándote á las once,
y aguardándote al hogar
el lomo para almorzar,
(no en asadores de bronce,
como los que usa la guerra)
la torreznada con huevos,
y los pichones, que nuevos
apenas pisan la tierra;
criado entre miel y natas,
sin haber visto desnuda
una espada, ¿quién te muda,
que ansi malograrte tratas?

OTON.

El esfuerzo suplirá
lo que falta á la esperiencia:
pues no soy para la ciencia,

la guerra me ensalzará.

GILOTE.

¿Qué guerra, pese á mi suegra,
si en la aldea los disantos (1)
nunca esgremiste entre tantos,
una vez la espada negra?
No lo echemos á perder.
Demos vuelta á casa, Oton.

OTON.

Calla, necio.

ESCENA XIV.

—

ENRIQUE *y* ALBERTO, *con las espadas desnudas.*— OTON. GILOTE.

ENRIQUE.

(*Sin ver á Oton y Gilote.*)
La razon
de mi amor vino á vencer.
Lo que el fuego perdonó,
ha consumido la espada.

ALBERTO.

Vitoria ha sido estremada.

ENRIQUE.

Criselio ¿está preso?

ALBERTO.

No.

ENRIQUE.

Dejaríase abrasar,
por no verse en mi poder.

OTON, *bajo.*

¿Cómo es esto?

GILOTE.

(*Hablan aparte él y Oton.*)
Esto es temer,
y eso debe ser temblar.
(*Desvíanse á un lado.*)

---

(1) Dia santo, dia de fiesta.

OTON.

Retírate aquí; sabremos
quien son estos, y qué ha sido
de Criselio.

ALBERTO.

(*A Enrique.*)
Yo he venido
á darte cuenta.

OTON.

Escuchemos.

ENRIQUE.

Deja que el campo despoje
lo que el fuego no ha deshecho,
pues es debido derecho
de la guerra; y mientras coge
el premio de su vitoria
mi gente, repara, Alberto,
en que Clemencia me ha muerto,
porque viva su memoria.
Con esta postrera injuria
cerrado habrá la venganza
las puertas á la esperanza;
ya no habrá aplacar la furia
del duque, que por no darme
el galardon prometido,
si en las paces fementido,
traiciones vino á imputarme,
con agravios verdaderos,
¿quién vencerá su rigor?
¡Ay desatinado amor!
imposible es socorreros.

OTON.

(*Hablando aparte con Gilote.*)
Oye: el conde de Placencia
es este, y he colegido
que Criselio está vencido,
y él adorando á Clemencia.
Vive Dios, que he de probar
donde llega mi ventura.

GILOTE.

¿Qué intentas?

OTON.

La noche escura
preso al conde me ha de dar.

GILOTE.

¿Estás loco?

OTON.

Solos dos
son cual nosotros.—¿Qué espero?

GILOTE.

Yo, Oton, no soy mas que cero,
que nada valgo. ¡Por Dios,
que no des triste viudez
á mi Torilda!

OTON.

Importuno,
si eres cero y yo soy uno,
contigo valgo por diez.
(*Adelántase hácia Enrique.*)
Enrique, daos á prision.

ENRIQUE.

¿Qué escucho?

GILOTE, *aparte.*

¡Ay Torilda mia!
No hay Gil desde aqueste dia:
tocas de viuda te pon.

ENRIQUE.

¿Quién eres tú, que arrogante
á tal locura te atreves?

OTON.

Despues que mi esfuerzo pruebes,
sabrás quien tienes delante.

ENRIQUE.

¿Eres Criseliò?

OTON.

No tengo
la esperiencia militar
que le ha venido á ilustrar;
pero con mas dicha vengo.
Date á prision, ó prevente,
si no temes mi valor.

ALBERTO.

(*Aparte á Enrique.*)

Dale la muerte, señor,
mientras que llamo tu gente;
que pues habla confiado,
no viene solo.

(*Vase.*)

ESCENA XV.

ENRIQUE. OTON. GILOTE.

GILOTE, *aparte.*

¡Buen modo
de huir!—Tras él me acomodo.

(*Colócase detras de Oton.*)

ENRIQUE.

Si del duque eres soldado,
déjale y mi campo sigue;
que yo capitan te haré.

OTON.

A la lealtad que heredé
no hay interes que la obligue;
que en mi vida fuí traidor.
Date.

(*Pelean, y pierde la espada Enrique.*)

ENRIQUE.

La espada he perdido,
y en un brazo me has herido:
mostrado has bien tu valor.
Esto basta: no me lleves
al duque, y pide el rescate
que gustares.

OTON.

Disparate
es que con el oro pruebes
mi lealtad. Allá has de ir preso,
ó quedar sin vida aquí.

GILOTE.

Valiente revés le dí,
cortéle el brazo hasta el hueso.

ENRIQUE.

¿Eres noble?

OTON.

Y caballero.

ENRIQUE.

¡Cielos! Despues de la gloria
de tan felice victoria
¿tal azar?—Tu prisionero
soy: haz, soldado famoso,
de mí lo que mas gustares.

OTON.

Toda es encuentros y azares
la guerra; sufre animoso.
Ata á la herida este lienzo,
y esta banda aplica al brazo;
que cortés rendirte trazo,
ya que en las armas te venzo.
En ese caballo mio
sube; que en el de este iré.

GILOTE, *aparte.*

¡Héme aquí ginete á pie!
Lleve el diablo el desafio.

ENRIQUE.

Tu noble y hidalgo trato,
aunque enemigo, me obliga
á que envidioso te siga.—
¡Que á vista de Monferrato
me haya preso un hombre solo!

OTON.

Tu gente temo que venga,
y corro, en que me detenga,
peligro, si sale Apolo.
Vamos.

ENRIQUE.

¡Ingrata Clemencia!
cuando me quite la vida
tu padre, por bien perdida
la juzgaré en tu presencia.

OTON.

Si con él soy de provecho,
no tengas de eso temor.

GILOTE.

(*A Oton.*)

¡Qué dices de mi valor?
¡Bravamente lo hemos hecho!

OTON.

¿Tú?

GILOTE.

Yo, pues.

OTON.

Detras de mí,
cobarde, ¿no te ponias?

GILOTE.

Siendo cero, ansí tenias
todo el valor que te dí;
si no, júzgalo tú mismo.
Cuando el cero vá detras,
¿no vale el número mas?

OTON.

¡Valiente eres!

GILOTE.

En guarismo.

OTON.

Gran lebron eres, Gilote.

ENRIQUE.

¡Vitorioso y prisionero!
¡Cielos!

GILOTE.

Llámame tu cero;
que á fé que ha habido cerote. (*Vanse.*)

Sala en el palacio del duque, en Mántua.

ESCENA XVI.

EL DUQUE. CLEMENCIA. CLAVELA. ROSELA.

DUQUE.

No temo infeliz suceso
de esta guerra, pues me ampara

la justicia cierta y clara
del agravio que confieso.
Buen general señalé:
vencedor Criselio ha sido
mil veces del fementido
marques, y si aseguré
su valor con la prudencia
de Césaro, cuerdo y sabio,
¿quién duda que de mi agravio,
juntando al valor su ciencia,
he de quedar satisfecho?

CLEMENCIA.

Y mas cuando te asegura,
señor, de Oton la ventura.

CLAVELA.

Ya el conde estará deshecho.

DUQUE.

Esta es la hora que vienen
triunfando á Mántua los tres,
y presos conde y marques,
por mí á Monferrato tienen.

ROSELA.

De mi hermano no hay dudar,
siendo César, que presuma
juntar la lanza á la pluma,
y vencer como estudiar.

DUQUE.

(*A Rosela.*)

Si él con la vitoria sale,
con Criselio os casaré.

CLAVELA, *aparte.*

¡Ay cielo!

DUQUE.

Y conde le haré
de Regio, para que iguale
el estado á su valor.

ROSELA.

Eres Gonzaga: no puedes
hacer menores mercedes.

CLEMENCIA, *aparte.*

Si le pierdo vencedor,
haced que vuelva vencido.

No le deis ayuda, cielos,
salilde al encuentro celos,
pues yo de seso he salido.
(*Suenan dentro cajas destempladas.*)

ESCENA XVII.

CRISELIO *y* CÉSARO, *de luto.*— EL DUQUE. CLEMENCIA. CLAVELA. ROSELA.

CRISELIO.
(*Se arrodilla.*)
Esta es la primera vez,
invicto duque de Mántua,
que vencido tus pies beso,
que Enrique pisa tus armas.
No atribuyas á descuidos,
desorden, culpables faltas,
ó impericia militar,
tu daño y nuestras desgracias,
sino á la ciega fortuna,
que en las guerras y privanzas,
por parecer mas hermosa,
quiere mostrarse mas varia.
Dísteme por compañero
á Césaro, con quien mandas
que estratagemas consulte,
pida ardides, siga trazas.
No digo yo, aunque pudiera,
la diferencia y distancia
que hay del arnés á la joya,
de la borla á la celada,
cuan mal que se compadecen
hojas de libros y espadas,
ejércitos con escuelas,
y cátedras con murallas;
pero diga la esperiencia
lo que hay de obras á palabras,
de las plumas á la pluma,
de argumentos á batallas;

que si ejemplos testifican,
el presente, duque, basta,
pues por seguir á las letras,
vuelven vencidas las armas.

CÉSARO.

No eches la culpa al ingenio,
Criselio, cuyas ventajas
á tu pesar reconocen
las fuerzas mas celebradas.
Cátedras lê la milicia,
que universidades pagan,
y á especulacion reducen
esperiencias practicadas.
Mi parecer fue ingenioso,
y si á ejecucion llegara,
Monferrato y su marques
fueran proverbio en Italia.
Di tú que no bastan ciencias,
que peine el consejo canas,
que asalte el esfuerzo muros,
que arroje el enojo balas,
si no asiste la ventura,
porque la vez que esta falta,
ni Pompeyo entre legiones,
ni Marco Antonio entre armadas,
á la fortuna del César
se opondrán, que en una barca
del miedo asegura á Amiclas,
y atrevido el mar contrasta.
Mandéte emboscar la gente,
para que al cuarto del alba,
ganando al marques las puertas,
diesen al valor entrada.
Dió la fortuna, envidiosa
de este ardid, cuenta á la fama;
contóselo al enemigo,
que el monte y la gente abrasa,
y por él peleando el fuego,
la vitoria á voces canta,
no el esfuerzo, la ventura;
no el valor, sino las llamas.
Si no fuimos venturosos,

no culpes las letras sábias,
que ponen Marte y Minerva
sobre sus cabezas....

DUQUE.

Basta.
Vencidos venís los dos.
Las letras sin manos hablan;
el valor obra sin lengua,
uno Ulises y otro Ayax;
pero los dos sin ventura,
la elocuencia y la arrogancia,
las armas junto á las letras,
decís bien, no valen nada.
Volveos, Césaro á los libros;
abogad, sentenciad causas;
que no es bien pase la pluma
de la mano á la celada:
de vuestro centro os saqué,
y fuera de él, pesa el agua.
No traen armas los juristas:
con solo un *fallamos*, matan.—
¿Qué es de Oton?

CRISELIO.

No sé si afirme
en su afrenta ó alabanza,
que el temor ó la ventura,
previnieron su tardanza.
No fué al campo.

DUQUE.

Yo lo creo;
que si en él Oton se hallara,
salieran con la vitoria
su valor y mi venganza.

CÉSARO.

¿La vitoria un ignorante,
que en su vida ciñó espada?

DUQUE.

Mejor sois para fiscal
que para soldado: basta.
(*Ruido de cajas dentro.*)

ESCENA XVIII.

OTON. ENRIQUE, *sin armas, y con banda al brazo.*—DICHOS.

OTON.

Atribuye á mi ventura,
y no al valor, que me falta,
el ofrecerte, señor,
á Enrique preso á tus plantas.
Vencedor, viene vencido.
Yo tengo pocas palabras.
Tarde al campo me enviaron
cumplimientos de mi casa;
hallé al conde, que con otro
su vitoria celebraba;
pedí ayuda á mi fortuna,
y de suerte me acompaña
que, en fin, vine, ví y vencí.
Por relacion esto basta;
y por premio de mis dichas,
que de ellas te satisfagas.
Solamente te suplico
que mires que eres Gonzaga,
y que el valor resplandezca
en tí, mas que la venganza.
En tu poder está el conde:
el que es generoso paga
agravios con beneficios;
perdónale, si te agravia.

DUQUE.

A vuestras cortas razones,
y á vuestras hazañas largas,
con largos premios prometo
juntar cortas alabanzas.
Mi honor os debo dos veces:
vencido habeis otras tantas
á Enrique, y restituido
á su ser mi antigua fama.
Pues me dais un conde preso,

bien será que conde os haga.
Conde sois de Val-hermoso.

OTON.

Esclavo tuyo me llama.

DUQUE.

Criselio, el baston os vuelvo;
y pues la dicha acompaña
á Oton, seguid su ventura;
que mientras Césaro trata
en mi tribunal de pleitos,
si al valor la dicha ensalza,
valor teneis, y Oton dicha:
restaurad vuestras desgracias.

CRISELIO.

Castigando, señor, premias:
si avergüenzan tus palabras,
tus mercedes dan valor;
justamente á Oton levantas.
Con su feliz compañia,
ni temo suerte contraria,
ni enemigo poderoso,
ni empresa con que no salga.

DUQUE.

Conde, á intercesion de Oton,
debajo vuestra palabra,
la ciudad teneis por carcel,
sin prisiones y sin guardas.

ENRIQUE.

Yo la doy, y á tu grandeza
rindo las debidas gracias,
deseoso que sin ira
de mi amor te satisfagas;
(*Aparte.* ¡Dichosa prision, si estoy
en presencia de mi dama!
Amor, mas cierto anduvieras,
si libertad la llamaras.)

CLEMENCIA.

¿No me hablais, Oton?

OTON.

Señora,
poco agradece quien habla:
la suspension siempre mira,

la obligacion siempre calla.
Por vos tengo el bien que tengo.

CLEMENCIA.

Ya sois conde.

OTON.

Ser me basta
esclavo vuestro.

CLEMENCIA.

Yo haré
que envidien vuestra privanza.

CLAVELA, *aparte.*

Pues no se casa Rosela
con mi Criselio, esperanzas,
dalde, pues vuelve vencido,
pésame no, alegres gracias.

CÉSARO.

El nuevo título goce
vueseñoría edad larga.

OTON.

¡O señor gobernador!
pésame de sus desgracias.
Si hay en que pueda servirle,
(no hacer placer, que es hidalga
siempre en mí la cortesía)
acudiré con el alma.

ROSELA.

No doy á vuestra escelencia
el parabien, de turbada,
con el encarecimiento
que debe quien tanto le ama.

OTON.

¡O hermosa Rosela! Ya
llegó la hora deseada
de que esté en vuestro servicio,
y á Oton honre vuestra casa,
pues sirviéndoos de la mia,
mientras que condesa os llama
un título, vuestro esposo,
y el duque con él os casa,
por dichoso me tendré,
no en que si se ofrece, os haga
cualquiera comodidad,

(que fuera poca crianza)
sino en que como señora,
me mandeis.

ROSELA, *aparte.*

Dióme en el alma.

CÉSARO, *aparte.*

¡Que se antepongan mis letras
de este modo á la ignorancia
de hombre que sabe tan poco!

ROSELA, *aparte.*

La envidia el pecho me abrasa.

CÉSARO, *aparte.*

A quien sobra la ventura,
el saber poco, le basta.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

CLEMENCIA. CLAVELA.

CLEMENCIA.
¿De mí, en fin, estás quejosa?
CLAVELA.
Mi amor te lo certifica.
La voluntad te halla hermosa,
el interés te vé rica,
el parentesco amorosa,
discreta el entendimiento,
tierna la conversacion;
y ansí de Criselio siento,
si tantos tus dotes son,
que intenta tu casamiento.
En la guerra te ha obligado,
en la paz te ha pretendido;
vitorioso, si soldado,
y si galan, preferido:
luego es cierto mi cuidado.
CLEMENCIA.
Otro, Clavela, es el mio,
del tuyo tan diferente,
que le juzgo á desvarío:
nunca de amor que es pariente,
lograr esperanzas fio.
¡Ay prima mia! y ¡qué estrañas
somos las mugeres!
CLAVELA.
¿Pues?
CLEMENCIA.
Porque sepas si te engañas....

¿Ves mi libre desden? ¿ves
mis rigurosas entrañas?
¿lo que al conde de Placencia
aborrecí poderoso?
¿lo que temí su presencia,
pues por no verle mi esposo,
ni mi gusto en contingencia,
el robo y fuerza fingí,
que no llegó á ejecucion,
y con mi padre mentí
vanas hazañas de Oton?

CLAVELA.

Ya, prima, supe de tí
el aviso que tuviste
del conde, tu amor ingrato;
que su venida supiste,
y que de su torpe trato
al bosque turbada huiste;
el buen proceder de Oton;
el por qué te disfrazaste,
y por anticipacion,
que al conde Enrique imputaste
la no gozada traicion.
¿Hay mas que añadir á eso?

CLEMENCIA.

A Enrique desheredado,
á Enrique sin padre, y preso,
sin amigos, sin estado,
y estoy por decir sin seso;
á Enrique que aborrecí,
porque lo que soy publiques,
á Enrique, ya pobre....

CLAVELA.

Sí.

CLEMENCIA.

Pues á Enrique....

CLAVELA.

¿Hay mas Enriques?

CLEMENCIA.

Prima, quiero mas que á mí.

CLAVELA.

¿A quien tu afrenta intentó?

CLEMENCIA.

No sé que eso verdad sea;
sé que quien me lo contó
me amaba, y que amor se emplea
en engaños.

CLAVELA.

Bien sé yo
de las muestras de aficion,
con que mas Enrique siente
tu desden que su prision,
que cualquier fama desmiente
que desdore su opinion;
pero hale el duque quitado
el estado que tenia;
murió su padre cercado,
sin que un pueblo en Lombardía
de tantos le hayan quedado;
si rico fue aborrecido,
no sé como pueda ser,
cuando tan pobre, querido.

CLEMENCIA.

Hazañas son del poder,
á Dios siempre parecido.
Añadir al oro, prima,
esmaltes, cuando por sí
el mundo tanto le estima,
no es mucho, ni que á un rubí,
ó un diamante que sublima
hasta el sol su resplandor,
guarnezca el oro opulento,
y realce su labor;
pues halla, en fin, fundamento
el trabajo en su valor.
Mas de una materia baja
hacer una pieza noble,
un escritorio, una caja,
una imagen, que de un roble,
al oro puro aventaja,
esa es magestad guardada
á Dios solo y al poder,
que con grandeza elevada
se autorizan con dar ser

y valor á lo que es nada.
Esto mismo hacer procura
mi amor, pues porque á luz salga
su poder y mi hermosura,
busca un marido que valga,
prima, no mas que la hechura.

CLAVELA.

Mis celos has satisfecho,
pues esa hechura saldrá
á tu gusto, y mi provecho.

CLEMENCIA.

Mi hechura solo valdrá
si hago al conde, ya deshecho.

CLAVELA.

Rosela sale.

CLEMENCIA.

Pues anda,
y no temas que por mí
pierda tu amor su demanda;
que á mi Enrique el alma dí,
si bronce, ya cera blanda.

(*Vase Clavela.*)

ESCENA II.

—

ROSELA.—CLEMENCIA.

ROSELA.

En busca de vuestra alteza
me trae, señora, un cuidado,
que ocasiona mi tristeza.

CLEMENCIA.

Como sea enamorado,
á comunicarle empieza;
que los de una facultad
alivian su mal mejor.

ROSELA.

Es, gran señora, verdad.
Mas ¿paga tributo á amor
vuestra alteza?

CLEMENCIA.

Voluntad
tengo á quien aborrecia:
decirme la tuya puedes,
mientras yo callo la mia.

ROSELA.

Segura con las mercedes
que me has hecho desde el dia
que entré en palacio, quisiera,
si de mí te satisfaces....

CLEMENCIA.

¿Querrásme hacer tu tercera?

ROSELA.

Que fueses en unas paces,
gran señora, medianera.

CLEMENCIA.

¿Con quien los enojos son?

ROSELA.

Dias há que he sido amada
con recíproca aficion,
aunque agora mal pagada,
de Oton.

CLEMENCIA.

¿Luego sabe Oton
querer?

ROSELA.

Ninguno lo ignora,
ni él tan venturoso fuera
si no amara, gran señora.

CLEMENCIA.

Bien dices: la planta y fiera,
por dar fruto, se enamora.

ROSELA.

Cuando alcancé tu privanza,
le traté con menosprecio,
y, con ingrata mudanza,
le llamé ignorante y necio;
porque llegó mi esperanza
á prometerse por sí
dar la mano á un potentado;
que aunque plebeya nací,
como mi hermano ha llegado

á tanta dicha, creí
subir donde mi ambicion
pretendió desvanecida.
Sintió mi desden Oton,
y despreciado, me olvida.

CLEMENCIA.

Agravios y celos son
espuelas con que amor vuela,
aunque un desprecio es bastante
á apagar llamas, Rosela.

ROSELA.

De un hombre tan ignorante,
que aun no le admite la escuela,
¿quién pensara tal ventura?

CLEMENCIA.

¿Muger eres de penséque?
Desdicho has de tu cordura.
Ahora, yo haré que se trueque
el aspereza en blandura
de Oton; que si te ha querido,
y otra vez el fuego atizas,
que amortiguaste ofendido,
mientras duran las cenizas,
no ha muerto al fuego el olvido.
Yo despertaré sus llamas.

ROSELA.

Él viene, porque procures
mi paz.

CLEMENCIA.

Si cuerda te llamas,
ni en penséques te asegures,
ni desprecies á quien amas.
(*Vase Rosela.*)

ESCENA III.

—

OTON.—CLEMENCIA.

OTON.

Aguardando el duque queda
á vuestra alteza.

CLEMENCIA.

Y yo á vos.

OTON.

¿Qué hay en que serviros pueda?

CLEMENCIA.

Conde, ¿no muestra ser Dios
amor con vos, que se hospeda
en el mas rústico pecho,
como en el alma mas rica?

OTON.

No soy para él de provecho:
mas á la guerra se aplica
mi inclinacion.

CLEMENCIA.

Ya habeis hecho
en ella alarde capaz
del valor que en vos se encierra;
pero ya que es todo paz
y se ha acabado la guerra,
cuando reina amor rapaz,
¿en qué soleis ocupar
el tiempo?

OTON.

Pues el mas largo,
¿no es corto para pensar
lo mucho que os soy á cargo,
y no he de poder pagar?

CLEMENCIA.

Vos ¿qué me debeis á mí?

OTON.

Todo el ser que me ha ilustrado:
la privanza á que subí;
el haberme acreditado,
fingiendo que yo vencí
al conde Enrique; el sacarme
de una granja al cargo honroso
con que he venido á ilustrarme;
y el haberme hecho dichoso,
que es lo mas que podeis darme.

CLEMENCIA.

La dicha que es con esceso,
es deuda al cielo debida;

yo no tengo parte en eso.
Fingí de Enrique la huida;
mas trayéndole vos preso,
bien habeis beneficiado
lo que dije en profecía:
el título que os ha dado
mi padre á intercesion mia,
vuestro esfuerzo le ha ganado.
Antes os soy tan deudora,
que si es la paga mejor
la que el amor atesora,
os he de hacer acreedor
de un alma, Oton, que os adora.

OTON.

¿A mí, señora?

CLEMENCIA.

Y tan bella
como la imaginacion,
transformada, Oton, en ella,
os dió en alguna ocasion
ánimo para querella.

OTON.

Si no es que de mí os burlais,
no sé, señora, á qué fin
mi libertad incitais.
No os entiendo.

CLEMENCIA.

A hablar latin,
no es mucho no me entendais.

OTON.

Yo en mi vida tuve dama.

CLEMENCIA.

Pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
teneis. De aquestas razones
sacad quien es la que os ama.

OTON.

¿Yo obligaciones de amor?

ESCENA IV.

UN PAGE.—CLEMENCIA. OTON.

PAGE.

El duque á llamar envia
á vuestra alteza.

OTON, *aparte.*

Temor,
refrenad á la osadía.

CLEMENCIA.

(*Aparte á Oton.*)
Para sabello mejor,
id esta noche al terrero;
que hablando, conde, conmigo,
con ella hablareis.

(*Vanse Clemencia y el page.*)

ESCENA V.

OTON.

¿Qué espero?
Imaginacion, si os sigo,
imitar Faetones quiero.
¡Válgame Dios! ¿Si madama,
para ensalzar mi ventura
de todo punto, me ama?
Mas ¿qué bárbara locura,
necio pensamiento, os llama?
¿Yo de Clemencia? ¿yo amado
de quien el sol puede ser,
no original, su traslado?
Mas ¿no es Clemencia muger?
¿Qué imposibles no ha allanado
del amor el real decoro?
Dicha, de mi parte os hallo:
hombre soy; no la enamoro

como á la asiria el caballo,
ó como á Pasife el toro.
Refrenaos, lengua habladora,
y no ofendais tal valor.
Pero ¿no me dijo agora:
"os he de hacer acreedor
de un alma, Oton, que os adora?"
¿Mas por fuerza ha de ser ella?
Sí; que "mi imaginacion
transformada (dijo) en ella,
me dió tal vez ocasion,
y ánimo para querella."
Si el ánimo es menester,
cierta es la dificultad.
Ánimo para querer,
si no es para su beldad,
¿para qué otra puede ser?
Pero, imaginacion necia,
¿quién vuestra virtud contrasta?
Clemencia á Enrique desprecia,
y con ella, no fue casta
Penélope ni Lucrecia.
Mas si me dijo madama:
"pues hartas obligaciones
á la que su dueño os llama
teneis; de aquestas razones
sacad quién es la que os ama,"
¿yo á quien tengo obligaciones,
si no es solo á su hermosura?
¿Quién ha sido la ocasion
de mi envidiada ventura,
sino es solo su aficion?
Pues si de aquí sacar quiero
mi dama, que es ella digo.
"Id esta noche al terrero;
que hablando, conde, conmigo,
con ella hablareis?" Grosero
soy, pues en esto reparo.
Si ha de hablar mi dama en ella,
¿qué dudais, ingenio avaro?
"Conmigo, hablareis con ella."
¿Pudo decillo mas claro?

Ea, confusion oscura,
pues ánimo es menester,
el ánimo me asegura,
el ser Clemencia muger,
y lo que es mas, mi ventura. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CLEMENCIA. EL DUQUE.

DUQUE.

Yo, Clemencia, haré por tí
lo que me pides.

CLEMENCIA.

A Oton
casarle será razon:
palabra á Rosela dí
de suplicarte por ella.

DUQUE.

Bien con Oton casará,
y él en Rosela tendrá
esposa discreta y bella.
Dotaréla de mi mano,
porque tú la quieres bien,
y porque debo tambien
mucho á Césaro, su hermano.
Mas tú, que por todos ruegas,
y casar quieres á Oton,
¿por qué á tu edad en sazon
tan honestos lazos niegas?
Ya es bien que de este cuidado
me libres, y pues soy viejo,
obediente á mi consejo,
des sucesion á mi estado.
Monferrato es tuyo ya;
á Mántua, Clemencia, heredas;
la mas poderosa quedas
de Lombardía, y podrá
cualquier rey, si el interes
ve de tu dote y belleza,

dar corona á tu cabeza,
porque la mano le des.

CLEMENCIA.

Eso queda á cargo tuyo;
que en mí no fuera razon
esceder de tu eleccion.

DUQUE.

Pues si eso es así, concluyo
con que ya tengo escogido,
mi Clemencia, un noble esposo,
no de suerte poderoso,
que al título de marido,
siendo rey, soberbio añada
el título de señor,
sino á quien siendo menor
que tú, la vida privada
y estado por tí mejore,
á tu gusto se sujete,
por señora te respete,
y por esposa te adore.

CLEMENCIA, *aparte.*

Si no es este Enrique, el conde,
cielos, decid, ¿ quién será ?
Pobre y sin estado está,
y con mi amor corresponde.
Pedidme albricias si es él,
amor.

DUQUE.

Vergonzosa y muda,
mezcla el temor y la duda
en tí el jazmin y el clavel.
Razon será despenarte.
Tu esposo ha de ser, Clemencia,
Criselio.

CLEMENCIA.

¿Quién?

DUQUE.

Su presencia
es digna de enamorarte.
Primo es mio, y su valor,
igual á sus prendas claras,
tanto que si tú faltaras,

le hiciera mi sucesor.

CLEMENCIA.

Antes por ser tan cercano,
ni le admito ni apetezco;
que bodas con parentesco
no se logran.

DUQUE.

Ya es en vano
resistir mi voluntad;
que en fé de ser gusto mio,
para que dispense, envio
mañana á su santidad
á Césaro.

CLEMENCIA, *aparte.*

Amor, ya os lloro
malogrado.

DUQUE.

Este es mi intento.
Sobre sangre, casamiento,
dicen que es sobre azul, oro.

CLEMENCIA, *aparte.*

Ó será mi esposo Enrique,
ó la muerte me daré.
Un papel le escribiré;
mi amor sus penas publique.

DUQUE.

Cuerda y obediente eres.
Míralo, y vuelve despues.

CLEMENCIA.

Como ese hombre no me des,
cásame con quien quisieres. (*Vase.*)

ESCENA VII.

EL DUQUE.

Ejecutaré mi gusto,
ó probarás mi rigor.—
Mas no sufrirá mi amor
que la case á mi disgusto.

¡Qué grande felicidad
fuera, si un padre engendrara,
como en el talle y la cara,
en el alma y voluntad
su semejanza; mas Dios
cria el alma, y la dá el ser;
y así es milagro el hacer
una voluntad de dos.

ESCENA VIII.

CÉSARO.—EL DUQUE.

CÉSARO.
De prevenir la partida
que he de hacer á Roma, vengo.
DUQUE.
Mientras que yo no prevengo
á Clemencia, persuadida
á no hacer mi voluntad,
¿qué importan tus prevenciones?
A ruegos y persuasiones
responde con libertad
que hasta el nombre le es odioso
de Criselio, y porque vea
si hacer mi gusto desea,
le dé cualquiera otro esposo,
fuera de él.
CÉSARO, *aparte.*
¡Buena ocasion
la envidia darme procura,
para atajar la ventura
con que me atormenta Oton!
DUQUE.
Es mi única heredera,
ámola escesivamente,
y aunque pudiera imprudente
forzalla á que el sí le diera,
mucho mas debo á mi hija
que á Criselio; y entregalla

á quien aborrece, es dalla,
no esposo, muerte prolija.
Pues mi palabra empeñada,
y dejar mi sucesion,
á falta de hijo varon,
por muger continuada,
llévolo, Césaro, mal.
Criselio, en fin, es mi primo;
por valeroso le estimo,
por discreto y por leal:
si casara con Clemencia,
mi sangre se continuara,
sin que por ella pasara
á estrangera descendencia.
En aquesta confusion,
que me aconsejes te pido.

CÉSARO.

De que no se case ha sido
gran señor, la causa Oton;
que ya que á este punto llego,
traidor fuera, á no decir
lo que llegué á ver y oir.
Como á amor le pintan ciego,
no repara en calidad.
Madama, gran señor, ama
á Oton.

DUQUE.

¿Qué dices?

CÉSARO.

Madama
le muestra tal voluntad,
que si no es á Oton, no creas
que á otro dé la mano y sí.

DUQUE.

Agora se fué de aquí;
y porque tu engaño veas,
afectüosa me pide
que con tu hermana Rosela
case á Oton.

CÉSARO.

Esa es cautela
con que sospechas impide.

Hácele tanto favor,
y con tal publicidad,
que no falta en la ciudad
quien satirice su amor;
y quiérete deslumbrar
con pedirte que le cases
con mi hermana.

DUQUE.

Si probases
lo que acabas de afirmar,
yo la dicha trocaria
de Oton, de suerte que hiciese
que envidiosos no tuviese.

CÉSARO.

A llamarle, pues, envia,
y díle que luego quieres
que se case con Rosela.
Verás cual duda y recela,
y que si fuerza le hicieres,
madama misma procura
disuadirte el casamiento
que te pidió.

DUQUE.

El sufrimiento
á estos tiempos es cordura.
No ha Oton de perder conmigo,
aunque contra él atestigues,
mi amor, mientras no averigues
méritos de su castigo.
Vele á llamar.

CÉSARO, *aparte.*

Si afrentado
de mi hermana, la aborrece,
y por muger se la ofrece
el duque, es averiguado
que ha de responder que no;
y así queda satisfecha
de Clemencia la sospecha,
y de Oton vengado yo;
que su ventura me tiene
tal, que fuera de mí estoy.

DUQUE.

¿No vas?

CÉSARO.

A llamarle voy.
Pero él mismo, señor, viene.

ESCENA IX.

OTON.—EL DUQUE. CÉSARO.

OTON, *aparte.*

Ingenio siempre ignorante,
¿de cuándo acá discurrís,
conjeturais y argüís,
si soy tan torpe estudiante?
Dejad tanta consecuencia,
y ya que hacerlas quereis,
probad que os desvaneceis,
y que no me ama Clemencia.

DUQUE.

Oton.

OTON.

Gran señor.

DUQUE.

¡Qué poco
de vuestro aumento curais,
cuando á mí me desvelais
por él!

OTON.

Si no es ya que loco
me tenga el favor, que siento
hacerme vos, gran señor,
¿qué aumento quiero mayor,
que el desvelaros mi aumento?

DUQUE.

Ya es tiempo de que os caseis;
que se pasa el tiempo en vano;
y si ha de ser de mi mano,
como á Rosela la deis,
á su dote me obligais.

OTON.

¿Yo á Rosela, gran señor?

DUQUE.

Vos, pues.

OTON.

No me tiene amor.

DUQUE.

Engañado, conde, estais;
que en su nombre me ha pedido
Clemencia este casamiento.

OTON.

¿Quién, señor?

DUQUE.

Turbado os siento.

CÉSARO.

(*Aparte al duque.*)
No dirás que te he mentido.

OTON.

Túrbome de que madama
pida que me case yo
con Rosela.

DUQUE.

¿Por qué no,
siendo Rosela tu dama?

OTON.

Mire, señor, vuestra alteza
que no pedirá por mí
madama....

DUQUE.

Aquesto es ansí.
(*Aparte.* Mi sospecha es ya certeza.)

OTON.

(*Aparte.* ¡Ay soberbia presuncion!)
Señor, que se burlaria
madama, ó probar querria
de esta suerte mi intencion.

DUQUE.

¿A qué efeto? ¿No es igual
este casamiento?

OTON.

Yo,
ni digo sí, ni que no.

Rosela tiene caudal,
y belleza apetecida
para cualquiera valor:
lo que yo dudo, señor,
es que madama lo pida.

DUQUE.

¿Pues qué hay de dificultad
en eso?

OTON.

¿No es cosa grave,
que cuando madama sabe
no tenerme voluntad
Rosela, quiera ofendella,
y darme esposa á disgusto
de Césaro?

DUQUE.

Por mi gusto
Césaro el suyo atropella.
Andad, y dentro de un hora
me dad la resolucion
de este casamiento, Oton.

OTON, *aparte.*

Cayó la máquina agora,
locura, que en viento labras.
Sobre arena edifiqué,
y aun menos, pues levanté
quimeras sobre palabras. (*Vase.*)

ESCENA X.

—

EL DUQUE. CÉSARO.

DUQUE.

Bien probaste tu intencion.
Este es de Clemencia amante:
indicio he visto bastante
en su necia turbacion.
¿Qué haremos?

CÉSARO.

Darle la muerte;

que el crimen de deslealtad
es de lesa magestad.

DUQUE.

No pagaré de esa suerte
bien lo mucho que le debo.
Ya no pretendo casarle
con tu hermana, mas sacarle
de Mántua.

CÉSARO.

Tu gusto apruebo,
aunque dejar con la vida
á quien ayer levantaste
del polvo, y le sublimaste
á tu privanza, convida
á que otro como él se atreva
á perturbar tu sosiego.

DUQUE.

¿No dices que amor es ciego?
Pues si es ciego quien le lleva,
y le da mi hija ocasion,
cualquier yerro le disculpa.
Clemencia tiene la culpa:
echando de Mántua á Oton,
y enviándole al gobierno
del despojado marques,
podrá Criselio despues
no malograr su amor tierno.
Con este título honesto,
los inconvenientes quito.

CÉSARO.

Eso es premiar su delito.

DUQUE.

Lo que le amo manifiesto.
Ven, y haré la provision
del estado á que le envio;
y porque algun desvarío
no haga Criselio, en razon
del desden con que Clemencia
niega el pretendido sí,
la palabra que le dí,
y de mi estado la herencia
tambien he de asegurar

con una cédula mia.

CÉSARO, *aparte.*

Mi envidia en vano porfia
á este idiota derribar.

DUQUE.

Crüel eres para juez.

CÉSARO, *aparte.*

¡Gobernador Oton ya!
¿Mas que su estado le dá,
si le persigo otra vez?

ESCENA XI.

ENRIQUE.—CÉSARO.

ENRIQUE, *aparte.*

¡A buen término he venido
por vos, amor! ¡De mi estado,
y libertad despojado,
de Clemencia aborrecido,
sin deudos, y sin amigos
que de mis males se acuerden!
que los trabajos los pierden,
ó los vuelven enemigos.
Pero, amor, lo que mas siento,
es de mi ingrata el desden,
porque á quererme ella bien,
gloria fuera mi tormento.

CÉSARO.

(*Aparte.* Enrique es este; ya estoy
contra Oton determinado;
no gobernará el estado,
ni vivirá, si puedo, hoy.)
¡O conde!

ENRIQUE.

¡O Césaro amigo!

CÉSARO.

Con tal nombre me estimad;
que yo os diera libertad,
á poder dar el castigo

á un bárbaro que merece,
y estorba vuestra ventura.

ENRIQUE.

Libertad, no la procura
mi amor; que aunque me aborrece
Clemencia, contento vive,
padeciendo en su presencia.

CÉSARO.

Si como os ama Clemencia,
y por dueño os apercibe
el alma, no se opusiera
la necia contradiccion,
Enrique, que os hace Oton,
brevemente Mántua os viera
su esposo, y del duque airado
noble yerno y sucesor.

ENRIQUE.

¿Clemencia me tiene amor?

CÉSARO.

Mi hermana cuenta me ha dado
de lo que por vos padece,
lo que vuestra prision llora,
si os estima, si os adora,
y si viéndoos se enternece.
Pero Oton, que al duque hechiza,
ignorante y ambicioso,
pretendiendo ser su esposo,
á Clemencia os tiraniza.
A gobernar vuestro estado
le despacha, y en secreto
quiere esta noche, en efeto,
(¡ved si le tiene hechizado!)
que á Clemencia dé la mano,
mientras Criselio lo ignora;
que como sabeis la adora;
y dándoos muerte inhumano,
en tomando posesion
de Monferrato, nombralle
por su marques, y dejalle
de Mántua la sucesion.
Esto en secreto he sabido,
y á decíroslo me atrevo,

porque á lo mucho que os debo
es bien ser agradecido.
De esto último nada entiende
Clemencia, á vuestro amor fiel,
porque esta noche con él
forzarle á casar pretende.
En fin, dama, estado y vida
de aquí á mañana perdeis,
si remedio no poneis.

ENRIQUE.

Sin Clemencia, bien perdida
será. Déme fin crüel
el duque.

CÉSARO.

Mejor remedio
es quitar á Oton de enmedio;
que yo os prometo, muerto él,
de obligar que el duque viejo
trueque su enojo en amor.
Ya veis que me hace favor,
y que estima mi consejo.

ENRIQUE.

Pues ¿de qué modo os parece
se haga, y yo esté seguro
del duque?

CÉSARO.

Pues que procuro
lo que Clemencia apetece,
fiad de mí vuestra suerte.
Esta noche á Oton matemos;
que á Criselio atribuiremos
seguramente su muerte,
que es su amante declarado;
y el duque tendrá por cierto
que alguno le ha descubierto
el casamiento tratado
con Oton, y que en venganza
de su menosprecio y celos,
le ha muerto.

ENRIQUE.

Ayuden los cielos
vuestra industria y mi esperanza;

que vuestro será mi estado,
y es corta satisfaccion.

CÉSARO.

Quedaremos, muerto Oton,
vos contento, y yo vengado. (*Vanse.*)

ESCENA XII.

OTON. GILOTE.

OTON.

¿Quedaba buena mi madre?

GILOTE.

Buena, contenta y segura
de ver crecer tu ventura,
y bendiciendo tu padre
el dia que te engendró.
Los trigos á la barriga;
las viñas (Dios las bendiga,
y á Noé que las plantó)
señales nos dan cumpridas
de hinchir hasta los capachos
los cestos, y á los borrachos
de llenarles las medidas;
el ganado, hasta los perros,
gordos para rebentar;
rebosando el palomar;
lleno el soto de becerros.
Borregos, (Dios los aumente)
ni en los rediles ni cercos
caben; como tú los puercos,
no quitando lo presente.
Los prados llenos de potros,
y las yeguas tambien llenas
las barrigas, porque apenas
unos paren, que entran otros.
Jugando el cura á la polla,
el barbero y sacristén
damas y rentoy tambien.
No hay hogar que esté sin olla,

ni cuna sin dos chicotes:
á todos hallé con vida,
y á mi Torilda parida
de un rapaz con dos cogotes.
¿Qué hay de nuevo por acá?

OTON.

Que me casa el duque.

GILOTE.

¿Es cura?

OTON.

Rosela enmendar procura
desdenes viejos.

GILOTE.

Sí hará.
Mas tú ¿qué dices á eso?

OTON.

Nuevas imaginaciones
traen mi seso en opiniones.

GILOTE.

Pues quedaráste sin seso.
¿Podremos saber de dónde
nace ese mal, ó lo que es?

OTON.

Pregúntamelo despues;
que sale Criselio.

ESCENA XIII.

—

CRISELIO.—OTON. GILOTE.

CRISELIO.

¡O conde!

OTON.

¡O señor! ¿Adónde...?

CRISELIO.

Vengo
al duque, que por mí envia....

OTON.

Yo y todo, á hablalle venia,
porque de una hora, que tengo

de término para dalle
cierta respuesta, no queda
nada ya.

CRISELIO.

Bien os suceda,
porque yo temo enojalle,
segun vengo alborotado.

OTON.

¿Cómo?

CRISELIO.

Con descuido trata
promesas, que si dilata,
le han de alborotar su estado.
Su primo soy, y Clemencia,
cuando me dé mano y sí,
gana.

OTON.

El duque viene aquí.
Si le hablais, llevad paciencia.

ESCENA XIV.

EL DUQUE.—DICHOS.

DUQUE.

Primo.

CRISELIO.

Gran señor.

DUQUE.

Oton.

OTON.

Señor.

DUQUE.

A los dos estimo,
á vos, Criselio, por primo,
y á vos por inclinacion.
Tomad y leed los dos:
(*Da á cada uno un papel.*)
que así pretendo obligaros:

(*A Criselio.*)
á vos por aseguraros,
(*A Oton.*)
y por honraros á vos. (*Vase.*)

ESCENA XV. (1)

—

OTON. CRISELIO. GILOTE.

CRISELIO.
¿Por asegurarme á mí?
Mi determinacion sabe.

OTON.
¿Por honrarme? ¿Qué honra cabe,
propicios cielos, aquí?

GILOTE.
¡Oigan! ¡cómo se ha quedado
cada cual con su sentencia!

CRISELIO.
¿Si es cédula en que Clemencia
el sí de esposa me ha dado?

OTON.
¿Si porque á Rosela admita,
algun estado me dá?

CRISELIO.
Suspension, veamos ya
lo que contiene esta dita.

OTON.
Lo que dice quiero ver
el papel que á honrarme viene.

GILOTE.
Casa es cada cual que tiene
su cédula de alquiler.

(*Lee en secreto Oton, y en público Criselio.*)

CRISELIO.

Antes que os caseis, importa á mi servicio, y aumento vuestro, saqueis mentirosa á la envidia que os

---

(1) Habla para sí cada personage en toda la escena.

pretende descomponer conmigo; y esto ha de ser partiéndoos á Monferrato por gobernador de todo su marquesado. Ocupad luego esa plaza; que sobre aquesta merced, cualquiera pretension vuestra caerá mejor.=El Duque.

OTON.

El amor que os tengo, pasa por cualquier dificultad y contradiccion, aunque haya no pocas para que os dé á mi hija Clemencia, y con ella sucesion de mi estado, que procuran impedirme; y ansí, para vuestra seguridad, y en muestras de mi amor, os doy esta firma de resguardo, y mi palabra con ella, que otro no será su esposo que me herede, sino vos.=El Duque.

CRISELIO.

¡Válgame Dios!

OTON.

¡Dios me valga!

CRISELIO.

¡Jesus!

OTON.

¡Jesus!

GILOTE.

Yo tambien
me santiguo; que si ven
algun diablo, porque salga,
bueno es echar bendiciones.

CRISELIO.

¡Descomponerme procuran!

LOS DOS.

¡Jesus!

GILOTE.

Parece que curan
por ensalmo lamparones.

OTON.

¡A mí palabra de esposo
de Clemencia, y su heredero
el duque!

CRISELIO.

Algun lisonjero,
de mi privanza envidioso,
me descompone atrevido;
y para empezar á honrarme
el duque, y asegurarme

la sucesion, ha querido
que gobierne á Monferrato,
y haciéndome su marques,
darme á Clemencia despues.
¿Qué dudo? ¿En qué me recato,
si en esta cédula corta
asegura con certeza
mi casamiento? ¿No reza:
(Lee.) *antes que os caseis, importa*
á mi servicio y aumento
vuestro...? Luego presupone,
contra quien me descompone,
por cierto mi casamiento.
Pues el duque le asegura,
temores, ¿qué hay que dudar?

OTON.

Esto y mas puede esperar
el que tiene mi ventura.
Yo apostaré que Clemencia
á su padre ha declarado
el amor que me ha mostrado,
y él por hacer esperiencia
del que á Rosela he tenido,
(que de César sabrá
sucesos pasados ya)
me mandó ser su marido,
para saber si la quiero,
ó pasó mas adelante
mi pretension que de amante:
esto en mi provecho infiero.
De sangre ilustre desciendo:
los Grimaldos y Fregosos,
en Italia generosos,
me dan el ser; que pretendo
no perderá calidad
conmigo su ducal casa.
(Lee.) *El amor que os tengo pasa*
por cualquier dificultad
y contradiccion, aunque haya
no pocas para que os dé
á mi hija Clemencia. En fé
de que mi ventura vaya

siempre de bien en mejor,
facil será aquesta empresa.
Pues por escrito confiesa
que me tiene el duque amor,
pues rompe dificultades,
pues su heredero me llama,
pues me promete á madama,
pues sois, sospechas, verdades,
fortuna, tened segura
la rueda sobre que fundo
mi suerte, y seré en el mundo
ejemplo de la ventura.

GILOTE.

Encantado está este dia.
Hecho un papatoste estoy.

CRISELIO.

Clemencia es mia desde hoy.

OTON.

Desde hoy es Clemencia mia.

CRISELIO.

Mi dicha este papel muestra.
Id, amor, y pretended;
(Lee.) *que sobre aquesta merced*
cualquiera pretension vuestra
caerá mejor. Pues por vos
queda seguro este trato,
alto, amor: á Monferrato.—
Conde, á Dios. (*Vase.*)

OTON.

Criselio, á Dios.

ESCENA XVI.

—

OTON. GILOTE.

OTON.

¿Fuése?

GILOTE.

Ya se fué.

OTON.

¿Qué aguardo?

GILOTE.

¿Qué diablos tienes, señor?
Dí.

OTON.

(Lee.) *Y en muestra de mi amor,*
esta firma de resguardo,
y mi palabra con ella,
que otro no será su esposo....
¡Hay hombre mas venturoso!
¿Tal oigo, Clemencia bella?

GILOTE.

Ó me despide, ó procura
decirme qué es lo que tienes.

OTON.

Vida, gusto, estado, bienes,
amor, esposa y ventura.

GILOTE.

Ó enloquezcamos los dos,
ó dime en qué eres dichoso.

OTON.

(Lee.) *Que otro no será su esposo,*
que me herede, sino vos.
Besa, besa este papel.

GILOTE.

¿Gánase alguna indulgencia?

OTON.

Gano por él á Clemencia.

GILOTE.

Quien la gana bese en él.
¿Qué dices?

OTON.

Si tú supieras
leer....

GILOTE.

¡Y como que sé!

OTON.

(*Le da el papel.*)
Pues lê aquí.

GILOTE, *deletreando.*

Q. U. E.=*que.*

¡Por Q comencé! ¿Qué esperas?
¡Bellaco agüero, por Dios!

OTON.

(*Quitándole el papel.*)
Suelta, torpe.

GILOTE.

Lê, ingenioso.

OTON.

(Lee.) *Que nadie será su esposo,*
que me herede, sino vos.

GILOTE.

¿No dice mas?

OTON.

¿Esto es poco?

GILOTE.

Clemencia está aquí, señor.

OTON.

Hasta en esto, tierno amor,
tengo dicha.

GILOTE.

Y en ser loco.

ESCENA XVII.

—

CLEMENCIA. ROSELA, *y despues* UN PAGE.—DICHOS.

CLEMENCIA.

(*Hablando con Rosela en el fondo.*)
El duque me ha prometido
que te dotará, y que Oton
satisfará tu aficion,
haciéndole tu marido.

ROSELA.

Beso tus pies.

PAGE, *saliendo.*

Gran señora,
el duque dice que al punto
le veais.

CLEMENCIA, *aparte.*

Lo que es barrunto.

Querrá que el sí le dé agora
á Criselio; pero aplique
ruegos, promesas, rigor;
que solo dice mi amor:
"ó morir, ó ser de Enrique."

PAGE.

El duque, señora, espera.

CLEMENCIA.

(*Aparte.* Hasta en dar prisa es crüel.)
(*Aparte á Rosela.*)
Dale al conde este papel,
(*Le da un billete en secreto.*)
y que importa considera.
(*Vanse Clemencia y el page.*)

ESCENA XVIII.

ROSELA. OTON. GILOTE.

ROSELA, *aparte.*

¡Para el conde, y sin nombralle,
papel madama me da,
y que importa! ¿Quién será
el conde á quien he de dalle?
En Mántua hay dos solamente:
Oton y Enrique. ¿Qué haré?
Mas si Enrique conde fue,
conde es de anillo al presente;
aborrécele madama,
y por no verle se esconde;
luego no es Enrique el conde,
á quien de esta suerte llama.
De Oton me hablaba Clemencia,
antes de darme el papel,
y estándome hablando de él,
nombralle era impertinencia.
Podrá ser, pues mensagera
me hace, que en él le diga
el dote con que le obliga,
y el estado que le espera,

si con mi amor corresponde.
Lo que imagino será.—
Pero si aquí Oton está,
y dijo: "dale este al conde,"
no hay duda de que le vió;
y dándola el duque prisa,
discretamente me avisa
que para Oton le escribió.
Llego á hablarle. ¡O señor conde!

OTON.

¡O Rosela!

ROSELA.

(*Le da el papel.*)
Aqueste envia
madama á vueseñoría,
y si discreto responde,
aunque viva descuidado
de suerte tan venturosa,
respete y adore esposa
que le da en dote un estado. (*Vase.*)
(*Anochece.*)

ESCENA XIX.

OTON. GILOTE.

OTON.

No hay ya que poner reparo
en lo que amor apercibe,
pues que madama me escribe,
y Rosela habla tan claro,
en Mántua es público ya
mi casamiento.

GILOTE.

Por eso,
¿estás tan fuera de seso?

OTON.

Si el duque su hija me da,
¿no es, Gilote, bien perdido?

GILOTE.

¿Cómo? ¿á quién te da?

OTON.

A Clemencia.

GILOTE.

Esa es linda impertinencia.
¿No dices que te ha pedido
que te cases con Rosela?

OTON.

Ya de parecer mudó,
y en popa mi amor, rompió
estorbos á remo y vela.

(*Lee el papel aparte.*)

Conde, con la brevedad
que á tanta prisa conviene,
Clemencia afirma que os tiene
rendida la voluntad.
Pues anochece, gozad
la ocasion que os corresponde;
que el jardín os dirá adónde
la dicha es bien que os espere,
que Criselio usurpar quiere.=
Clemencia, esposa del conde.
Criselio estorba sin duda
el bien que casi adquirí.

(*Entristécese.*)

¿Qué he de hacer, ¡triste de mí!
si el duque parecer muda?

GILOTE.

¿Hemos menester ayuda?
¿Tan presto se ha destemplado
la gaita, ó habemos dado
salto en vago? ¿Qué hay de nuevo?

OTON, *aparte.*

Si amor de mi parte llevo,
¿qué estorbos me dan cuidado?

(*Alégrase.*)

Alto; al jardin, que procura
ser templo de mi trofeo,
tálamo de mi himeneo,
teatro de mi ventura.
El duque me la asegura

en el papel, donde afirma
que su palabra confirma;
pues cuando lo sepa airado,
mostraré que me he casado
con su gusto, y con su firma.

GILOTE.

Hombre eres de tornasol:
ya estás alegre, ya triste.
¿Qué camaleon te viste
catalufas de arrebol?

OTON.

Esta noche gozo á un sol.

GILOTE.

Sol de noche, no sé adónde
le haya.

OTON.

Un jardin le esconde,
y este papel le confirma,
pues en él dice esta firma:
Clemencia, esposa del conde. (*Vanse.*)

ESCENA XX.

EL DUQUE. CRISELIO, *y despues* CLAVELA.

DUQUE.

Ansí, Criselio, aseguro
vuestra herencia y casamiento.

CRISELIO.

Y yo en agradecimiento
de tanta merced, procuro
no salir de lo que ordena
mi cédula y provision.

DUQUE.

Tormento es la dilacion;
pero alivie vuestra pena
la palabra que os he dado,
primo, en ella.

(*Sale Clavela.*)

CLAVELA.

Mi lealtad
ha de decir la verdad,
si hasta agora la he callado.

DUQUE.

Clavela, pues ¿qué quereis?

CLAVELA.

Que volvais por vuestro honor.
Madama ha escrito, señor,
primero que la obligueis
á que á otro esposo dé el sí,
al conde Enrique un papel,
pidiendo que vaya en él
á vella....

DUQUE.

¿Cómo?

CRISELIO.

¡Ay de mí!

CLAVELA.

Esta noche á su jardin;
porque, ó ha de ser su esposa,
ó con muerte rigurosa
dar á sus amores fin.
Que lo remedieis es justo,
pues el tiempo da lugar;
que ya no es razon callar
bodas á vuestro disgusto.
Mirad que es de noche ya,
y podrá ser que por obra
ponga el conde el bien que cobra,
y esté, gran señor, allá.

DUQUE.

¡Ay cielos! Pues ¿tiene amor
Clemencia á Enrique?

CLAVELA.

¿Quién duda
que el tiempo y frecuencia muda,
como la edad, el rigor?
Si esposo suyo le llama,
claro está que bien le quiere.

DUQUE.

La sangre que de él vertiere,

apagará su vil llama.
El no haberle yo quitado
la vida, causa todo esto;
mas no es tarde: vamos presto.
Que eres mi sangre has mostrado.
Yo, Clavela, premiaré
el aviso que me das.

CRISELIO, *aparte.*

Nunca de mi parte estás,
ciego amor, rapaz sin fé.
Ó tu fuego no me abrase,
ó sé piadoso conmigo.

CLAVELA, *aparte.*

De esta vez al duque obligo
que con Criselio me case. (*Vanse.*)

Vista esterior del jardin.

ESCENA XXI.

OTON *y* GILOTE, *de noche.*

OTON.

Señas del jardin han hecho:
aquí, Gilote, me aguarda.

GILOTE.

¡Miren á qué chimenea,
con qué bota y qué lunadas!

OTON.

Yo, Gilote, te haré rico.

GILOTE.

Sal presto; que tengo el alma
en la prensa del temor;
que esos son pueblos en Francia.

OTON.

Ea, propicia fortuna,
este escalon no mas falta
para subir á la cumbre

de la ventura mas alta:
dadme la mano, y vereis
como celebro en estátuas
vuestra memoria. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

GILOTE.

Colóse,
y creo que va á her colada.
¡Miren á qué Valdovinos,
que le guarde las espaldas!
que es fiarlas del verdugo,
y ya ven como las guarda.
Gente parece que viene.
Mi suerte es tan desdichada,
que la traerá de Moscovia,
cuando no la hubiese en Mántua.

ESCENA XXIII.

EL DUQUE. CRISELIO. *Acompañamiento.*— GILOTE.
(*El acompañamiento se retira á un lado.*)

DUQUE.

Cortaréle la cabeza,
viven los cielos, mañana,
siendo el tálamo un cadalso,
y los palacios la plaza.

GILOTE, *aparte.*

Cabezas cortan, Gilote.
¡Que se cifren mis desgracias,
á donde quiera que voy,
del cogote á la garganta!
Si en mi tierra, á mi muger
se le antojan mordiscadas;
si aquí, degüellan.—¡San Blas!

mi gaznate se os encarga.

CRISELIO.

Aguardemos, señor, que entre;
justificarás tu causa,
sin que escusas le disculpen,
y vendrá bien tu venganza.

DUQUE.

Dices bien. Mas junto al muro,
siento un hombre.

GILOTE, *aparte.*

¡Madre Urganda!
convertidme en lagartija.

CRISELIO.

¿Quién va?

GILOTE, *aparte.*

¡Oh quién se transformara
en moldura de estas piedras!

DUQUE.

¿Quién va?

GILOTE.

Todo lo que anda,
va, señores, su camino:
el huesped á su posada,
el arrïero á la venta,
y el que ha bebido á la cama.
Va á ganar bollos el cura,
la dama á caza de gangas,
y yo, sin irme, me voy;
testigos mis pobres calzas.

DUQUE.

¿Quién sois?

CRISELIO.

¿Sois el conde?

GILOTE.

¿Yo?
Condenada esté mi alma;
que yo estó, en vez de ser conde,
con desmayos que me acaban.

DUQUE.

¿Qué haceis aquí?

GILOTE.

¿He de decillo?

Unas cámaras estrañas
título dan á un lacayo
de marques de Camarasa.

DUQUE.

Decid quien sois....—Ó prendelde.

GILOTE.

Venga acá: ¿puede ser nada
un lacayo en este mundo?

DUQUE.

¿Lacayo sois?

GILOTE.

Hasta el alma.

DUQUE.

¿De quién?

GILOTE.

Del conde, señores.

DUQUE.

¿Luego mi jardin y casa
ha escalado?

GILOTE.

Sí señor:
melones enteros cala.

DUQUE.

Echad en tierra esas puertas.

GILOTE.

La importante está ya echada,
que no hallará cerrageros,
que vuelvan á remendalla.

CRISELIO.

¡Ay cielos!

ESCENA XXIV.

—

ENRIQUE. CÉSARO.—DICHOS.

CÉSARO.

Este es Oton.

CONDE.

Muera pues, y mi esperanza
viva.

(*Sacan las espadas y acometen al duque y á Criselio.*)

DUQUE.

¡Ah traidores! ¿Qué es esto?
¡Hola, gente! ¡Ah de mi guarda!

CÉSARO, *aparte.*

El duque es, nuestro señor.

DUQUE.

(*A Criselio.*)
Dá voces.

ESCENA XXV.

ALABARDEROS. PAGES, *con hachas. Acompañamiento.*— DICHOS.

UN PAGE.

Aquí están hachas
y alabardas: no hay huir.

ENRIQUE, *aparte.*

Aquí con mi vida acaban
mis desdichas.

DUQUE.

¡Conde Enrique!
¡Césaro! ¿contra mí espadas?
¿á mí la muerte?

CÉSARO.

Señor,
si merecen mis palabras
crédito, á Oton y no á tí,
quisimos dar muerte airada.

DUQUE.

¿Pues por qué?

CÉSARO.

Yo por envidia.

ENRIQUE.

Yo por celos, que me abrasan.

DUQUE.

¿Celos, traidor? Si Clemencia
para su esposo te llama,
y á escalar mi jardin vienes
con la noche que te ampara....

ENRIQUE.

¿Yo, gran señor?

DUQUE.

Tú, traidor.

CRISELIO.

A tí te ha escrito madama,
y este lacayo es testigo
de que vienes á gozarla.

GILOTE.

Yo no estoy para firmar.

ENRIQUE.

¿Vos contra mí tal maraña?
¿Conocéisme vos á mí?

GILOTE.

En mi vida le eché paja.

CÉSARO.

Este es criado del conde
Oton.

GILOTE.

¡Miren la bobada!
Pues aquí ¿quién se lo niega,
si por acaso barajan?
¿No há que les estoy diciendo
dos horas ya, que se casa
con Clemencia el conde Oton,
y por un papel ó carta
que le dió suyo Rosela,
viene á her la encamisada
que en las bodas se acostumbra?

DUQUE.

¡Clemencia á Oton!

GILOTE.

¿Qué pensaba?

DUQUE.

Derribad luego esas puertas.

CRISELIO, *aparte.*

Pues mis celos no me matan,
poco á Clemencia he querido.

ENRIQUE.

¿Hay tal traicion?

CÉSARO, *aparte.*

La venganza

que el duque tomará de él,
mi envidia quieta y amansa.

ESCENA XXVI.

CLEMENCIA. OTON. CLAVELA. ROSELA.—DICHOS.

CLEMENCIA.
(A Oton al salir.)
Crüel, ¿qué traicion es esta?

OTON.
¿Yo traicion, cuando te llamas
mi esposa, cédulas firmas,
y en este jardin me aguardas?

DUQUE.
Prended este hombre.

OTON.
Señor,
humilde estoy á tus plantas.

DUQUE.
No te levantarás de ellas
con vida.

OTON.
Si tú lo mandas,
dichosa será mi muerte;
pero no sé que haya causa
para tan crüel sentencia.

DUQUE.
¡Cuando de afrentarme acabas,
dices que no hay causa, infame!

OTON.
Por este papel, madama,
que me envió con Rosela,
como á su esposo me trata,
á sus bodas me convida,
y si vine á celebrarlas,
es por ser, señor, tu gusto.

DUQUE.
¿Mi gusto?

OTON.

No habrá mudanza
que niegue, duque, ser tuya
esta cédula firmada
de tu nombre, en que me das
seguridad y palabra
de casarme con Clemencia.

DUQUE.

Yo para que gobernaras
á Monferrato te dí
la provision.

OTON.

Hablen cartas.

CRISELIO.

A mí, gran señor, me diste
la gobernacion que acabas
de decir.

OTON.

Y á mí de ser
sucesor tuyo, esperanza.

DUQUE.

¡Troquélas! Vuestra ventura,
Oton, estas cosas traza.
Caballero noble sois,
de lo mas limpio de Italia:
lo que la ventura ha hecho,
no es bien que yo lo deshaga:
ella os casó con Clemencia. (*Vase Gilote.*)

CLEMENCIA.

Y ella ha sido quien me engaña;
que yo el papel que escribí,
con Rosela le enviaba
al conde Enrique.

ROSELA.

Eso no;
que si á Enrique me nombraras,
yo fuera esposa de Oton.
Al conde dijiste.

DUQUE.

Basta;
que la fortuna se esmera
en hacer por vos hazañas.

Clemencia es ya vuestra esposa.

CLEMENCIA.

Hasta en aquesto le ampara
su dicha; que le he cobrado
tanto amor, que es suya el alma.

DUQUE.

Dalde, Criselio, á Clavela
la mano, y sereis de Pádua
y de Cremona marques.

CRISELIO.

Yo beso las tuyas francas.

CLEMENCIA.

Al conde Enrique perdona.

DUQUE.

Criselio tiene una hermana;
su estado le restituyo,
si Enrique con ella casa.

ENRIQUE.

Con el sí te doy, señor,
debidas y justas gracias,
sin que en tu sangre y la mia
mas enemistades haya.

DUQUE.

Oton, pues César quiso
daros muerte, ejecutalda
en él, ó haced vuestro gusto.

CÉSARO, *aparte.*

¡Cielos, esto me faltaba!

OTON.

Dóile, en fé de esa licencia,
dos villas, porque así paga
á las letras envidiosas,
cuando es noble, la ignorancia.

CÉSARO.

Disculparme es ofenderte:
no hay en el mundo venganza
como es el dar bien por mal,
que afrenta y obliga.

OTON.

Basta.

A Rosela porque cumpla
de ser condesa las ansias,

que há tanto la traen inquieta,
con el conde he de casalla
de Florel.

ROSELA.

Beso tus pies.

ESCENA XXVII.

GILOTE. — DICHOS.

GILOTE.

Tus padres, señor, acaban
de llegar, que á verte vienen.

DUQUE.

Vamos, pues, á ver á Octavia,
y á Grimaldo, pues que son
vuestros padres.

GILOTE.

¿Y sin nada
me dejas?

OTON.

Por tuya queda
la hacienda, prados y granja,
principio de mi ventura.

GILOTE.

Vivas mas que una madrastra.

DUQUE.

En vos, Oton, quede ejemplo,
con que inmortalice Italia
lo que puede la ventura.

OTON.

Sin ella no valen nada
sangre, hacienda, armas ni letras;
pues es proverbio de España:
Ventura te dé Dios, hijo;
que el saber poco, te basta.

EXAMEN

DE

VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO.

Comedias en prosa llamó Lope de Vega por vituperio á las novelas de Cervantes: con mas justicia se podria calificar de novelas dialogadas á casi todas las comedias del *ingenio fenix*, y aun á casi todas las de nuestro antiguo teatro. Una novela es, en efecto, la comedia de *Ventura te dé Dios, hijo*, y novela con tantos lances, que no pudiendo el autor acomodarlos sin estrechez en el espacio de que no podia salir, hubo de renunciar á darles la preparacion, desarrollo y coherencia suficientes; por lo cual esta vez, para seguir al maestro Tellez, nos será preciso examinar por actos y escenas su obra, á fin de que sea mas facil apuntar, tanto sus principales bellezas, como los defectos de mas bulto.

Un adagio vulgar dió á Tellez el título y el argumento de esta composicion; pero el espíritu filosófico con que está escrita no fue ciertamente inspiracion del adagio. No quiso nuestro eminente poeta predicar el abandono del estudio; no pretendió ridiculizar el saber, ni mostrar con un ejemplo que la prosperidad es el patrimonio de los mentecatos: quiso manifestar que es injusto, que es desacertado violentar la inclinacion del hombre en la eleccion de carrera ó modo de vivir, y que los decretos de la Providencia se cumplen á despecho de todos los cálculos de la humana cordura. Para que Oton amparase á una princesa fugitiva, para que se apoderase de un conde que acababa de ganar una victoria, para que recibiese dos cartas que le encaminasen á los brazos de la hija de su soberano, ninguna falta le hacia saber latin; pero acaso sin el empeño de Grimaldo en hacérselo estudiar contra viento y marea, Oton no hubiera sido confinado en la granja donde tuvo el encuentro, primer escalon de su ventura, á la cual era mas acreedor ciertamente que el impostor

Criselio, ni el menguado Enrique. El bien de Oton nace de la persecucion que sufre, del mal que le quieren hacer: nunca aparece la fortuna mas justificada que cuando con las armas que asestan á la inocencia sus enemigos, le forma el escabel de su elevacion, el trofeo de su victoria.

ACTO PRIMERO.

ESCENAS I, II Y III.

No hay que molestarse en averiguar si en Italia se enseñaba latin por el arte de Nebrija: diversas veces hemos dicho que para nuestros antiguos dramáticos no habia mas mundo que España, ó que en todas partes veian los hombres y las cosas de nuestro pais. El monólogo de Oton es bueno: ahora nos parece largo; pero cien versos ¿qué suponian para espectadores que escuchaban atentos, al principio de una comedia, relaciones mas largas que actos enteros de una tragedia de Alfieri? Nada hubiera qué pedir á esta esposicion, si se nos hubiera dicho que Oton residia en Pádua.

El maestro que halla al discípulo con el libro caido en el suelo, que le anima al pronto, y un momento despues le amenaza, es sin duda un preceptor de aquella época en que se infundia la ciencia á latigazos; pero actor que habia de retirarse inmediatamente y no volver á figurar, no debia haberse introducido en la fábula. Lo mismo puede decirse de los personages de Honorato y Agudo.

Pues decí el tiempo presente.—
¿No fué en ese tiempo Adan?

Este olvido de Oton es chistoso. Cuando el maestro repite la pregunta despues, y Oton le dice: "el presente es bien bellaco" &c., entonces ya no responde distraido, sino amostazado, y resuelto á no tomar en la mano jamás la gramática.

La última redondilla de Fulvio era un insulto á los espectadores: afortunadamente los insultaba en latin.

ESCENA VII.

Es muy buen pensamiento el de introducir en este drama un hombre de humilde cuna á quien ha sublimado,

no la casualidad, no la fortuna, sino su aplicacion, su ingenio. Si la estrella de Césaro se oscurece luego ante el astro esplendente de Oton, no hay que estrañarlo: justo es que brille mas la virtud que el orgullo y la envidia. ¿Quién no ve á un doctorazo que rebienta de presuncion en estas palabras enfáticas?

Estudie, haga lo que manda
su padre; que el tiempo ablanda
el ingenio mas grosero.
Sus treinta años, poco mas,
debe tener: muchacho es.
. . . .
¿Azótale el preceptor?

ESCENAS VIII, IX Y X.

Grimaldo y Honorato son vecinos: es muy natural que el padre de Oton vaya á felicitar á Césaro, y que haga el cotejo de la ciencia del villano con la rudeza del noble; pero despues que el letrado, su padre y su engreida hermana se hán retirado, ofreciendo por mofa sus servicios á Grimaldo, á Octavia y Oton, estos no deben permanecer en una casa donde ven que les hacen burla, y no es creible que el padre irritado mande allí á su hijo cambiar de trage con un pastor. La sumision de aquel es propia de un mancebo virtuoso, y el espectador desea que sé cumpla el vaticinio de Octavia, de la buena madre.

La dicha que Dios te guarda
tu obediencia solicita.

ESCENA XII.

El despecho de Criselio está perfectamente espresado: los versos son robustos, los afectos naturales.

¿Yo, Liseno, á Clavela? ¿yo su esposo?
¿Qué importa que del duque sea sobrina?
¿Qué importa que su dote caudaloso
incline al interes, si á amor no inclina?
. . . .
¿Yo autor infame de mi propia injuria?
¿yo vil ejecutor de mi sentencia?
¿yo amante suyo á intitular me atrevo?
¿yo que la adoro, yo, á casar la llevo?

Así habla la pasion.

ESCENAS XIII, XIV Y XV.

CLEMENCIA.

Sin verle, me dan marido:
no sé si mi padre yerra;
pero sí que su hija soy,
y que es fuerza obedecelle.

CLAVELA.

Hoy, prima tienes de velle.

CLEMENCIA.

Y tambien me casan hoy.
¿Cuándo has visto tú, Clavela,
boda y vistas en un dia?

La repugnancia de la princesa al casamiento que va á contraer, está ingeniosamente ideada para que Clemencia crea sobre su palabra á Criselio. El lector desearia mas preparacion, mas artificio, para que apareciese mas verosimil y disculpable la credulidad y atolondramiento de Clemencia, que la determinan á huir del castillo: en el teatro, interesado el espectador, no echa menos estos toques delicados.

ESCENAS XVI Y XVII.

Oton desterrado al campo, no desmiente su caracter de obediencia y respeto á sus padres: no piensa en huir la pena que le han impuesto, sino que la sufre con resignacion. Con la princesa se muestra generoso, valiente, cortés y precavido. Concluye oportunamente el acto; creemos traslucir la ventura de Oton, y se la deseamos grande, porque le vemos digno de ella.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Yo he procurado ver
si á solas se hablan, y han sido
tantas las muestras y tales
de amor, que me han persuadido
á que en lazos desiguales
se han de casar, si no impido
este desatino luego.

Grimaldo se equivoca muy verosimilmente; pero engaña sin necesidad á los espectadores, y perjudica á Clemencia que ha de manifestarse despues inclinada á Enrique.

ESCENA II.

Odiosa hasta lo sumo nos parece Clemencia al calumniar vilmente á Enrique, aunque lo haga en un romance magnífico. No es natural tampoco que el hombre á quien se imputa un crimen que no ha cometido, escuche con paciencia la larga relacion de su acusadora, sin interrumpirla indignado cien veces. Los endecasílabos de esta escena son admirables.

ESCENA XI.

La prontitud con que nos lleva el autor desde las cercanías de Mántua á las de Monferrato, no deja de repugnar. Hasta Lope de Vega en su *arte de hacer comedias* prescribe que si un actor tiene que hacer un viage, se suponga este verificado en un intermedio.

ESCENAS XVII, XVIII Y XIX.

El duque espera que sus armas obtengan un triunfo señalado porque las dirigen un caudillo valiente y un letrado docto. Las letras, empero, y las armas vuelven vencidas, culpándose mútuamente de la derrota. En estas circunstancias, Oton conduce prisionero al hijo del soberano enemigo. Su corto razonamiento al duque respira sencillez, modestia y generosidad. El favorito de la fortuna es un modelo de cuerda templanza, que solo se venga de Césaro y Rosela haciéndoles con sinceridad un ofrecimiento muy superior al que ellos anteriormente le hicieron de burlas. El acto segundo concluye bien; pero en su totalidad es muy inferior al primero.

ACTO TERCERO.

ESCENA III.

Clemencia, que prendada de Enrique se halla dispuesta á favorecer amores agenos, quiere recordar á Oton los

que tuvo con Rosela, y Oton entiende que la princesa habla de sí propia. Esta equivocacion es muy cómica y nada inverosimil en un hombre acostumbrado á la prosperidad.

ESCENA IX.

Otro pensamiento felicísimo. El envidioso Césaro, para perder á Oton, le acusa de seductor de la princesa, y el duque, para apartarle de Mántua, le nombra gobernador de Monferrato. No se puede castigar mejor á la envidia. Césaro, mohino por demas del mal éxito de sus embustes, no puede menos de esclamar:

¿Mas qué su estado le da,
si le persigo otra vez?

ESCENAS XIII, XIV, XVI Y XVII.

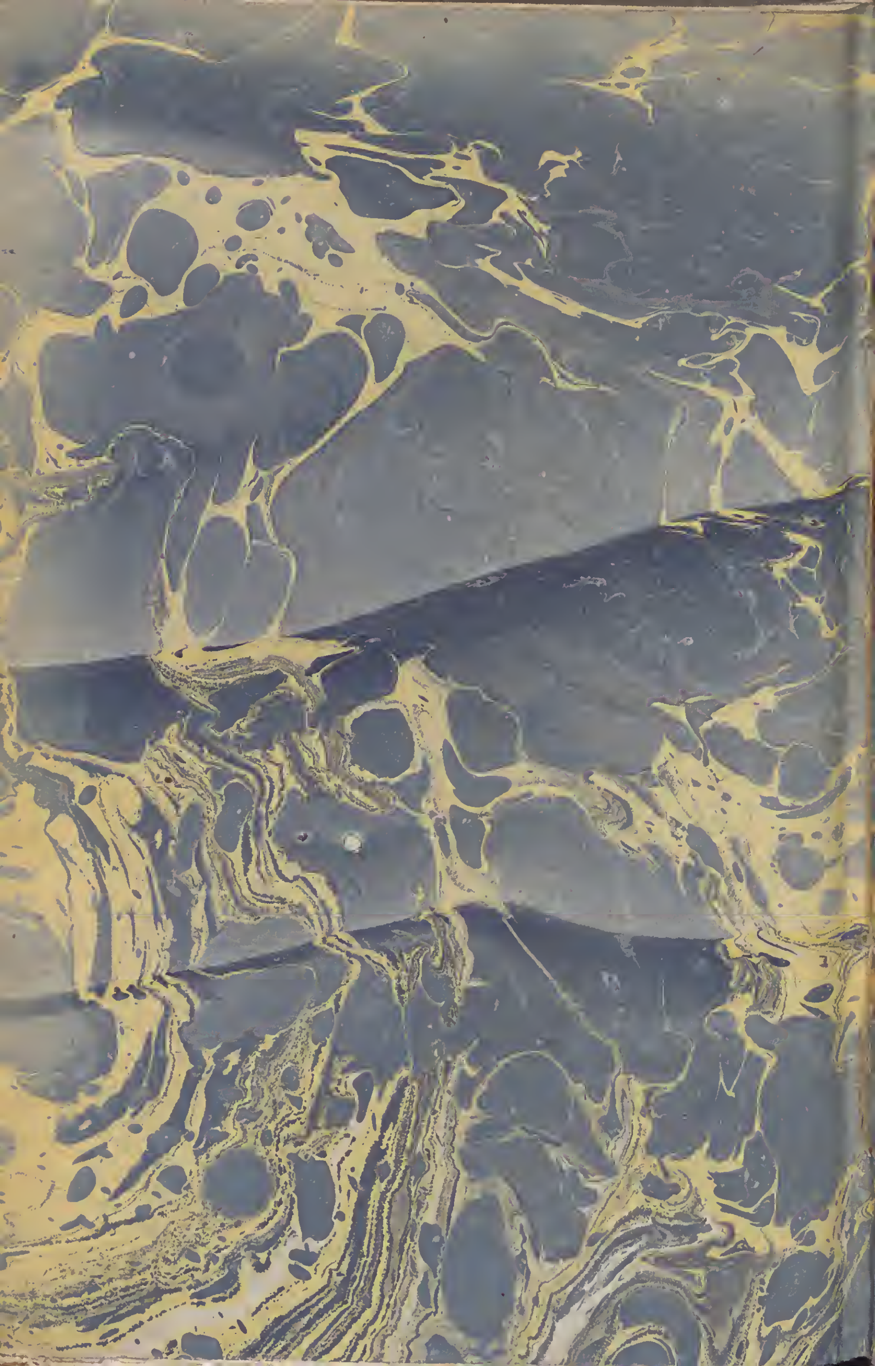
Va de equivocaciones: el duque, que desea alejar de su palacio á Oton, le da por yerro un papel en que le asegura la mano de su hija. Rosela, que quiere casarse con Oton, le da el billete en que le cita la princesa. La interpretacion que cada galan hace del papel que ha recibido es sobremanera ingeniosa. Este acto, hasta la escena veinte y una, es de los mejores del teatro español antiguo, de los de mas efecto á lo menos.

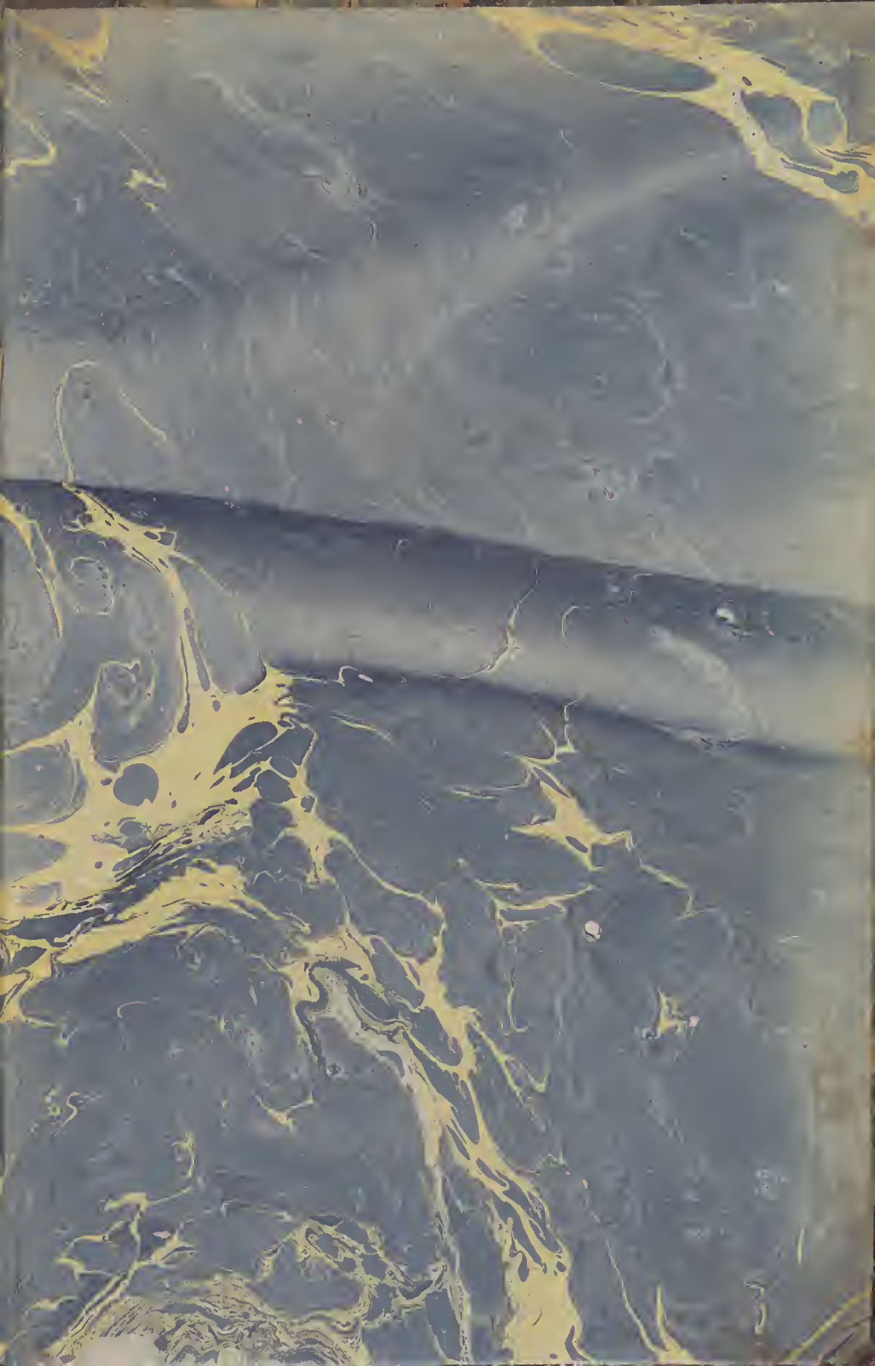
Lástima da que venga despues un desenlace, que sobre ser indecoroso y súcio, las bufonadas groseras de Gilote lo hacen aun mas repugnante. ¿Diremos en disculpa del padre Tellez que Clemencia, por haber acusado á Enrique de querer deshonrarla, merecia serlo? ¿Repetiremos que dos siglos há no se escandalizaba el público de ver en la escena situaciones de aquel género? Pero las obscenidades que dice el gracioso ¿agradarian á los espectadores, por mas graciosamente que las dijera? Se reiria con ellas el vulgacho soez; pero las personas cultas callarian, y ya sabemos lo que significa en ciertas ocasiones el silencio del cuerdo. La honestidad de las matronas castellanas no les permitiria ver dos veces esta comedia, y otras muchas de Tellez. Tan reprensible consideramos la licencia que á veces se tomaban nuestros antiguos cómicos, como la ruin suspicacia con que suele ahora algun que otro necio buscar un sentido malicioso donde no lo hay, y ver en un espectáculo la inmoralidad que solo existe en su corazon realmente.

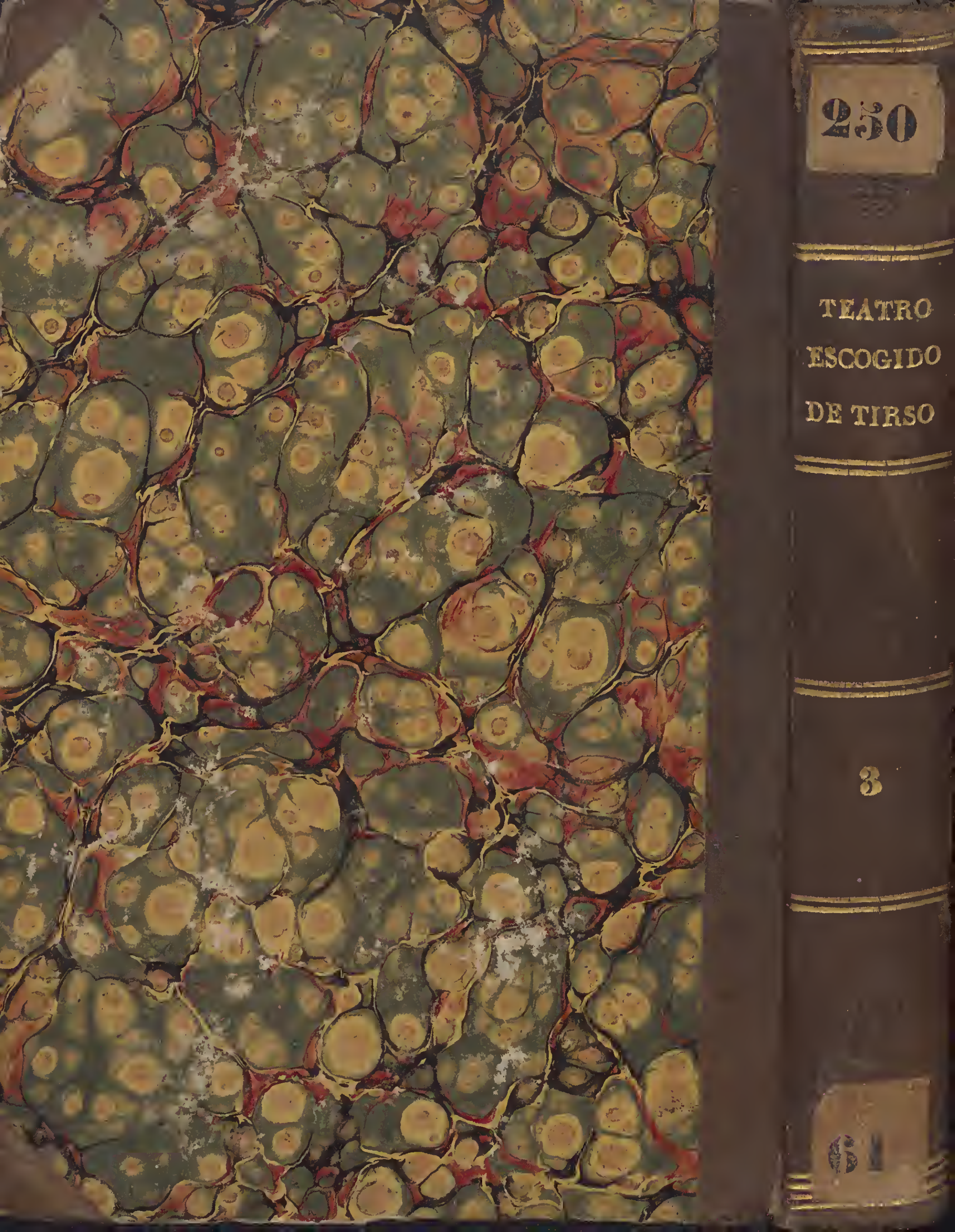
INDICE.

ERRATAS.

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Léase.*
19	29	tarde,	, tarde
42	36	DONA	DOÑA
60	31	MARNIN.	MARTIN.
70	16	ausencia?	ausencia?
131	40	Mas	Mis
155	9	mi,	mí
208	11	querida,	adquirida,
246	30	mudará	mudara






250
TEATRO
ESCOGIDO
DE TIRSO
3
61